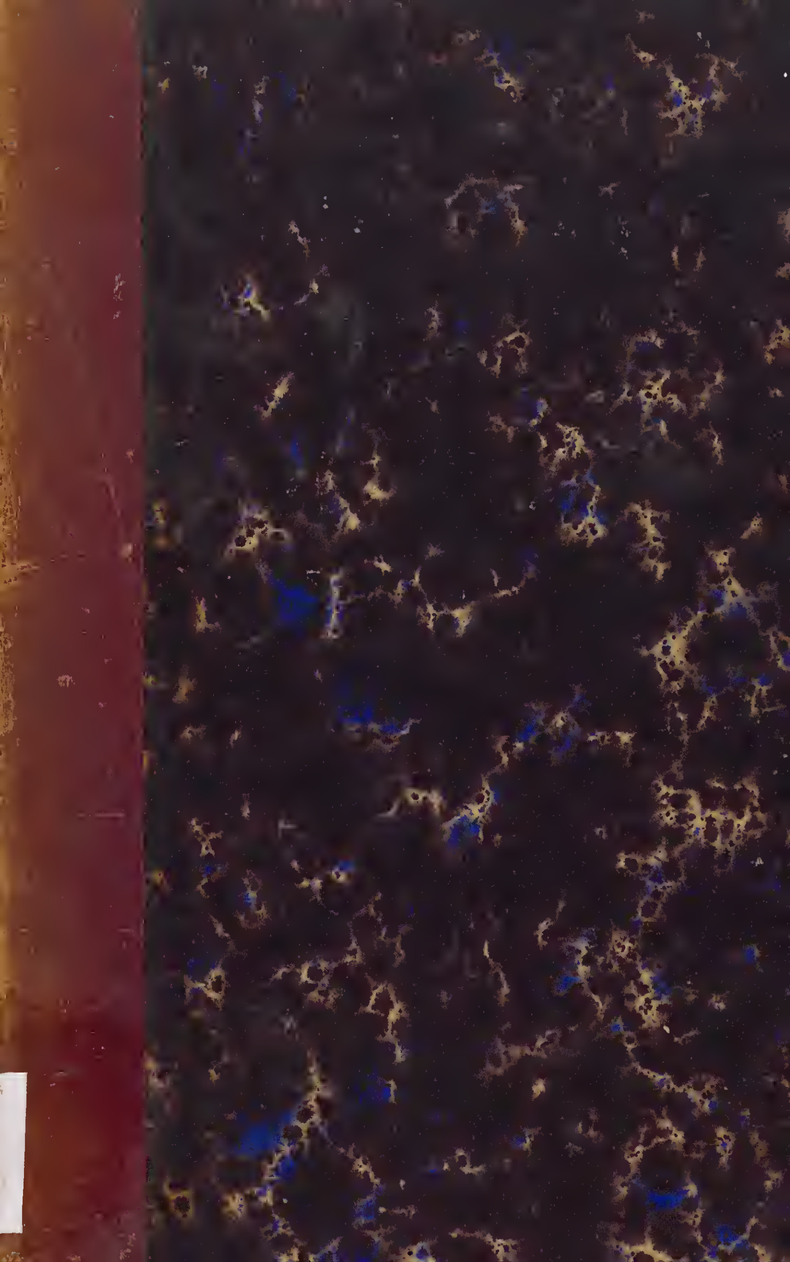
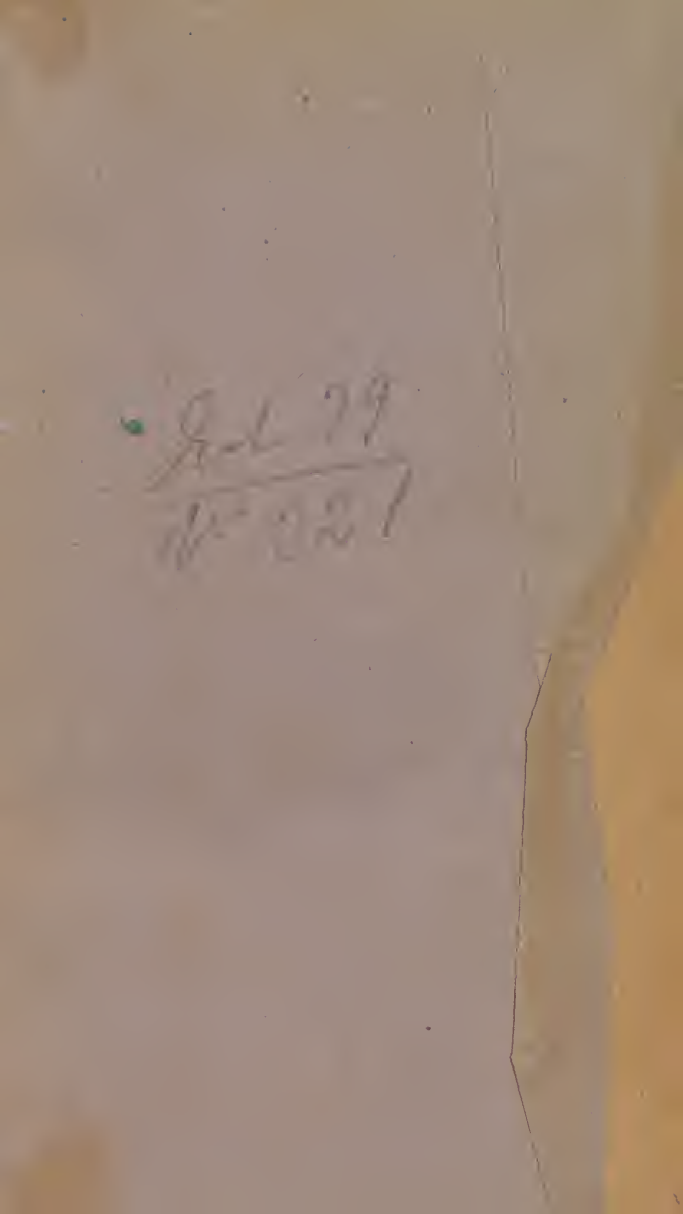




LA COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI

TOMO II. — PURGATORIO

LA

COMEDIA

DE

DANTE ALIGHIERI

traducida al castellano

EN IGUAL CLASE Y NÚMERO DE VERSOS

POR EL

CAPITAN GENERAL

D. JUAN DE LA PEZUELA

CONDE DE CHESTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO II. — PURGATORIO

MADRID

TIP. DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

1879

EL PURGATORIO

CANTÍGA SEGUNDA

EL PURGATÓRIO

CANTO PRIMERO.

Cuenta el Poeta cómo apenas salido de la caverna subterránea, se sintió recreado por la vista de un cielo purísimo y resplandeciente de vivísimas estrellas, y se encontró con Caton de Utica que estaba al pié del monte del Purgatorio de guardian de aquel puesto. De sus lábios oye Virgilio, despues de várias palabras que entre ellos median, lo que debia hacer con su alumno para poder conducirle en su nuevo intento de inspeccionar la montaña.

Por correr mejor mar [1] las velas suelta
Hoy de mi ingenio el frágil barquichuelo
Que agua deja tras sí tanto revuelta.

Y á la region segunda tiendo el vuelo
Dó el espíritu humano se depura,
Y se hace digno de elevarse al cielo.

Mas cambie el verso aquí su fuerza dura;
Y pues me vais ¡oh Musas! impulsando,
Suba un tanto Caliope [2] á más altura.

Y á mi voz preste el son aquel tan blando
De que asombrarse á las Urracas [3] miro,
Del triunfo y del perdon desesperando.

Plácida tinta de oriental zafiro
Que en el éter sereno se extendia
Hasta el alma region del primer giro[4],

Tornó á dar á mis ojos la alegría,
Despues salí del ámbito de horrores
Que vista y pecho contristado habia.

El astro hermoso que aconseja amores[5]
Bañaba todo en risa el dulce Oriente,
Eclipsando á sus peces precursores;

Y á la derecha vuelto, alcé la mente
Al otro Polo, y vide cuatro estrellas
Que sólo vió la primitiva gente[6].

¡Qué alegre el cielo de sus chispas bellas!
¡Oh viudo Setentrion, que estás privado
Eternamente de la vista de ellas!

Cuando de allí la mia hube apartado,
Y poco al punto opuesto me dirijo
De dó la Osa grande se ha eclipsado,

Veo cerca un anciano solo y fijo,
De faz que reverencia no demanda
Más el padre mejor de ningun hijo.

Barba, mixta de blanco, y veneranda
Llevaba, á su cabello semejante,
Que al pecho le caia en doble banda.

Las cuatro estrellas santas el semblante
Le inundaban de luz y rayos de oro,
Cual si tuviera el sol allí delante [7].

—¿Quién sois los que al seguir raudal sonoro [8]
Salido habeis de la infernal caverna?—
Dijo, y movió el caudal plúmeo decoro [9].

—¿Quién os condujo, ó cuál fué la lucerna
Que de la honda noche os ha sacado
Que envuelve el ímpio reino en sombra eterna?

¿Del abismo las leyes se han turbado,
Ó mudó sus designios el Potente,
Que á mi gremio en condena habeis llegado?—

Me asió entónces mi guía prontamente,
Y con manos, palabras y señales,
Me hizo de rostro y actos reverente.

Y despues respondió: —No á tus umbrales
Viene por mí: mujer bajó del cielo
Á cuyo ruego, le acudí en sus males.

Y pues quieres que aún más descorra el velo
Á la intencion que habemos verdadera,
Medir tu voluntad será mi anhelo.

Este aún no vió la noche postrimera:
Mas tan cerca le puso su folía,
Que tocaba ya al fin de la carrera.

Para salvarle, pues, cual te decia,
Me mandaron á él, y otra saliente
No tuve de lograrlo que esta vía.

Ya toda le enseñé la inícua gente,
Y á mostrarle las almas vengo ahora
Que, só tu guarda, aquí purgan su frente.

Contarte nuestro andar fuera á deshora:
Virtud del cielo de ayudarme cuida,
Y, por su impulso, nuestra voz te implora.

Llevar á bien te plazca su venida:
Libertad va buscando, que es tan cara
Cual sabe quien por ella dió la vida;

Quien, cual tú, por su goce no esquivára
En Útica morir dó los despojos
Son que debe alumbrar la luz más clara [10].

No los lazos del orbe hoy yacen flojos:
Éste vive, y no á mí culpas infaman;
Que soy del cerco dó los castos ojos

De tu Marcia parece que aún reclaman,
Santo pecho, otra vez ser tu pareja [11]:
Oye, pues, por su amor á éstos que claman.

Por tus siete regiones ir nos deja,
Y de tí la hablaré, y agradecido,
Si de que allá te miente no haces queja. —

—Marcia á mi corazon tan dulce ha sido
(Me respondió Caton) miéntras vivia,
Que siempre á su querer me halló rendido:

Mas hoy que yace tras la infausta ria [12],
No aquella ley del mundo me dirige
Por mí quebrada cuando dél salia.

Y si santa mujer te mueve y rige,
Cual refieres, lisonja el lábio ahorre,
Pues basta para mí que ella lo exige.

Vé, y á ceñir al que te sigue acorre
Con lisos juncos, y su rostro baña
Hasta que toda mancha dél se borre [13];

Que cosa fuera el presentarte extraña
Con sombra fea al guarda aquí primero
Que el Paraiso envia á esta montaña.

De la insulilla abajo, en lo postrero,
Dó el agua la combate, entre el algoso
Limo crece en redor junco ligero.

Ninguna planta más de orgullo ojoso
Puede en él, ni de fuerza, tener vida;
Que el doblarse y ceder allí es forzoso.

No torneis aquí luégo á la venida,
Pues el curso del sol [14], ya manifiesto,
Ménos penosa os mostrará salida.—

Dijo, y despareció: yo alzéme presto [15],
Y sin hablar, mi vista ver procura
Qué toca hacer del ítalo en el gesto.

Y él comenzó: — Tras mí seguir procura,
Y atrás volvamos, que de aquí declina
Hasta su último fin esta llanura. —

Ya arrollando la niebla matutina [16]
Iba el alba ante sí; con que lejano
Ví tremular su rayo en la marina.

Pisábamos los dos el yermo llano,
Cual quien busca el lugar de su extravío,
Que juzga hasta toparle andar en vano,

Cuando á punto llegamos dó el rocío,
De la sombra á favor, la accion combate
Del sol que entre la bruma apaga el brio,

Sobre la yerba con amor el vate
Entrambas manos extendidas posa,
Y penetrando yo la accion que trate,

Hácia él incliné mi faz llorosa;
Y aquí el color me devolvió, cubierto
Antes del Orco con la mancha odiosa.

Despues al litoral fuimos desierto
Que en sus aguas jamás vió navegante
Que á salir luégo de ellas fuera experto [17],

Y un cinto en él ciñóme á su talante;
Y ¡oh portento que igual no se vió nunca!
Súbito vuelve á renacer pujante
La humilde planta allí por dó fué trunca [18].

CANTO II.

Cumplidas las instrucciones de Caton, miéntras los Poetas están aún en la playa pensando en el camino que deben seguir, llega una navecilla, gobernada por un ángel, que desembarca una multitud de almas destinadas al Purgatorio. Estas se reunen maravilladas alrededor del peregrino viviente, y una de ellas le reconoce. Es Casella, antiguo amigo de Alighieri y famoso cantante, el cual, invitado por el Poeta á recrearle todavía otra vez con sus dulces acentos, cuando lo está verificando y le escuchan todas las almas, es interrumpido por la llegada del severo Caton: éste les reprocha su negligencia, y ellas huyen asustadas al monte.

El sol al horizonte ya se arrima,
Cuyo extendido cerco meridiano
Con lo más alto dél cubre á Solima [1].

Y la noche [2] que gira á opuesta mano
Del Gánges [3], con las pesas sale armada
Que abandona al crecer más que su hermano.

Con que la faz, ó blanca ó purpurada,
De dó miraba yo, del alma aurora
Con el tiempo en pajiza era trocada [4].

Y aún cabe el mar nos víamos ahora,
Cual gente que pensando en su camino,
Con la mente echa á andar, con el pié mora;

Cuando, así como al Orto matutino
Por espeso vapor Marte rojea
Aquí á Poniente en el cristal marino,

Vide venir ¡ Dios quiera que aún lo vea [5] !
Una luz por el mar tan prestamente,
Que ala no bate que tan ráuda sea.

Yo, que aparté la vista brevemente
De ella, por preguntar al caro guía,
La hallé despues más grande y más luciente.

Luégo á sus ambos lados se veia
No sé qué blanca forma, y no remoto,
Otro albor poco á poco le salia.

Guardó silencio el vate, hasta que noto
Fué que eran alas la primer blancura;
Y cuando claro conoció al piloto:

—Ponte (gritó) de hinojos con presura:
Hé aquí el ángel de Dios: junta las manos:
Todo ministro aquí sustancia es pura.

Mira cómo desprecia artes humanos;
Que no remos le traen, ni otro velo
Que sus alas á puertos tan lejanos:

Mira cómo las lleva altas al cielo,
Moviendo el aire con la eterna pluma,
No á fé mudable cual del hombre el pelo.—

Segun se acerca en su presteza suma,
Más el divino pájaro reluce;
Y ya, próximo á mí, mi vista abruma.

Yo ciego la bajé, y allí conduce
Él su barco esbeltísimo y ligero,
Que apenas en la mar quilla introduce.

Iba á la popa el celestial barquero
Que llevaba en la frente lo bendito,
Y almas ciento en el cóncavo madero.

Todos: *Cuando Israel partió de Egito* [6],
Con unísona voz vienen cantando,
Y de ese salmo lo restante escrito.

Sobre ellos de la cruz el signo blando
Hizo el ángel, y echáronse á la arena;
Y él, cual vino, se va veloz sulcando.

La grey que allí quedó mira inserena
En redor el lugar desconocido,
De salvaje estupor y asombro llena.

De medio cielo el sol ha despedido
Á Capricornio ya [7], y el claro dia
Dó quiera con sus flechas [8] ha esparcido;

Cuando la frente alzó la grey tardía
Á nós, y dijo: — Si sabeis del caso,
La senda nos mostrad que al monte guía.—

Y así Virgilio: — Nos juzgais acaso
Expertos de estos sitios: mas viajeros,
Cual vosotros lo sois, somos de paso.

Por breve tiempo aquí nos veis primeros;
Y otras vías tan duras nos tocaron,
Que han de sernos un juego estos linderos.—

Las almas que de mi hálito sacaron
Que respiraba yo criatura viva,
Yertas de maravilla se quedaron.

Y cual de nuncio, portador de oliva,
Curiosa multitud sigue las huellas,
Y el pisar y oprimir ninguno esquiva;

Así en torno de mí se juntan ellas,
Dichosas almas dó el amor reside,
Casi olvidando el ir á hacerse bellas.

Y á una de entre esas avanzarse vide
Para abrazarme con tan gran ternura,
Que otro tanto de mí su afecto pide.

¡Oh sombras vanas de ideal figura!
Tras de ella veces tres mis manos junto,
Y tres vuelven al pecho con tristura.

Pienso que de estupor quedé difunto;
Porque el alma apartóse sonriendo:
Yo rápido detrás lancéme al punto.

Ella parar me impuso, un signo haciendo:
En él la conocí, y hablar conmigo
La supliqué, su paso deteniendo.

Y respondió:—Con tanto amor te sigo
Amando hoy sin el cuerpo, como en vida,
Y héme aquí pronta. Y tú, ¿dó vas, amigo?—

Y yo:—Casella mio [9], esta salida
Para tornar me han dado á donde estaba [10].
¿Mas cómo aquí tan tarda tu venida [11]?—

Y replicó:—Tal suerte me ha tocado;
Pues quien nos toma cuando y cual le place,
El pasaje otras veces me ha negado:

Su voluntad de alta justicia nace,
Y su esquife há tres meses ciertamente
Que á quien lo ruega acogimiento le hace [12]

Así yo, que en la playa era presente
Donde en el mar su linfa el Tíber sala [13],
Recogido por él fuí blandamente.

Y á ese puerto ora el ángel tiende el ala,
Que en él solo embarcar se facilita
Al que no de Aquerón hace la escala [14].—

Y yo:—Si nueva ley ya no te quita
Uso y memoria del sabroso canto
Que mi inquietud mudaba en paz bendita,

Con su plácido son alivia un tanto
El alma mia, que se afana y pena,
Trayendo aquí su cuerpo y su quebranto.

Amor que de su voz me inunda y llena,
Él comenzó á cantar, tan dulcemente,
Que aún la dulzura en mi interior resuena.

Y mi maestro, y yo, y aquella gente
Que era con él, nos vimos tan contentos,
Que ocupaba eso sólo nuestra mente.

Eramos todos, pues, fijos y atentos
Al grato acento, cuando ver se deja
El noble viejo, y grita:—Espírtus lentos,

¿Qué os detiene, qué inercia vos aqueja?
Corred al monte y os limpiad la broza
Que de ver al Señor aún os aleja.—

Cual banda de palomas que se goza,
Quieta, muda la voz, ronca y oscura,
En el grano ó semilla que destroza,

Si objeto se le muestra de pavura,
De repente abandona la comida,
Al sentirse asaltar de mayor cura,

Así á la banda ví recien venida
Dejar el canto, huyendo á la foresta,
Cual quien corre, y no sabe si hay salida:
Ni la nuestra, en verdad, fué ménos presta.

CANTO III.

Estrechándose el Poeta con su caro guía, se encaminan hácia el monte, y miéntras al pié suyo están buscando una senda por la que sea ménos penosa la subida, ven una porcion de almas que vienen hácia los dos. Así que se han encontrado con ellas les preguntan por dónde se sube; y cuando los Poetas, por su consejo, se vuelven atrás, una de esas almas descubre á DANTE que es Manfredo, rey de Sicilia, y le cuenta su muerte, su conversion á Dios en el último instante, y cómo al pié de aquella montaña son detenidos los que mueren en contumacia con la Iglesia.

Miéntras la fuga á la manada imbele
Súbita dispersó por la campaña,
Hácia donde á purgarse el juicio impele [1],

Yo uníme estrecho con mi fiel compaña:
¿De mí qué fuera sin su auxilio largo?
¿Quién me diera trepar por la montaña?

Él mostraba irse haciendo interno cargo.–
¡Oh límpida conciencia dignidosa,
Cómo el yerro menor te muerde amargo!

Cuando dejó la prisa vergonzosa
Que á toda humana accion quita nobleza,
Mi mente, de ántes tímida y cuidosa,

Sus deseos soltó con más largueza,
Y dirigí mi vista á donde alzaba
Más hácia el cielo el monte su cabeza.

El sol que trás de mí rojo flameaba,
Encontrando á su paso mi figura,
Por delante con luz la perfilaba.

Y cuando ví la tierra hallarse oscura
Sólo á mi frente, á un flanco revolvíme,
De hallarme solo ya con la pavura [2].

Y mi conforto:—¿Desconfias, dime
(Ofendido exclamó), y abandonado
De mí te juzgas, y el temor te oprime?

Héspero ya es allí [3], dó sepultado
El cuerpo está con el que sombra hacía,
Que á Nápoles de Brindis [4] fué llevado:

Si sombra no hace ya la imágen mia,
No has de admirarte más que de los cielos
Diáfanos todos á la luz del dia.

Cual vuestros cuerpos, pena, ardores, hielos,
Sienten los nuestros vanos, y coronas
Dios ciñe así, y á nós cierra sus velos.

¡Cuán ciega ¡oh gente humana! si blasonas
De caminar por la infinita via
Del que sustancia es una en tres Personas!

Á tu sér limitado baste el *Quia* [5];
Que si os diera total saber tributo,
Fuera inútil el parto de María.

¿No habeis visto mortal buscar sin fruto
Á su afan de inquirir reposo amigo,
Y labrarle ese afan su eterno luto?

De Platon y Aristóteles os digo,
Y otros, y otros.—Y aquí dobló la frente,
Y mudo, inquieto, prosiguió conmigo.

En tanto al pié nos vimos de repente
Del monte cuya roca es tan horrenda
Que no hay planta á vencerla suficiente;

Ni quien con ella comparar pretenda
De entre Lérice y Turbia [6] las más malas
Simas, sin que parezcan fácil senda.

Y ora:—¿A qué mano encontraré yo escalas
(Dijo el maestro, el paso deteniendo)
Por dó pueda ascender quien va sin alas?—

Y miéntras que la faz baja teniendo,
En pensar del camino se embebece,
Y yo voy del peñasco lo alto viendo,

Por la izquierda, legion se me aparece
De almas viniendo á nós con pié tan suave,
Que sin moverlo caminar parece.

—Alza la vista (dije al rector grave):
Quien nos puede dar luz ve aquí que avanza,
Si encontrarla en tí mismo ya no cabe. —

La alzó, y me dijo con mayor confianza:
—¡Allá, pues! que su pié marcha pian piano;
Y tú, hijo mio, alienta á la esperanza. —

Mil pasos anduvimos, y aún lejano
Era aquel pueblo de almas en caterva
Lo que alcanza una piedra en hábil mano,

Cuando á las puntas de la roca acerba
Vimos asirse á todas agachadas
Cual quien con miedo va, pára y observa.

¡Oh benditas de Dios, oh bien finadas!
(Virgilio comenzó) por aquel goce
Que eterno os guarda el cielo en sus moradas,

¿Dó está el monte, decid, porque veloce
Le huelle el pié? Medir las maravillas
Sabe del tiempo quien su prez conoce.—

Cual salen del redil las ovejillas
Una, dos, tres, y las demás se quedan,
Vista y muso bajando medrosillas;

Y á la primera al fin todas remedan,
Subiéndosela encima si se pára,
¡Simples! sin que saber la causa puedan;

Así vide hácia nós venir de cara,
La frente del feliz rebaño errante,
De honesto porte, de modestia rara.

Cuando en tierra los que iban más delante
Rota la luz á mi derecha vieron,
Y proyectarse sombra viandante,

Se pararon, y un tanto atrás volvieron,
Y los que iban despues en la manada,
Sin saber el por qué, lo propio hicieron.

—Por respuesta á pregunta aún no formada
(Dijo el guía), sabed que es cuerpo humano
Este por quien la luz veis eclipsada.

Y no os asombre, ántes tened por llano
Que al que á subida tal esfuerzo muestra,
De Dios le asiste la potente mano.—

—Pues bien; venid á la compaña nuestra—
(Dijo); haciendo señal la digna gente
Con el envés de la encorvada diestra.

Y uno empezó:—Levanta á mí la frente,
Quien quier que fueres, y tu andar siguiendo;
Y en si allá tú me has visto pon la mente [7].—

Volvíme á él, su rostro fijo viendo:
Blondo era, y bello, y de apostura erguida,
Mas le parte una ceja un golpe horrendo.

Él, cuando mi disculpa oyó cumplida
De que nunca le ví: —Pues mira—(dijo):
Y alta en el pecho me mostró una herida.

Y exclamó sonriendo: —Soy el hijo [8]
Del hijo de Constanza [9], emperatrice:
Soy Manfredo, y mi voz á tí dirijo,

Porque á tu vuelta á mi hija [10], genitrice
Que á Aragon y Sicilia da corona [11],
Cuentes mi cierto fin, si mal se dice.

Despues que fué postrada mi persona
Por dos golpes de muerte, arrepentido
Volvíme en llanto al que sin fin perdona.

Mi pecar en el mundo horrible ha sido:
Mas los brazos de Dios son de manera
Que cuanto á ellos se lanza, es acogido.

Si el pastor de Cosenza [12], á quien le diera
Mision Clemente de seguir mi caza,
Bien leido en la faz de Dios hubiera,

Aún tendrian en paz mis huesos plaza
Bajo la puente, al pié de Benevento,
Só el monton que por tumba el ódio traza [13].

Hoy los moja la lluvia y bate el viento [14],
Del reino echados, casi junto al Verde:
A gran culpa, castigo aún más violento.

Mas no tal maldicion tan dura muerde,
Que nos quite aplacar de Dios la ira,
Si la flor de esperanza no se pierde.

Bien que el mortal que contumaz espira
Con la Iglesia, aunque al cabo se arrepienta,
Sin subir á este monte triste gira

Por cada luz de pertinacia trenta;
Aunque al número de años del decreto
Puede santa oracion menguar la cuenta [15].

Mira, pues, si favor me harás completo
Revelando á mi buena hija Constanza
El plazo á que me ves que estoy sujeto,
Cuando de allá la prez á tanto alcanza.—

CANTO IV

Conducidos por las almas á la montaña sagrada, suben los Poetas por el escabroso camino hasta el primer repecho. Sentados en él, explica el buen maestro al alumno la causa del opuesto giro del sol. Viendo luégo una porcion de almas á la sombra de una roca yacer tendidas y apoyadas en ella con indolencia, conoce Alighieri al perezoso Belagua, quien le cuenta que aquellos son los que tardaron en convertirse hasta el instante último de su vida.

Cuando, por gozo ó pena que nos coge,
De los que el sér humano en sí comprende,
En su interior el alma se recoge,

Parece que ya nada más entiende;
Y esto vence al error que afirmar osa
Que un alma sobre otra alma en nós se enciende[1];

Si bien, cuando se escucha ó se ve cosa
Que al espíritu exalta con violencia,
Resbala el tiempo y sin sentir rebosa.

Que la que escucha es sólo una potencia,
Y otra la que en el alma está expectante,
Y esta va en sujecion, y esa en licencia.

Prueba de esta verdad tuve bastante
Á aquella sombra oyendo y admirando,
Porque grados cincuenta [2] el sol brillante

Hecho habia, sin yo notarlo, cuando
Á las almas oí gritarme ayuntas:
Ya estais en el lugar que vais buscando [3].

No boquete mayor con prúneas puntas
Cierra hortelano cuando la uva engorda,
Del seto atando las abiertas juntas,

Que aquel por cuya fauce estrecha y sorda
Tras mi guía pasé, cuando la banda
Dejónos solos cabe la alta borda.

Se baja á Noli [4] y á San Leo se anda,
Y el pié domina de Bismántua el suelo:
Mas sin alas á nadie aquí se manda.

Con las veloces del vehemente anhelo
Iba por aquel guía conducido,
Que luz me daba, y ánimo, y consuelo.

Era el subir por el breñal rompido,
Cuyo disco en redor nos estrujaba,
El cuerpo á gatas puesto y encogido,

Cuando á la orla superior tocaba,
Abierta ya á la luz: —Maestro (dije),
Lo que hacer debo de explicarme acaba.—

—No cejes (respondió), y ántes dirige
Siempre el pié de la altura á la conquista,
Hasta encontrar quien nuestra marcha fije.—

No á la cima alcanzaba ni áun mi vista,
Y era tanta á su base la pendiente,
Cual de medio cuadrante al centro lista [5];

Y sin poder ya más, desfalleciente,
Dije:—Vuélvete y mira, padre mio,
Que voy solo á quedar: por Dios, detente.—

Y él:—Qué á llegar allí te asista el brío.—
Y arriba un poco, me mostró un asiento,
Que rodeaba cual falda el monte umbrío.

Fué tanta espuela para mí su acento,
Que arrastrando tras él, con planta imbele,
Llegué hasta el sitio con ahogado aliento.

La fatiga á sentarme en él me impele,
Vuelto á Levante, allí por dó subiera;
Que ver lo que se anduvo agradar suele.

Miré primero abajo á la ribera,
Y despues alto al sol, y me asombraba
De que á la izquierda su calor me diera.

Bien conoció el Poeta que yo estaba
Viendo el carro de luz, en pasmo inerte,
Que entre nosotros y Aquilon se alzaba [6];

Y me dijo:—Si al par fueran, advierte,
Castor y Polux [7] del celeste espejo [8],
Que á las várias esferas luces vierte,

Más unido á las Osas, al bermejo
Zodiaco vieras su fulgor mostrarte,
Á no romper la ley del curso viejo [9].

Si quieres cómo es esto imaginarte,
En tu idea te finge que este monte
Y el de Sion se elevan de tal arte,

Que en diverso hemisferio un horizonte
Mismo tienen los dos; con que el camino,
Que tan mal supo carrozear Faetonte [10],

Verás que á un lado cae del Palestino,
Y al otro del que pisas; si patente
Fué la verdad á tu intelecto fino.—

—Cierto que nunca ví tan claramente,
Maestro (dije yo), cual hoy discierno,
Lo que oscuro primero halló mi mente;

Que el medio circo del girar superno,
Que Ecuador una ciencia denomina,
Y es siempre entre el estío y el invierno,

Por la razon que das, de aquí se inclina
Al yerto Setentrion, cuando el judío
Le vió [11] hácia el lado en que el calor domina.

Mas saber, si te place, es mi albedrío
Lo que de andar me falta, que este muro
Sube á donde no alcanza el ojo mio.—

Y él:—Este monte es tal, que en fuerte apuro
Te pone al empezarlo, y pena grave,
Y segun vas subiendo es ménos duro.

Así que cuando le halles ya tan suave
Que puedas por su lomo ir más ligero
Que por plácido golfo va la nave,

Llegado habrás al fin de este sendero·
Descanse sólo allí tu cuerpo laso:
La verdad digo, y proseguir no quiero.—

No bien á su postrera voz dió paso,
Otra muy cerca dijo:—Antes cumplida
Necesidad de asiento habrás acaso.—

Volvímonos á aquella voce oida;
Y vimos, á la izquierda, piedra añosa
De los dos hasta allí no percibida.

Allá fuimos, y hallamos perezosa
Grey [12] que á la sombra del peñasco estaba,
Como el que en vaga ociosidad reposa.

Y uno entre ellos que canso se mostraba,
Sentábase, apoyando su cabeza
Baja entre las rodillas que abrazaba.

—Mira, ¡oh señor! aquel que allí bosteza
(Dije) y lerdo se muestra y negligente,
Cual si fuera su hermana la pereza.

Y aquí volvióse á mí, poniendo mente,
Y arrastró por un muslo una mejilla,
Y dijo:—Sube tú que eres valiente.—

Ora le conocí [13]; y aunque me humilla
De la fatiga la anhelosa pena,
Hasta tocar lleguéme su rodilla.

Él entónces, la frente alzando apena:
—¿Has visto bien (me dijo), cómo el cielo
Á izquierda el sol de sus fulgores llena?—

Su lenta accion, su escaso hablar de hielo,
Á risa me movió del reposado,
Y á decirle despues:—Ya no me duelo

De tí Belacua: mas ¿por qué sentado
Estás ahí? ¿Tu viaje escolta aguarda,
Ó aquí tambien te oprime el vicio usado?—

Y él:—Hermano, ¿subir allá qué tarda,
Si al Purgatorio entrar no ha de dejarme
De Dios el ángel que la puerta guarda?

Tantos giros yo fuera he de esperarme,
Cuantos mi conversion mantuve en duda,
Y al llanto y preces resistí doblarme,

Si la oracion primero no me ayuda
De una alma pura á la piedad sumisa:
Vano será, sin esto, que otra acuda.—

Aquí el Vate cortó, diciendo:—Aprisa;
Que ocupa el sol [14] los meridianos secos,
Y ya la noche con su planta pisa,
Salvando el mar, los campos de Marruecos.

CANTO V.

Siguiendo los Poetas por la montaña, se encuentran con una multitud de espíritus; los cuales, viendo que uno de aquellos está vivo y puede volver todavía al primer mundo, se le agolpan en torno, suplicándole que los recuerde á sus parientes y amigos. Esos espíritus descuidaron en vida su salud eterna; pero, sorprendidos por muerte violenta, se arrepintieron y perdonaron á sus enemigos. Jacobo del Cássero, Buon Conte de Montefieltro y Pia de Siena cuentan particularmente al Poeta las circunstancias de su muerte.

Cuando ya de esas almas libre quedo,
Y sigo el paso de mi fiel pareja,
Una, á mi espalda, enderezando el dedo,

Grita:—Mirad, parece no refleja
La luz á izquierda [1] del que va más bajo,
Y que cual sér viviente se maneja.—

Volvíme á aquella voz, no sin trabajo,
Y vi que el alma remiraba absorta
A mí y la luz que con mi cuerpo atajo.

—¿Qué así te empacha que tu andar se acorta
(El maestro me dijo), y vas tan lento?
Lo que esos cuchichean, ¿qué te importa?

Ven tras mí, y deja su prolijo acento,
Firme tú cual la torre á quien amaga
Con rabia inútil el soplar del viento.

Que siempre aquel en cuya mente vaga
Idea sobre idea pierde el signo,
Porque de una el vigor el de otra apaga.—

¿Qué responder á su decir benigno?
Voy; y lo dije en el rubor bañado
Que al hombre de perdon suele hacer digno.

En tanto por la márgen, de traverso,
Gente hácia nós y próxima venía [2],
Cantando el *Miserere* verso á verso.

La cual, notando que la luz del dia
Cortaba yo, su cántico sonoro
Con un *¡Oh!* ronco y largo interrumpía.

Y en forma de mensaje por decoro,
Quién somos á indagar mandan, corriendo
A nosotros, á dos del vago coro.

Y mi maestro les paró diciendo:
—Volved y referid al gremio caro
Que es de carne mortal el que están viendo;

Y si, como imagino, al hecho raro
Atentos son, les basta el decir mio;
Y háganle honor, que les valdrá su amparo [3].—

No á prima noche hiende con más brío
Chispa eléctrica el ámbito sereno,
Ni así traspasa el sol nube de estío,

Como esos vuelven de su bando al seno;
Y ya juntos á nós corren en lucha
Cual lanzado escuadron que abate el freno.

—La grey que nos oprime en torno es mucha
(El vate dijo), y de rogarte ansiosa,
Mas no páres, y á un tiempo anda y escucha.—

—¡Oh ánima que á hacerte vas dichosa,
Aún adherida al cuerpo en que naciste
(Vienen gritando); un poco el pié reposa.

Mira si á alguno de nosotros viste
De quien puedas allá decir la suerte...
¡Ah! ¿Por qué en no parar tu planta insiste?

Todos hemos sufrido airada muerte,
Del pecado hasta el fin en la tristura;
Que entónces luz divina nos convierte:

Y de perdon y gracia en llama pura,
En paz con Dios salimos de la vida
A este afan que de verle nos apura.—

—Por más que busco (dije) conocida
Faz, no descubro: mas si os es amanda
Cosa que pueda yo, grey bien nacida,

Decid: que juro hacerlo por la blanda
Paz que, á la sombra de tan alto guía,
Buscar de mundo en mundo se me manda.—

Y uno: —Toda alma de tus votos fia
(Sin que lo jures) que sabrás guardarlos,
Si otra mayor tu voluntad no enfria.

Yo [4] que oso á los demás adelantarlos,
Ruégote que si el suelo á ver llegares
Que entre el Romaño yace y el de Cárlos,

Que tu cortés apoyo me depares,
Para que, en remision de mis dolores,
Se pida en Fano al pié de sus altares.

De allí fuí: mas los golpes matadores
Que, en la sangre, sacáronme la vida,
Sufrí en el suelo gloria de Antenores [5].

Y dó pensé más propia hallar guarida
Contra el encono Estense ¡ay! allí fiera
Me oprimió su venganza no medida.

Mas si hácia Mira [6] yo corrido hubiera
Cuando su gente me alcanzó en Oriágo,
Como tú respirando aún estuviera.

Al pantano me eché, y el limo aciagò
Y juncos me enredaron, y ví luégo
De mi sangre en el cieno hacerse un lago.—

Y otro dijo despues : — Así el sosiego
Logres, porque tan alto has remontado,
Que ayudes pío á mi doliente ruego.

Buenconte soy, del Montefieltro estado :
Ya ni Juana [7], ni nadie de mí cura,
Por lo que entre éstos voy avergonzado. —

Y dije yo : —¿Qué fuerza ó desventura
Tan léjos te apartó de Campaldino,
Que no se halló jamás tu sepultura?

—¡Ay! (respondióme): al pié del Casentino,
Rio atraviesa, que se nombra Arquiano,
Y sobre el Yermo [8] nace en Apenino.

Al lugar dó su nombre se hace vano [9]
Llegué yo, traspasado de la gola,
Huyendo á pié y ensangrentando el llano:

En él caigo: mi vista se arrebola,
Y un *María* mi voz postrera alienta,
Y allí queda de mí la carne sola.

Oye; y al mundo la verdad le cuenta.
Me asió el ángel de Dios; y el del infierno :
¿Por qué (gritó) *robármelo se intenta?*

¿Quieres llevarte de éste tú lo eterno
Por una lagrimilla que él me quita?
Verás con lo mortal cuál me gobierno [10].

Ya sabes que en la atmósfera gravita
Condensado vapor que agua se vuelve
Cuando en region más frígida se agita;

Pues bien: el ímpio que acopiar resuelve
Mal querer al saber, mueve humo y viento
Por la virtud que su natura envuelve;

Y al descenso del sol, cubre al momento
De Protomagno el valle y la alta sierra,
Encapotando en niebla el firmamento:

Suelta el vapor el agua que en sí cierra:
La lluvia cáe: lánzase en canales
Cuanto no sorbe de su humor la tierra,

Y esos cogiendo al paso otros raudales,
Van, sin que nada opóngase á su brio,
Del rio rey [11] á unirse á los caudales.

El Árquio hinchado halló mi cuerpo frio,
Y lo arrastró hasta el Arno, deshaciendo
La cruz que hice al morir al pecho mio [12];

Y despues de llevarme sacudiendo
Por márgenes y fondo, entre su inmundo
Cieno y presas [13] me dió sepulcro horrendo.—

Escucha:—Cuando hubieres vuelto al mundo,
Y ya reposes de tan larga vía
(Siguió el tercer espíritu al segundo),

Acuérdate de mí, que soy la Pia [14]:
Me hizo Siena: Marisma me deshizo.
Bien lo sabe el mortal que halló algun dia
En mi segundo tálamo su hechizo.—

CANTO VI.

Encuentro de otras almas muertas tambien violentamente y convertidas á Dios en el último instante. Se dice el nombre de algunas. Dulce acogida que hace el mantuano Sordelo á su conciudadano Virgilio. Magnánimo desahogo de Alighieri, que, increpando á la dividida Italia, expone la causa de sus desdichas.

Cuando el juego termina de los dados [1],
Mustio queda el que pierde, tristemente
Estudiando los golpes ya jugados.

En tanto al vencedor sigue la gente,
Y á sus flancos se agolpa torpe y mucha,
Y ese le habla de atrás, y éste de frente,

Y á todos él sin detenerse escucha,
Y al que la mano da ya no atropella,
Y así acorta con dádivas la lucha.

Tal hice yo con la manada bella,
Que les volvia aquí y allí la cara,
Y con promesas me libraba de ella.

Era allí el Aretino [2], á quien lanzára
El feroz Güin de Faco á ciega muerte;
Y el que, al correr cazando [3], se anegára,

Ruéganme aquí por aliviar su suerte
Federico Novelo [4] y el Pisano [5]
Que dió á Marsuco sublimarse fuerte.

Ví al conde de Orso [6], y al que osó la mano
Del verdugo manchar, como él decia,
No por su culpa, mas por ódio insano.

De Pedro Brosio [7], digo, y bien haria,
Miéntras vive, en ganar la de Brabante
No verse entre más fiera compañía [8].

Cuando ya libre del tropel vagante
Me ví, que me rogaba fervoroso
Irle acercando su anhelado instante:

—Creo (dije) ¡oh mi faro luminoso!
Que tú niegas, de fijo, en algun texto,
Que al cielo la oracion hace piadoso.

Esas gentes, ya ves, ruegan por esto,
Y fuera entónces su esperanza vana,
Ó no hallé tu sentido manifiesto.—

Y él:—Mi escrita palabra es simple y llana,
Y esa esperanza suya intacta queda,
Si se examina bien con mente sana:

Que no será que el juicio sumo ceda
Porque ferviente súplica, en su dia,
Las ánsias cumpla del que aquí se hospeda;

Y dó la afirmacion has visto mia,
Como entre grey precita se introduce,
Nada por la oracion ella obtendria [9].

Deja esa duda, pues, que á poco induce,
Si aquella santa luz no te lo dice
Que el intelecto á la verdad conduce.

No sé si entiendes: te hablo de Beatrice:
Tú de este monte en la suprema altura
Riente la verás, leda y felice. —

Y yo: — Pues vamos y con más presura;
Que como de ántes ya no me fatigo,
Y ora el monte nos da sombra segura.—

Y él respondió: — Nuestro subir prosigo
Todo cuanto este dia nos consienta:
Mas no es, cual piensas, el llegar, te digo.

Verás que ántes de nuevo se presenta
El que ora, al ir tras la montaña, quita
Que á su rayo hagas sombra macilenta [10].

Mas una alma vé allí [11], sola, solita;
Que nos mira y parece nos aguarda:
Esa la vía nos dará expedita.—

Allá nos fuimos: ¡oh, ánima lombarda,
Cuál te mostrabas grave y desdeñosa,
Y en el mover la vista noble y tarda!

Ella quieta yacía, y silenciosa:
Mas dejábanos ir, solo mirando,
A guisa de leon cuando se posa.

Y Virgilio acercósele, rogando
Que nos mostrase la mejor subida;
Y ella nos demandó, no contestando,

Cuál era nuestra pátria y nuestra vida.
Y mi dulce maestro comenzaba:
—Mántua.—Y la sombra de ántes recogida

Saltó á él del lugar en donde estaba:
—¡Oh Mantuano! (diciendo); soy Sordelo,
De tu misma ciudad.—¡Y le abrazaba!

¡Ay sierva Italia dó se asienta el duelo!
¡Oh nave sin piloto en trecho aciago!
Meretriz, que no Reina de ancho suelo,

El noble muerto aquel, festivo halago,
Al sólo dulce nombre de la tierra
Dió y al amor de compatricio en pago.

Y los vivos en tí, de darse guerra
No paran; y uno á otro se destroza
De los que un mismo foso y muro encierra.

Busca en las playas donde el mar retoza
Tus pueblos, y despues mírate al seno
Y dí dónde infeliz de paz se goza.

¿De qué sirvió que Justiniano un freno
Te impusiera, si va el arzon vacío?
¡Fuera sin él tu oprobio no tan pleno!

¡Ay, gremio, que al altar te debes pío!
¡Déjale al César ocupar su esfera,
Y entiende á Dios cual es, no á tu albedrío!

¡Ved cuán indócil vuèlvese la fiera,
Porque el duro acicate no la embiste
Del que la osó coger la carrillera!

¡Oh Alberto de Austria, y cuánto mal hiciste
Al que hoy es bruto indómito y adusto,
Cuando oprimir sus lomos no quisiste!

Caiga sobre tu sangre el fallo justo
Del cièlo, y grande luzca y descubierto,
Con que á tu sucesor dé grima y susto.

Al codicioso afan el pecho abierto,
Entre tu padre y tú ya habeis trocado
El jardin del imperio en un desierto.

Ven á ver en alarma ¡oh descuidado!
Filipesco y Monaldo [12]; y en tristura
Capeleto y Montesco ya postrado.

Ven, crudo, ven; y mira la amargura
De tus fieles, y el cuadro ve sombrío,
Y á Santaflor [13] contempla ¡cuán segura!

Tu Roma ven á ver, que en tu extravío,
Viuda, sola, de dia y noche clama:
¿Por qué no estás conmigo, César mio?

¡Ven á ver cuál tu digna gente se ama!
Y si á darte piedad nada hay que baste,
¡Ven á tener vergüenza de tu fama!

¡Oh! Dime, Sumo Jove [14], que lloraste
Puesto en la Cruz por el culpado mundo:
¿De nosotros tus ojos ya apartaste?

¿Ó nos prepara al fin tu amor fecundo
Algun futuro bien por esta pena,
Bien que hoy lo vele tu saber profundo?

Que está la triste Italia toda llena
Hoy de tiranos, y cual de un Marcelo,
De cada vil faccioso el nombre suena.

¡Tú puedes, mi Florencia, estar sin duelo,
Que de esta digresion nada te toca,
De tus hijos merced al pátrio celo [15]!

La justicia por muchos aún se evoca;
Y duda el justo, y el astil no larga:
Y de tu pueblo está sólo en la boca.

Á muchos el comun oficio amarga:
Y tu pueblo solícito responde
Sin preguntarle, y grita: *Á mí la carga.*

Saca soberbia, pues: tienes de dónde,
Tú de paz y riqueza y saber dueña:
Tu aspecto mismo la verdad no esconde.

Esparta, Atenas, que orgullosa enseña
Ciencia de legislar que á todo baste,
Dieron de bien vivir muestra pequeña,

Si pretenden contigo hacer contraste;
Que haces telas tan finas, que en Enero
No duran ya las que en Diciembre hilaste.

¡Cuántas veces, en lapso pasajero,
Moneda, leyes, usos, cargo honroso
Corregiste, ó mudaste por entero!

¡Ay! Si á tu estado atiendes desastroso,
Te verás cual la enferma que se abate
Sin poder en la pluma hallar reposo,
Y con dar vueltas su dolor combate.

CANTO VII.

Despues de la alegre acogida que da á su conciudadano, oye Sordelo con gran sorpresa que aquel es Virgilio. Preguntado despues por el sublime Poeta sobre la mejor entrada al Purgatorio, se le ofrece como guía; pero estando muy próxima la postura del sol, conduce á entrambos á un vallecito socavado en el monte, para que allí pasen la noche. En aquel sitio amenísimo se hallan aquellos príncipes que, siempre ocupados con las ambiciones del mundo, dejaron para el último instante de la vida el convertirse á Dios. Sordelo va señalando vários de éstos á nuestros Poetas.

Despues de redoblados los deberes
De acogimiento fraternal, Sordelo
Se detuvo, y me dijo:—Y tú, ¿quién eres?—

—Dió mis despojos Octaviano [1] al suelo,
Cuando aún esta montaña era vacía
De los que aguardan ascender al cielo.

Virgilio soy; y no por cosa impía,
Mas porque Fé no tuve, le he perdido,—
Con triste voz le respondió mi guía.

Como el que de repente ha percibido
Cosa de que aún se extraña y maravilla,
Y *es*, y *no es*, exclama, sorprendido

Queda aquél; y los ojos luégo humilla,
Y á Virgilio se acerca; y respetuoso
Besa su pié y abraza su rodilla;

Y dice: —¡Oh tú por quien subió glorioso
De nuestro hablar á su apogeo el arte!
¡Oh de mi dulce pátria honor famoso [2]!

¿Por qué gracia ó valer logré mirarte?
Díme, si digno soy de favor tanto,
Si vienes del Infierno, y de cuál parte.—

Y él respondió:—De la region del llanto,
Por cuantos son los cláustros aquí vine,
Y me movió y asiste impulso santo.

No porque á hacer mi voluntad me incline,
Mas perdí por no hacer el sol que admiro,
Sin lograr que, ni áun tarde [3], me ilumine.

Morada sin dolor hay en mi giro
Del Orco, y sólo oscura, dó el lamento
Sin sonar como un ¡ay! es un suspiro.

Allí yo [4] con el párvulo me asiento,
Mordido por el diente de la muerte,
Antes que del pecado fuera exento.

Allí con el que usar no tiene en suerte
Las tres virtudes santas [5], y, sin vicio,
A las demás su espíritu convierte.

Mas, si lo sabes tú, dános propicio,
Para vía encontrar ménos prolija
Que al Purgatorio lleve, algun indicio.—

Y respondió: —Mansion no habemos fija:
Todo este espacio recorrer me es dado:
Por dó pueda, seré quien te dirija.

Mas ya al lecho va el sol precipitado,
Y no se hacen de noche estas subidas:
Búsquese albergue, pues, de dulce agrado.

Almas aquí á la diestra hay recogidas;
Allí te llevaré, si te agradare:
Serán por tí con gusto conocidas.—

—¡Cómo! (Virgilio dijo) al que intentáre
Marchar de noche ¿le será impedido
Por otro, ó porque fuerza le faltare?—

Y el büen Sordelo, el dedo al suelo unido,
Responde:—¿Ves? pues ni esta sola raya
Traspasarás, si el sol yace escondido.

Y no porque más duras cosas haya,
Sino es el manto de la noche umbría:
Con él la voluntad lucha y desmaya.

Ir, con todo, hácia atrás bien se podría,
Y la playa medir do quier vagando,
Miéntras el horizonte aún muestra el dia.—

Entónces mi señor, cuasi admirando,
Dijo: —Llévanos, pues, á dó aseguras
Que hallarse puede agrado reposando.—

Y poco éramos ido en las alturas,
Cuando hoyadas del monte ví en el suelo,
Cual son de nuestros valles las honduras.

—Vamos al punto aquel (dijo Sordelo)
Donde en sí la montaña un seno incluye,
Á esperar á que el alba aclare el cielo.

Senda entre plana y áspera allí afluye,
Que hácia el borde del cóncavo nos saca,
Dó la mitad de su alto disminuye.

Plata y oro y azul, cerusa y laca,
Palo indiano de fúlgidos primores,
Esmeralda que viva se destaca

Á la par de la yerba y de las flores
De la hoyada que ví, fueran vencidos
Cual de fuerza mayor son las menores.

Y no allí sólo ostenta coloridos;
Mas aromas incógnitos natura
Dulcísimos ofrece á los sentidos.

Y, no vistas de fuera, en la verdura
Almas sentadas ví: *Salve Regina*,
En lo interior cantando con voz pura.

Y el Mantuano, que á entrambos encamina,
—No querais (dijo) que os conduzca á aquellas
Miéntras la luz del sol aún ilumina.

Desde ésta loma en que estampais las huellas,
De todas notareis rostro y talante,
Aún mejor que en el valle en medio de ellas.

El que más alto está, cuyo semblante
Que olvidó muestra su deber, y mudo
No mueve el lábio entre la grey cantante,

Ese es Rodulfo [6], emperador, que pudo
Ser broquél de la Italia que hoy espira,
Y á quien ya tarde llegará otro escudo.

El que cerca animándole se mira,
Rigió la tierra donde el agua hierve
Que va al Elba, y con él al mar se tira.

Otocáro llamóse, y reinó, imberbe,
Mejor que Venceslao, su hijo infando,
A quien, barbon, no hay vicio que no enerve.

Ese chato que veis, tan junto hablando
Con aquél que tan noble está y derecho,
Murió huyendo y las lises desflorando:

Vedle; notad cómo se azota el pecho,
Miéntras aquél que sigue, en su mejilla
Hace á la mano, entre suspiros, lecho.

Son padre y suegro del que á Francia humilla;
Y porque piensan en su vida ahora,
Su turpitud les pesa y su mancilla.

Ese membrudo que con voz sonora
Á aquél se adua, de nariz no escaso,
Copa fué de virtudes brilladora.

Si luégo Rey no fuera tan de paso
El jovencillo que tras él se sienta,
Bien pasára el valor de vaso en vaso.

No la otra prole así sublime alienta:
Son Yago y Federico, régios amos:
Mas su herencia el mejor feudo no cuenta.

Raras veces retoña por los ramos
La probidad humana, y esto quiere
El que la da, porque á Él se la pidamos.

Toca al nason lo que mi voz profiere,
Como á ese Pedro que á su lado canta.
Por él decae Provenza, Apulla muere:

De su semilla es tan menor la planta,
Cuanto más que Beatriz y Margarita,
Constanza por su esposo aún se levanta.

Ved allí al Rey de vida tan bendita,
Sentado sólo, Enrique de Inglaterra,
Mas venturoso en su progenie invita.

Aquél, más bajo, allá tendido en tierra,
Mirando arriba, es el marqués Guillermo:
Por él Alejandría hace, en su guerra,
Del Canavés y Monferrato un yermo.—

—

CANTO VIII.

Anochece, y bajan del cielo dos ángeles para guardar el valle acechado durante la noche por la maligna serpiente. Introducidos los Poetas en él y entre las almas, reconoce DANTE al pisano Nino Visconti, con quien se entretiene un poco platicando. A este tiempo entra la sierpe, y los ángeles se arrojan á ella y la ahuyentan con el solo batimiento de sus alas. Luégo Conrado Malaspina se dirige á Alighieri y le pide noticias de su pais: á lo que le responde el Poeta y hace un bello elogio de aquella nobilísima familia.

Era la hora en que soñar consigo
Enternecido el navegante quiere,
El dia que *adios* dijo al caro amigo;

Y en que al novel peregrinante hiere,
Amor, si escucha el bronce que lejano
Llorar parece al dia que se muere;

Cuando el oido yo poniendo en vano,
Pude ver una en pié que entre las almas
Atencion les pedia con la mano.

Ella juntó y al cielo alzó las palmas,
Dirigiendo los ojos al Oriente,
Cual diciéndole á Dios: *Mi afan tú calmas.*

Te lucis ante [1] tan devotamente
De su lábio salió, con voz tan pura,
Que de sí misma se olvidó mi mente.

Despues las otras con igual dulzura
Le acompañaron en el himno entero,
Puesta la vista en la estrellada altura.

Aquí, lector, á ver lo verdadero
Presta atencion: lo cubre fina tela,
Y calar puedes su espesor ligero.

Yo ví aquella feliz gentil secuela
Luégo al alto mirar, y muda, helada,
Como esperando humilde en honda vela.

Y ví rasgar la bóveda azulada,
Y descender dos ángeles, armados
De ígnea, sin punta [2], fulgurante espada.

Verdes cual tallos son recien brotados
Sus trajes, y por verde pluma alzarse
Miro detrás sus pliegues aventados [3].

El uno junto á nós llegó á posarse,
Bajando el otro enfrente á la ribera,
Con que en medio la grey vino á quedarse.

Yo bien vía su rubia cabellera,
Mas en su faz mi vista se perdia
Cual quien por luz de sobra nada viera.

Y Sordelo:—Del gremio de María
Ambos vienen al cerco por guardalle
Del astuto reptil que está ya en vía.—

Y yo que no sabía por cuál calle,
Giré todo en redor, y, vuelto un hielo,
Me estreché con mi fiel, mirando al valle.

—Ora vamos allá (siguió Sordelo),
Y hablemos con las sombras, que no escaso
Placer tendrán en vernos, y consuelo.—

Pienso que no tendí ni el tercer paso,
Y llegué, y uno ví que me miraba
Como de conocerme haciendo caso.

Tiempo ya hacía que la luz faltaba,
Si bien no tanto que borrar pudiera
Lo que ántes via yo y él contemplaba.

Y él vino á mí: yo á él fuí de carrera.
¡Oh Nino [4], digno juez! ¡Qué gozo tuve
Cuando del duelo eterno te ví fuera!

Así que albricias mil le dí y obtuve,
El exclamó:—¿Cuánto há que tú viniste,
Tras tanto mar, hasta dó el monte sube?—

—¡Oh no! (le dije) por el reino triste
Esta mañana vine, en mortal vida,
Porque la eterna mi piedad conquiste.

Y no bien de Sordelo y Nino oida
Fué mi voz, se apartaron de improviso,
Como gente de pronto pavorida;

Y ese á Virgilio fué; y éste el aviso
Llevó gritando á uno:—Ven, Conrado,
Ven á ver lo que Dios por gracia quiso.—

Y vuelto á mí:—Por el favor colmado
Que á aquel le debes, que tan hondo esconde
Su primero *por qué* jamás violado,

Cuando volvieres á la tierra en donde
Mi Juana [5] está, la dí que por mí llame
Allá dó al inocente se responde.

No pienso que su madre [6] ya me ame,
Cuando pudo dejar la blanca venda,
Por la que ora tal vez llorando clame.

Por ella, cuánto es leve se comprenda,
Y cuán poco en mujer un fuego dura
Como el tacto y la vista no lo encienda.

Tan mal podrá ostentar su sepultura
La sierpe [7] que orna el milanés escudo,
Cual bien le haria el gallo de Gallura.—

Así decia, y conocerse pudo
En su serena faz, que la moteje
Con juicio mesurado y no sañudo.

Mi vista en tanto está sin que se aleje
De dó los astros van con pié mas lento,
Cual toda rueda en lo cercano al eje.

Y mi guía : —¿Qué miras tan atento?—
Y yo : —Miro esas tres vivas centellas [8]
Con que de acá se abrasa el firmamento.—

Y él : —Las cuatro clarísimas estrellas
Que á el alba viste, hundiéronse allá abajo,
Y éstas vinieron de dó están ya aquéllas.—

Y al acabar Sordelo á sí le trajo,
Diciendo :—Atiende allí : mira al protervo.—
Y apuntó el dedo y le alivió el trabajo.

Y á la parte dó abierto el valle observo,
Mírase una culebra que serpea :
La que á Eva tal vez dió el fruto acerbo.

Iba entre yerba y flor la rastra fea,
Cabeza y lomo irguiendo alternamente,
Lamiéndose cual bestia que se asea.

Decir no puedo el cómo ráudamente
Partieron los azores celestiales ;
Mas noté de uno y otro la corriente.

Sintiendo el aire hendir las plumas reales,
La sierpe huyó : los ángeles al puesto
Tornaron otra vez, volando iguales.

La sombra que acogióse al juez en esto,
No hay que de estarme viendo un punto falte
Miéntras pasa el temible lance y presto.

Luégo: —Que la luz pura así te exalte
Siempre, y halle en tí mismo tanta cera
Cuanta es preciso para el sumo esmalte [9]

(Dijo) que me dés nueva verdadera
De Valdegrama y su region vecina:
Dímelo, que yo grande en ambas era.

Llamáronme Conrado Malaspina [10],
El antiguo no soy: sí de su raza,
Y á la mia hube amor que aquí se afina.—

—La tierra que á tu nombre el suyo enlaza
(Le dije) nunca hollé: mas ¿quién le ignora
En cuantos pueblos son que Europa abraza?

La fama que á tan noble estirpe honora,
Extienden el país y sus señores,
Hasta que llega á quien en él no mora.

Y así yo suba á excelsos resplandores,
Juro que á vuestra gente el don refuerza
De largueza y valor de sus mayores.

Y en ella uso y natura tal se esfuerza,
Que aunque el pastor la grey lleva extraviada,
Ella sola va bien, sin que se tuerza.—

Y él : —Vete ya, que de Aries la morada
No dará lecho al genitor del dia,
Por la sétima vez desde hoy contada,

Sin que esa tu opinion y cortesía
De tu frente en mitad se clave fuerte,
Con clavo más tenaz que el que tenía,
Si la ley de los hechos no se invierte.—

———

CANTO IX.

El Poeta, al amanecer, vencido por el cansancio, se duerme, y tiene en sueños una misteriosa vision. Luégo se despierta, y encuéntrase á la puerta del Purgatorio y á su lado á Virgilio, que le cuenta cómo ha sido trasportado allí. Se aproximan á la puerta, que está custodiada por un ángel, el cual la abre á la humilde súplica de DANTE, despues de haberle grabado en la frente siete veces la letra *P*, y échole algunas advertencias. Los dos Poetas entran por ella al Purgatorio.

Del anciano Titon la concubina [1],
Ya el lecho abandonaba, y en Oriente
Se adornaba de gasa blanquecina.

Diadema sideral luce en su frente,
En la forma del frio y escamoso
Que con la cola herir suele á la gente [2].

La noche sobre el valle del reposo
Hecho habia dos cuartos, y avanzaba
Ya al tercero en su curso majestoso;

Cuando yo, que el sudor de Adan llevaba.
Rendíme al sueño en el florido otero
Que á todos cinco juntos albergaba [3].

Era el punto en que el canto lastimero
Da al áura matinal la golondrina,
Cual recordando su dolor primero [4]:

Aquella en que la mente, peregrina
Ya de la carne, cual mortal no piensa,
Y en sus visiones es casi divina.

En sueños, parecióme ver suspensa
Águila sobre mí que el azul velo
Iba á rasgar con láurea pluma extensa;

Y que del monte yo pisaba el suelo
Dó abandonó á su gente el garzon rojo,
Cuando sintióse arrebatado al cielo [5].

Y pensaba: *Tal vez atento el ojo*
Tiene por uso aquí, y á otros lugares
Esta llevar desdeña el noble arrojo.

Y creí que tras vuelos circulares,
Como rayo bajaba, y me cogia
Y subia del fuego á los hogares [6];

Y que ardíamos ambos parecia;
Y aquel soñado ardor tal me quemaba,
Que mi sueño rompí, tornando al dia.

Como Aquiles rapaz se despertaba
La vista derramando en tardo giro,
Sin poder atinar dó se encontraba,

Cuando su madre de Quiron á Sciro [7]
Lo trasladó, dormido en su regazo,
De dó luégo sacarle á Ulises miro,

Así desperté yo cuando del lazo
Del sueño me ví libre, y quedé frio,
Cual quien siente de muerte el yerto abrazo.

Á mi lado hallé sólo al Vate pio;
Y el sol subido habia ya dos horas,
Y tenía yo al mar el rostro mio.

—Nada temas (me dijo): cerca moras
Del punto ansiado: alienta más seguro,
Y reanima tus plantas vencedoras.

Observa el Purgatorio: el cerco duro
Que le circunda mira: ve la entrada
Que allí parece que interrumpe el muro.

Antes que diera el sol su luz templada,
Cuando el ánima en tí dentro dormia,
Allá abajo en las flores reposada,

Mujer llegó diciendo: *Soy Lucía* [8]:
Dejad tome al que así duerme entre aquellas,
Porque avance más fácil en su vía.

Quedóse con las otras formas bellas [9]
Sordelo; y cuando luces destellaron,
Te subió en alto, y yo tras de tus huellas.

Aquí te puso luégo, y me mostraron
Antes sus ojos bellos esa puerta :
Despues ella y el sueño se borraron.—

Cual hombre que á vencer la duda acierta,
Que trueca en valentía su pavura,
Pues clara la verdad ve descubierta,

Así yo me cambié; con que sin cura
Viéndome aquél, y exento de quebranto,
Lanzóse, y yo detrás, hácia la altura.

Mirando estás, lector, cómo levanto
Ya mi asunto; por eso no admirarte
Debes, si con más gala adorno el canto.

Seguimos; y al llegar á aquella parte
En que al principio el muro juzgué roto
Por la hendedura que fingia el arte,

Una puerta descubro; y luégo noto
Tres gradas, que color diverso enlista,
Y un portero, hasta entónces siempre inmoto.

Y así que más y más abrí la vista,
Le vide estar sentado en la alta grada,
Con rostro cuya luz no hay quien resista;

Y que empuñaba una desnuda espada,
Cuyo fulgor hácia nosotros puesto,
Apagaba la accion de la mirada.

—¿Quién sois? (él empezó) decidlo presto:
¿Qué guía [10] en vuestra marcha se interesa?
¿Penetrar hasta aquí no hallais expuesto?—

—Mujer que luz divina lleva impresa
(Respondió mi maestro) en sus facciones:
Id, nos dijo, *hácia allí: la puerta es esa.*—

—Que ella os guíe y asista con sus dones
(Continuó fácil el cortés portero):
Avanzad, pues; subid mis escalones [11].—

Fuimos allá; y el escalon primero
Era de blanco mármol tan pulido,
Que via en él mi rostro verdadero.

Era el segundo verdiazul subido
De una rústica piedra calcinada,
Y á lo ancho y á lo largo estaba hendido;

Y la que habia encima tercer grada
Parecía de pórfido flameante,
Cual sangre de las venas escapada.

Tenía en ella el ángel vigilante
Ambas plantas, sentado bajo el quicio
De las hojas que juzgo de diamante.

Por las tres gradas me llevó propicio
Mi guía: y dijo: —Pídele derecho
De que te abra la puerta el beneficio.—

Y á sus piés santos, en fervor deshecho,
Pedí misericordia; y le invocaba ,
Dándome ántes tres golpes en el pecho.

Él siete *PP* en mi frente graba [12]
Con la espada, y me dice en ecos suaves:
Cuando estés dentro, las heridas lava.

Como la tierra que reciente caves,
Era su traje y de color plomizo,
De entre cuyo plegar sacó dos llaves [13].

Plata es ésta, y aquélla oro macizo:
Con la blanca, y despues con la amarilla
En la puerta ¡oh contento! pruebas hizo.

—Cuando una de estas llaves no apestilla
(Nos dijo) y la clavera mal recorre,
Nunca se abre la puerta que aquí brilla.

Una es más rica : mas que aquí no ahorre
La otra es menester de arte y talento,
Porque esa es la que el muelle real descorre.

Diómelas Pedro, y díjome que tiento
Más que en no abrir, en el abrir tuviera.
Miéntras oyese el pecador lamento.—

El, en esto, empujó la puerta austera:
Entrad (diciendo); *mas tened delante,*
Que al que mira hácia atrás, se lanza fuera.

Y cuando con rumor altisonante
De las hojas espléndidas el eje
En el quicio eternal sonó pujante,

Atrás Tarpeya los rugidos deje
Que da, al ver su tesoro acometido,
Porque de ella Metelo al fin se aleje [14].

Yo volví al primer son mi atento oido,
Y, *Te Deum laudamus*, parecia
Que entre música y voz sonaba unido.

Y el propio efecto el cántico me hacía,
Que el que del templo los espacios hiende
Cuando el órgano lanza su armonía,
Y la palabra á intérvalos se entiende.

CANTO X.

Por una escarpada y tortuosa vía, socavada en la piedra, salen los Poetas al primer rellano del Purgatorio, donde, entalladas con arte divina en la marmórea superficie, se ven várias historias de ejemplos de humildad. Miéntras las están contemplando, vienen á ellos multitud de almas que, agobiadas bajo masas enormes, están purgando el pecado de la soberbia.

Pasada ya la puerta, cuyo quicio
Por aquel mal afecto se desusa
Que hace parezca recto lo que es vicio,

Por sólo el ruido [1] supe que era clusa;
Que si echára la vista de ella encima,
¿Cómo hallar á mi fallo digna excusa?

Íbamos por quebrada pétrea sima,
Que movíase de una ú otra parte,
Cual onda que se aleja ó se aproxima.

Y el maestro empezó: —Que usemos de arte
Mayor aquí conviene, y diestramente
Debes á un borde y otro aproximarte.—

Lo cual nos hizo andar más lentamente;
Tanto, que ya la luna el pié de plata
Metiendo iba en el lecho blandamente,

Y aún no acababa la estrechez ingrata:
Mas cuando fuimos luégo á cielo abierto.
Dó el monte por detrás se alza y dilata [2],

Yo rendido, y los dos del rumbo incierto
Dudosos ya, pisamos suelo llano,
Solitario cual senda en el desierto.

Desde su orilla, en que se abisma el llano,
Hasta el pié de la roca, mediria
Tres veces el espacio un cuerpo humano;

Y por cuanto mi vista se extendia
Ora al izquierdo flanco, y ora al diestro.
De la cornisa el ancho igual seguia.

Y aún era inmoto allí con mi maestro,
Cuando ví que por dentro el muro en torno,
Sin salida ni atrás ni al frente nuestro,

Era de mármol blanco; y tal su adorno,
Que afrentára al cincel de Policleto,
Y hasta del natural fuera bochorno.

El ángel que de paz bajó el decreto [3]
Que por siglos el hombre suspiraba,
Y abrió los cielos tras de largo veto,

Aquí á los ojos nuestros se mostraba
Con tal verdad esculto en forma suave,
Que no callada, imágen semejaba:

Juraríase estarle oyendo el *Ave*,
Porque allí en bulto aquella [4] tambien era
Que á abrir al sumo amor torció la llave:

Y parecia que en la accion dijera
El *Ecce Ancilla Dei*, tan propiamente
Como figura que se graba en cera.

—No en un sólo lugar pongas la mente,—
Dijo el sábio, que al lado me tenía
Dó tiene el corazon la humana gente.

Así quité la vista de María;
Y volviéndome al lado del que opuesta
Dirige á otro lugar la atencion mia,

Nueva historia en la piedra vide expuesta;
Con que pasé á Virgilio, y acerquéme
Por tenerla al mirar mejor dispuesta.

Allí en el mármol mismo esculta halléme
Con los bueyes y el carro el Arca Santa
Que el por Dios no asistido tanto teme.

Divisa en siete coros se adelanta
Gente por quien mi vista y mis oidos
Pugnan entre si canta ó si no canta [5];

Cual mi olfato y mis ojos, divididos,
Luchan entre si el humo de aquel paso
Infunde ó no su aroma en los sentidos.

Triscando al frente del bendito vaso [6],
Va el humilde Salmista, el cual parece,
Más y ménos que Rey en aquel caso [7].

Y en palacio, que opuesto allí aparece,
Micól á una ventana se mostraba,
Cual mujer que se enfada y entristece.

Yo moví el pié del sitio en que me hallaba,
Para observar de cerca nueva historia,
Que, despues de Micól, pura blanqueaba.

Se figuraba en ella la alta gloria
Y la virtud del príncipe romano.
Que dió á Gregorio la inmortal victoria [8].

Era la ecuestre imágen de Trajano
Á quien viuda infeliz del freno ataja,
Y baña con su lloro la hábil mano.

El suelo en torno d'Équites se cuaja.
Y el águila en cien astas, por saludo,
Sus áureos resplandores sube y baja.

La cuitadilla entre tropel tan rudo
Decir parece: *Tu justicia suelta*
Contra quien tanto mal causarme pudo;

Y que aquél la responde : *Hasta mi vuelta*
Aguarda; y ella en voces doloridas,
Como mujer por el dolor resuelta,

Prosigue: *¿Y si no vuelves?* Y él: *¿No cuidas*
Que hay quien me herede?—Y el deber ajeno,
¿De qué te ha de servir, si el tuyo olvidas?

Y luégo el César: *Pues aquieta el seno :*
Justicia habrás primero que me ausente :
Me ata aquí la piedad : mi deber lleno.

Autor de esas palabras es patente
Aquel para quien nada nuevo exista [9],
Si extrañas son para la humana gente.

Miéntras gozaba en esparcir la vista
Por esas de humildad obras preciadas,
Caras, por serlo del eterno artista,

—Vé aquí (decia el Vate) no contadas
Gentes venir con tardos movimientos,
Que han de guiarnos á las altas gradas.—

Mis ojos, que en curioso afan atentos
Van porque toda novedad se indague,
En volverse hácia él no fueron lentos.

No quisiera, lector, que tu alma vague
Arisca de la enmienda, viendo lasa,
¡Cuál quiere Dios que el débito se pague!

No en el martirio pienses que así abrasa:
Piensa en despues; y en que la pena réa
Más allá del gran juicio ya no pasa.

Y yo dije: —Maestro, lo que ondea
Viniendo á nós, personas no parecen,
Ni sé lo que es; mi vista tal vaguea.—

Y él á mí: —Los tormentos que padecen
Contra el suelo les doblan con tal saña,
Que áun á mí con trabajo me aparecen.

Pero observa allí fijo, y desmaraña,
Si puedes, los que van bajo esa roca:
Mira el dolor que en cada cual se entraña.—

¡Oh míseros cristianos, gente loca
Que el mirar de la mente teneis ciego,
Y en luz fiais intermitente y loca!

¿No veis que somos vermos, á hacer luégo
La mariposa angélica nacidos
Que fácil vuela hácia el celeste fuego?

¿Por qué engallais la frente envanecidos,
Si no sois más que informes lombricillas,
Y entómatas sin órganos cumplidos?—

Como en vez de labradas mensulillas,
Sostén de techo ó trabe, una figura
Se vé, que junta al pecho las rodillas,

Que del falso aguantar veraz tristura
Al que la mira dá, de esa manera
Ví aquellos, cuando puse átenta cura.

Verdad es que su curva mayor era,
Segun peso mayor les oprimia:
Pero áun del más paciente se creyera,
Que, llorando, *No puedo más*, decia.

CANTO XI.

Por indicio adquirido de una de aquellas almas, vuélvense los Poetas por la cornisa primera, y en tanto se les manifiesta Umberto, conde de Santa Flor; y Dante es conocido por Oderisio de Gubio, que razona sobre la vanidad de la fama mundanal, y le cuenta algo de la vida de Salvani (provenzano), que está allí purgando su antigua soberbia.

—*Padre nuestro que te hallas en el cielo*,
No por caber allí, mas porque vea
La primera creacion tu primer celo;

Santificado tu alto nombre sea
Por la criatura, y suba su holocausto
Al divino vapor que te hermosea.

Venga á nós el tu reino, porque exhausto
Caerá, sin alcanzarlo, el mortal vuelo,
Si no le ayudas con tu impulso fausto.

Tu voluntad, Señor, se haga en el suelo
Como en el alto dó el *hosanna* envia
En torno tuyo el querubin del cielo.

El pan nuestro nos dá de cada dia,
Que del mundo, sin él, por los fragores,
Quien más quiere avanzar, más se desvia.

Y perdona á nosotros pecadores
Nuestras deudas, Señor, cual perdonados
Por nosotros son hoy nuestros deudores.

Y caer no nos dejes abrumados
En tentacion; mas del contrario inmundo
Líbranos, que nos lleva mal parados.

La prez postrera ¡oh Padre sin segundo!
Ya no la hago por mí, que no me alcanza:
Sí por los que detrás dejé en el mundo. —

Por ellas y por nós así bonanza
Para el viaje esas sombras van rogando [1],
En torno al primer cerco en triste andanza;

Y bajo desigual peso flaqueando,
Como el que en sueño á veces nos doblega,
Las miserias del mundo van purgando.

Pues si por nós allá siempre se ruega,
¿No es bien que por acá ruegue por ellos
Quien, por gracia de Dios, al bien se apega [2]?

Ayuda obtengan á borrar los sellos
Del pecado, porque, hábiles y puros,
Lanzarse puedan á los astros bellos.

—Que justicia y piedad los fardos duros
Tan pronto os quiten, que tender las alas
Á dó os lleva el querer podais seguros,

Que digáisme á qué mano y por qué escalas
Se va más corto; y si hay más de un camino,
Que me mostreis las quiebras ménos malas;

Pues el que me acompaña, y lleva el sino
De la carne de Adan tan miserable,
Contra su gusto, el triste va cansino.—

Á estas palabras de mi guía afable,
Las que en respuesta dió la grey pasiva
Saber de quién vinieran no fué dable.

Mas se oyó á la derecha por la riba:
—Venid con nós, y encontrareis atajo
Accesible al andar de gente viva.

Y si no lo impidiera el gran trabajo
Que doma rudo así mi cuello altivo,
Y me fuerza á llevar el rostro bajo,

Á ese, que no se nombra y aún es vivo,
Por ver si le conozco, miraria,
Y por volverle á mí caritativo.

Hijo de un gran toscano vine al dia [3]:
Guillermo Aldobrandesco fué mi padre:
No sé si entre vosotros sonaria.

Dando al olvido yo la primer madre [4],
La altura de mi estirpe hizo en mal hora,
Que la soberbia el pecho me taladre.

Y fué tal mi altivez despreciadora,
Que perecí, cual saben los de Siena
Y nadie en Campanático lo ignora.

Soy Umberto, y no sólo á mí esta pena
Mi arrogancia causó; que tambien hice
La que á todos los mios encadena.

Por ella es bien que lleve aquí infelice
Su peso, y pague á Dios entre los muertos
Lo que no entre los vivos satisfice. —

Yò escuchando, los ojos bajé inciertos [5];
Y uno (y no el que habla), con vigor que asombra,
Bajo el peso movió los lomos yertos:

Me mira; y reconóceme, y me nombra,
Teniendo con fatiga el ojo fijo
En mí que iba agachado tras la sombra.

—¡Ah! ¿No eres tú (le apostrofé), Oderijo,
Honra de Angubio, y gloria de aquel arte
Al que en París de iluminar se dijo [6]?—

—Más debe, hermano (respondió), admirarte
Hoja por Franco Boloñés teñida [7]:
Suya la fama es hoy: leve es mi parte.

Viviendo yo, no fuera así otorgada
A aquél por mí la excelsa primacía
De que era el alma entónces abrasada.

De ese orgullo la pena ora se expía,
Y ni áun viniera aquí, sino que al cielo
Yo me volví cuando aún pecar podia.

¡Oh planta altiva del humano anhelo!
¡Qué poco el verde en lo exterior te dura,
Si la cumplida edad no te ata al suelo!

Cimabue [8] creyó de la pintura
Llevar sólo la gloria, y ha venido
Gioto despues á hacerla casi oscura.

Así arrebata al uno el otro Guido [9]
El cetro de la lengua, y vive el hombre
Acaso que á los dos lance al olvido.

Porque el ruido del mundo, aunque hoy te asombre
Soplo es de viento que á do quier se escapa,
Y porque muda sitio muda nombre [10].

Por soltar, viejo ya, la mortal capa,
¿Tendrás más fama que si muerto hubieras
Balbuciendo aún tu voz *dindin* y *papa* [11],

De aquí á mil años, horas ¡ay! ligeras
Junto á la eternidad, más que un respiro
Junto al más lento andar de las esferas [12]?

De ese [13], que ora delante un poco miro,
Á Toscana llenó la nombradía,
Y hoy en Siena por él no hay un suspiro.

Y era señor allí cuando se hundia
La audacia florentina, tan superba
Entónces cual misérrima es hoy dia.

Remedo es vuestra gloria de la yerba,
Ora verde, ora seca, á quien exprime
El sol, ó galanura le da acerba.—

Y dije yo :—Tu bien hablar me imprime
Sábia humildad, y la hinchazon bajóme:
Mas ese de quien hablas, quién es, dime.—

—Salviani Provenzano (respondióme)
Es ese; y está aquí porque su odioso
Dominio sobre Siena bien se dome.

Así ha ido y así va sin reposo
Desque murió; con tal moneda paga,
El que allá de poder fué tan ansioso [14].—

Y yo : —Si aquel que de la culpa aciaga
No se arrepiente hasta finar la vida,
Aquí no asciende y por el hondo vaga [15];

Si no le ayuda la oracion cumplida
Tanto cuanto el pecar duró prolijo,
¿Por qué han dado á ese triste la venida?—

—Cuando vivia más glorioso (dijo)
En la plaza de Siena [16], abiertamente,
Dominando el rubor, hincóse fijo,

Y allí á su amigo por librar, paciente
De Carlo en la prision, tendió la mano,
Echándose á temblar del pié á la frente.

No diré más: mi hablar sé que no es llano:
Pero pronto tu ingrato convecino [17],
De aquel lance sentir te hará lo insano.
Aquel acto hasta aquí le abrió camino.—

CANTO XII.

Dejando á Oderigo y continuando por lo llano del circuito, mira Alighieri diseñados por el suelo muchos famosos ejemplos de soberbia castigada. Luégo se dirige á los Poetas un ángel que los guia á la escala por donde se sube al segundo rellano; y allí, batiendo las alas, le borra á DANTE de la frente una *P*, por lo que se siente más ligero para continuar su camino.

Como buey va con otro uncido al yugo,
Yo, á la par del cargado, el paso truje,
Miéntras al buen maestro así le plugo [1].

Mas cuando dijo:—Suelta ya al que muje,
Que es bien que cada cual á vela y remos
Ora su barco cuanto pueda empuje,—

Me enderecé cual para andar solemos:
Mas, si alto el cuerpo, el pensamiento mio
De la humildad bajaba á los extremos.

Luégo tras mi maestro, á mi albedrío,
Eché á andar; y mi planta iba tan lista,
Que de la suya secundaba el brío,

Cuando exclamó: — Porque vigor te asista
Para seguir más fácil, por la senda
Por donde andando vas, tiende la vista. —

Como en terreras tumbas hay leyenda
Que traza en letras lo que el muerto ha sido,
Porque así su memoria más se extienda,

La cual, al hombre de piedad movido
Y al llanto y oracion, de remembranza,
Suele ser aguijon con su sentido;

Así yo ví: mas con mejor semblanza,
Por divino artificio dibujado,
Todo el rellano que del monte avanza.

Y vide aquél, que noble fué creado
Más que cuanta criatura el orbe encierra,
Caido echando llamas allí á un lado.

Y al Briaréo á quien el rayo aterra,
Vide tambien, de aquél no muy distante,
Con el ya helado cuerpo hendir la tierra [2].

Y áun armados y en torno del Tonante
Á Palas ví, y á Marte, y á Timbréo,
Mirar los trozos de la grey gigante.

Y con Nembrod, casi espantado, veo
Junto á la mole inmensa hervir la gente
Que al orgullo en Senár alzó trofeo [3].

Y te ví con la faz ¡ay cuán doliente!
Entre catorce de tus hijos muertos,
Triste Niobe, allí gemir yaciente [4].

Y á Gelboé que enseña, en sus desiertos
Dó nunca ha de llover [5], de propia herida,
Saul, rompidos tus despojos yertos.

Y á tí, ¡oh Aracne loca! allí esculpida
Ya, medio araña, con la urdimbre onusta
De aquella tela por tu mal tejida [6].

Y á tí, Robán, con faz que ya no asusta
Al de Sichem, librándote en medrosa
Rápida rueda de su rábia justa [7].

Tambien mostraba la esculpida losa,
Cómo las iras de Alcmeon lograron
Á su madre la alhaja hacer costosa [8].

Mostraba cuál los hijos se lanzaron
Tras de Senaquerib con torpe huella,
Y en el templo cadáver le dejaron [9].

Mostraba el golpe y la vindicta aquella
Que hizo Tomiris cuando dijo á Ciro:
De sangre hubiste sed, hártate de ella [10].

Mostraba cómo roto huyó el Asiro
Despues que de Holofernes vió la muerte;
Y allí sus huestes degolladas miro.

Y á Troya veo, cuya ruina advierte,
Entre humo, escombros y vapor siniestro,
Cuál fué su gloria ayer, cuál hoy su suerte.

¿Quién fué el docto cincel y hábil maestro
Que cuerpo y ademan pintó expresivo
Para alto asombro del mortal más diestro?

Frio el muerto dirás, viviente el vivo:
Ni el que la escena vió, la vió más clara
Que yo encorvado en acto reflexivo.

¡Hijos de Eva á quien es soberbia cara,
La frente alzad, que si bajáisla al suelo,
Leereis en él vuestra flaqueza rara!

Habia el sol corrido ya del cielo
Y nosotros del monte más espacio
Que la mente pensára allá en su vuelo;

Cuando el que de ampararme nunca lácio
Iba delante, dijo:—Alza la testa:
No es ya tiempo de andar así rehácio.

Allá contempla un ángel, que se apresta
Á venir hácia nós: ve que ya sale
Del servicio del sol la ancela sexta [11].

Tu accion al rostro en reverencia iguale,
Porque en llevarte arriba tenga agrado:
Mira que ya esta luz sola te vale.—

Yo, á sus juicios de sobra acostumbrado,
Perder no quise instante; que en aquella,
La ocasion clara ví de su cuidado.

Venía en tanto la criatura bella
De blanca veste entre las puras galas,
Con faz que eclipsa á matutina estrella.

Abrió los brazos, desplegó sus alas,
Y dijo:—Venid; cerca y sin congoja,
Al ascenso hallareis anchas escalas;

Que hay poca gente que á mi voz se acoja.
¡Oh flaca grey para subir nacida,
Cuán ténue soplo vuestro vuelo afloja!—

Y á lugar dó la piedra está rompida
Nos conduce, y sus alas por mi frente
Pasa, y me anuncia próspera subida.

Como cuando se trepa á lo eminente
Dó está la Iglesia que á *la bien mandada* [12]
Domina, allá del Rubacondio puente;

Que á la diestra la altura es quebrantada [13]
Por los tramos que hicieron en un dia
En que era la hoja pública sagrada;

La cuesta así que al otro cerco guía,
Era más suave ya, si bien apura
De un lado y otro en estrechez la vía.

Y andábamos por ella, cuando pura:
¡Oh los pobres de espíritu dichosos[14]*!*
Cantó una voz con celestial blandura.

¡Cuán diversos ¡ay mé! son estos fosos
De aquellos del infierno!: allí entre llantos
Váse, y aquí entre acentos melodiosos.

Subia ya los escalones santos,
Y ágil marchaba y fácil en su acceso,
Más que ántes al pisar los tersos cantos.

Con que dije:—Maestro, ¿qué gran peso
De encima se me alzó, que casi nada
De fatiga, al andar, me siento opreso?—

Y él así respondió: —Cuando borrada
Cual una ya lo fué, la *P* postrera
Sea con que tu frente va sellada,

La planta sentirás tanto ligera,
Que no sólo no habrás fatiga ingente,
Mas placer has de hallar en la carrera.—

Entónces hice como aquél que siente
Que en su cabeza va cosa que ignora,
Y de que le hace seña álguien presente,

Que echa al punto la mano exploradora,
Y tienta, y busca, y juégala en el uso
Que la vista ejercer no puede ahora.

Y extendí yo la diestra algo confuso,
Y seis de aquellas letras hallé aprisa
Que el de las llaves en mi frente puso;
Lo que pintó en Virgilio una sonrisa.

CANTO XIII.

En el cerco segundo, ádonde llegan ahora los Poetas, se purga el pecado de la envidia. Aquellas almas van vestidas de un vil cilicio y llevan los ojos cosidos con un alambre. De trecho en trecho vuelan por el espacio voces dadas por ángeles que recuerdan á los envidiosos algunos grandes ejemplos de caridad y amor á sus semejantes. Allí Sápia de Siena se presenta á Dante.

Éramos de las gradas en la altura,
Y dó el monte otra vez se aparta un trecho
En que nuevo pecado se depura.

Igual al anterior un cerco hay hecho,
Y que asimismo en torno se maciza,
Si bien en su circuito es más estrecho.

Ningun cincel su rasgo allí desliza:
La escueta vía, el márgen que la guarda
Del color de la piedra son pajiza.

—Si gente á quien pregunte aquí se aguarda
(Razonaba el Poeta), estoy pensando
Que ya ha de sernos su noticia tarda.—

Luégo fija en el sol se está mirando :
Del pié derecho suyo se hace centro ,
Miéntras con el izquierdo va girando [1] ;

Y exclama:—¡Oh luz á cuyo auspicio hoy entro
En el nuevo camino , tú nos guía ,
Y nos enseña á andar por aquí dentro !

Tú al mundo esparces el calor y el dia ;
Y si ocasion extraña no lo impide ,
Tu curso traza al viajador la vía. —

Cuanto por una milla acá se mide
Ya habíamos andado allá con priesa ,
En tiempo breve , como el ánsia pide,

Cuando pluma sentí , que el aire besa ,
De espíritus no vistos , que invitando
Nos van, de amor á la celeste mesa.

La voz primera que pasó volando :
Vinum non habent, pronunció altamente,
Y lo fué tras nosotros reiterando ;

Y ántes que el son muriera lentamente ,
Otra : *Orestes soy yo* [2] gritó , siguiendo
Sin detener tampoco su fendiente,

Y yo:—¿Qué voces, padre, estoy oyendo? —
No bien dije , ve aquí que un tercer flote :
Al que os ofende amad, cruzó diciendo.

Y el padre: —Es ley que el envidioso agote
Aquí toda impiedad; por eso mueve
Virtud de amor las cuerdas del azote,

Y á envidia caridad flagelar debe.
Esta verdad te quedará explicada
Antes que al paso del perdon te lleve.

Mas tiende por el aire la mirada,
Y al frente, en fila y órden, no distantes,
En la roca verás gente sentada.—

Los ojos abrí entónces más que ántes:
Miré derecho; y ví sombras con mantos
Al color de la piedra semejantes [5].

Y cuando de mis pasos dí unos cuantos,
Oí clamar: *Orad por nós*, *María*,
Pedro, *y Miguel*, *y*, *en fin*, *todos los Santos*.

No pienso que en el mundo se hallaria
Tan bárbaro mortal que sin enojos
Viera sereno lo que en pós seguia.

Yo, cuando era tan cerca de los flojos
Que bien vían sus actos mis sentidos,
Del agua del dolor llené mis ojos.

De aspérrimo cilicio iban vestidos,
Y del uno á la espalda otro se aliga,
Y andan todos al muro sostenidos.

Así de ciegos multitud mendiga
Yace en los átrios de indulgencias llenos,
Y uno en el otro su cabeza abriga [4].

Porque á piedad las almas de los buenos
Mover quieren, no sólo por quejumbre:
Mas por la vista, que no ablanda ménos.

Y como el sol del ciego es pesadumbre,
Así á los tristes de que os hablo ahora,
No quiere el cielo conceder su lumbre.

Y un alambre sus párpados perfora,
Y se los cose, como á halcon salvaje
Que resiste á la mano domadora.

Pensaba yo que les causaba ultraje
Con irlos así viendo, sin ser visto ;
Con que volvíme al astro de mi viaje.

Bien en mi muda accion él ha previsto
Mi anhelo, y, sin que suene mi demanda :
—Explícate (me dijo) agudo y listo.—

Llevaba yo á Virgilio á aquella banda
Dó el riesgo de caer se manifiesta,
Porque borde ninguno la enguirlanda,

Y las devotas almas á la opuesta
Que exprimen por la bárbara costura
En la faz riego que martirios cuesta.

Y á ellos vuelto, empecé : —Gente segura
De que en el cielo vuestro llanto acabe
(Sola de vuestras ánsias dulce cura),

Así de la conciencia el fondo os lave
La gracia, porque en él descienda llaño
El rio de la mente y corra suave,

Que me digais (y dejaréisme ufano)
Si entre vosotros hay alma latina;
Que no mi cognicion le será en vano. —

—Hermano, cada cual aquí es vecina
De más alta ciudad : dices sin duda,
Que viviese en Italia peregrina.—

Esta entender creí respuesta aguda,
Sonando más allá de dó me hallaba;
Y avanzo trecho que á escuchar me ayuda.

Y una, como en accion de que esperaba,
Ví entre ellas, é inferílo de su gesto;
Pues la barba cual ciego levantaba.

—Alma que para alzarte sufres esto
(Díjele), si eres tú quien respondiste,
Hazme tu pátria ó nombre manifiesto.—

Y ella : —De Siena fuí : mi ánima asiste
Entre éstas á limpiarse el fango inmundo,
Y á Dios ablanda con su llanto triste.

Aunque Sápia [5] llamáronme en el mundo,
Sábia no he sido, y los ajenos daños
Para mí fueron manantial jocundo.

Y porque veas que no cuento engaños,
Oye si cual te digo he sido impía,
Ya al descenso del arco de mis años.

Mi pueblo junto á Colle estaba un dia:
Ya al frente á su enemigo casi toca,
Cuando á Dios le rogué lo que él queria.

Fué roto: y yo, que de su fuga loca
Vía en los malos pasos la matanza,
Para tanto placer me sentí poca.

Y al cielo alcé la frente sin templanza,
Gritando al alto, á Dios: *Ya no te temo*,
Cual hace el mirlo en la primer bonanza.

Paz quise al fin con él hácia el extremo
De mi vida mortal; y aún no obtuviera
Aquí de penitencia el bien supremo,

Si Pedro Petinaño [6] no me hubiera
Templado del Señor las justas iras,
Con la oracion de su piedad austera.

Mas tú, ¿quién eres, que inquiriendo giras
Quién somos los demás, y descogidos
Los ojos llevas, y al hablar respiras?—

—Breve tiempo (le dije) aquí cosidos
Poco los llevaré, pues poco d'esa
Pasion tuve los ojos oprimidos.

Con dardo más sutil mi alma atraviesa [7]
El terror del suplicio de allá abajo;
Que siento que la mole ya me pesa.—

Y ella:—Y si has de volver á aquel trabajo,
¿Quién á subir á nós hay que te anime?—
Y yo:—El que ves callado es quien me trajo,

Y estás viéndome vivo; y así dime,
Alma electa, si quieres que allá mueva
Por tí tambien el cuerpo que aún me oprime.—

—Dices (me respondió) cosa tan nueva,
Que del amor de Dios signo es patente;
Con que en rogar por mí tu gracia prueba.

Y por lo que ames más te pido ardiente,
Si á pisar llegas tierra de Toscana,
Que me vuelvas la fama entre mi gente.

Tú los verás entre esa turba vana
Que pierde el tiempo [8] en Telamon, cual ántes
Tambien, buscando el cauce de Diana;
Pero aún más perderán los almirantes [9].—

CANTO XIV.

Guido del Duca describe á Reniero de Cálboli, su vecino, las fatales costumbres de vários pueblos de Valle de Arno, y le profetiza la infamia de sus nietos. Se lamenta despues con Alighieri de la degenerada Romaña, y recuerda el nombre de muchos romañoles ilustres de su tiempo. Separados al fin los Poetas de aquellas dos sombras, oyen unas voces como á modo de tronido, que les advierten del castigo que sufren los envidiosos.

—¿Este quién es que gira en nuestra tierra,
Sin que le dé la muerte el ir volando,
Y á su gusto los ojos abre y cierra?—

—Quién es, no sé: mas sólo no va andando.
Tú que más cerca estás, pregunta parva
Hazle, y porque responda séle blando.—

Así hablaban de mí, larva con larva,
Allí á mi diestra dos: luégo supinos
Ponen, para decir, la boca y barba [1].

Y empezó el uno:—¡Oh tú que á los divinos
Altos subes en carne, alma bendita!
Por caridad, consuélanos y dínos

Quién eres: de dó vienes; que á infinita
Maravilla nos mueves por tu gracia,
Pues que jamás se vió tan inaudita.—

Y yo:—Toscana hácia su centro espácia
Rio que breve nace en Falterona,
Y con correr cien millas no se sácia.

Junto dél salió al mundo mi persona.
Deciros quién yo soy, inútil fuera,
Que mi nombre de claro aún no blasona.—

Y replicó la que me habló primera:
—Si el tuyo bien á mi intelecto arguye,
Del Arno estás hablando y su ribera.—

Y la otra:—¿No observas tú cuál huye
Este al tratar del rio, de nombralle,
Como de cosa que de horror se excluye?—

Y el alma interpelada á replicalle
Salió, diciendo:—No. Mas que la tierra
Confunda, es bien el nombre de tal valle;

Porque desde su orígen, en la sierra [2]
De dó cayó Peloro y hay más fuentes
Que monte alguno de la Europa encierra,

Hasta dó va á suplir con sus torrentes
Lo que enjuga á la mar nube flotante
Que forma de otros rios las corrientes [3],

Todos, como de víbora picante,
Huyen de la virtud por desventura
Del suelo, ó porque el vicio es ya imperante;

Así que tan mudada es la natura
De los que el rio con su orilla azota,
Que son cual los de Circe dió á pastura [4].

Entre cerdos, más dignos de bellota [5]
Que del manjar que el hombre tiene en uso,
Del rio escasa el agua, apenas flota.

Gozques encuentra luégo [6], ya profuso,
Más que cumple á su traza gruñidores,
Y desdeñoso entónces tuerce el muso [7].

Váse lanzando henchido entre fragores,
Y los perros son ya lobos cervales [8]
En aquel triste foso de dolores [9].

Y no bien pasa grutas y jarales,
Halla de aquellas zorras [10] la reata,
Zorras no vistas en astucia iguales.

Sé que me escuchan [11]: mas la empresa ingrata
He de seguir; y es bien que éste no olvide
Lo que ora en mí la inspiracion desata.

Veo á tu nieto [12], que feroz preside
De esos lobos la caza en torpe trama,
Y los ahuyenta, asusta, y los divide.

Vende la carne suya cuando aún brama:
Despues la mata como añosa belva,
Y ellos pierden la vida, y él la fama.

Y al salir tinto en sangre de la selva [13],
La deja tal, que desde allí en mil años
No será que á su sér primero vuelva.—

Cual ves, al anunciar riesgos extraños,
Del que escucha el semblante entristecido,
Vénganle de dó quiera aquellos daños,

Así al que oyendo estaba entretenido,
Le ví turbarse, y que su faz se atrista,
Cuando á lo dicho le estudió el sentido.

Y de aquél al hablar, de éste á la vista,
Ánsia de conocerlos en mí estalla,
Y pregunta formé de ruego mixta.

Con que la sombra que primero se halla,
Dijo:—Aunque en reglas de equidad no cabe
Que hable mi voz cuando la tuya calla;

Pues que de Dios la gracia en tí tan suave
Brillar miramos, dudas deponiendo,
Que soy Guido del Duca al punto sabe.

Mi sangre así de envidia estuvo ardiendo;
Que si me vieras ver dichosa gente,
Vieras verde mi faz irse volviendo.

Tal fruto cojo aquí de tal simiente.
En goce que del hombre aparta al hombre,
¿Por qué, triste mortal, pones la mente?

Este es Raniero, insigne honor del nombre
De Cáboli preclaro, en cuya casa
Nadie heredó su prez y alto renombre.

Y no sólo su sangre estéril pasa
Entre el monte y el Pó, y el mar y el Reno,
Al saber y á las dulces artes lasa,

Mas de raíces venenosas lleno
Todo ese espacio está; con que al fin tardo
Será el cultivo á fecundarle el seno.

¿Dó están Carpiña [14], Arrigo de Manardo,
Y Traversaro y Licio el bondadoso,
Dí, Romañol, trocado ya en bastardo?

¿Muestra hoy Bolonia un Fabro generoso?
¿Por ventura Fayenza un Fosco cria,
De gramínea sutil árbol coposo?

No extrañes ver en llanto la faz mia,
¡Oh toscano! al citar de Guido Prada,
De Ugolin de Azo que con nós vivia:

De Anastagi, Tinioso y su brigada
Y de los Traversáras la memoria,
(Y hoy una gente y otra ¡cuán menguada!);

¡Y los bravos, las damas, luchas, gloria,
Cortesía y afan y amor ferviente
Que fueron donde es hoy cieno y escoria!

¿Qué haces tú, Bretiñoro [15], pues tu gente
Deja tu suelo y al desprecio dalo,
Y huye por conservar limpia la frente?

Bien hace en no engendrar Bañacavalo;
Y Castrocaro mal, y peor Conio,
Que de sus Condes hila hilo tan malo;

Y los Pagani bien, cuando el demonio
Los deje; y áun así su nombre puro
No será de virtud ya testimonio.

¡Oh Ugolino de Fántoli! seguro
(Aunque prole no cuenta ni heredero)
Queda tu nombre de tornarse oscuro.

Mas camina, toscano; que tan fiero
Me oprime el daño de la pátria mia,
Que mucho más que hablar, llorar ya quiero.—

Sabíamos que aquellaescuadra pía
Nuestro andar escuchaba;así, callando,
Muestra que vamos por la cierta vía [16].

Y cuando fuimos soloscaminando,
Llegó cual rayo que huracan desate,
Hácia nosotros voz, así exclamando:

Cualquiera que me encuentre que me mate [17].
Y se perdió á lo léjos, como el trueno,
Si nube á tierra súbito se abate.

Y cuando aquel fragor pasó de lleno,
De otra inmensa tronada el viento gime,
Y este rugido arroja de su seno:

Yo Aglaura soy [18], *que en piedra convertíme.*
Y aquí para estrecharme á mi poeta [19],
Atrás y no adelante dirigíme.

Era ya en torno á nós el áura quieta;
Y él me dijo: — Ese acento que percude,
Debiera al hombre contener cual meta.

Mas vuestra gula al cebo al punto acude,
Que el gran contrario de la cuerda tira;
Y así todo reclamo y freno elude.

Y el cielo os llama y en redor os gira,
Y os muestra su eternal belleza y modo,
Y al suelo vuestra vista sólo mira;
Y así os castiga el que lo abarca todo.—

CANTO XV.

A la hora vespertina llegan los Poetas á donde se pasa del segundo cerco al tercero. A una señal del ángel empiezan á subir la escala, y entónces pide DANTE á su maestro que le aclare las cosas que ha escuchado á Guido del Duca. Cuando han llegado hablando á la altura, es DANTE arrebatado de un éxtasis, en que se le representan al vivo algunos antiguos ejemplos de memorable mansedumbre. Recobra luégo sus sentidos, y poco á poco se siente envuelto en un denso humo, que le eclipsa enteramente el dia.

El mismo espacio que entre el alba clara
Y el fin de la hora tercia hay en la esfera
Que á manera de niño nunca pára,

De la tarde faltaba en su carrera
Al sol bajar [1]: allá Véspero hacía,
Y media noche en nuestros campos era.

Su rayo en medio al rostro nos heria
(Porque tanto del monte va circuido,
Que íbamos ya al ocaso en recta vía),

Cuando el primer fulgor sentí acrecido [2]
Pesar sobre mi vista más potente,
Y asombro me causó, por no sabido.

Y parasol formé sobre mi frente,
Con las palmas toldando el entrecejo;
Con que al gran resplandor templé lo ardiente.

Como cuando del agua ó de un espejo
Salta rayo de luz á opuesta parte,
Allí brillando, con subir parejo

Al que fué su bajar, por ley aparte
Y opuesta á la de piedra desplomada,
(Como lo muestran experiencia y arte [3]),

Así me pareció que era bañada
Mi faz de luz refleja, tan brillante,
Que á evitarla mi vista fué forzada.

Y dije: —¿Qué es ¡oh padre! eso radiante
Que me ciega el vigor con que corusca,
Y parece venírseme delante?—

—No te cause sorpresa si te ofusca
(Me respondió) del cielo la familia:
Mensajero es que viene en nuestra busca.

Verás cuán pronto Dios tu vista auxilia;
Que no pena, mas gusto en ver te mande,
Cuanto con tu natura se concilia.—

Y al llegar del Señor el nuncio grande,
Dijo con leda voz: *Venid que os lleve*
Por grada que más dulce y fácil se ande.—

Por ella íbamos ya, cuando en son leve :
Beati misericordes [4] fué cantado
Tras nós, y : *Gozo al vencedor se debe* [5].

Solos los dos subíamos de grado ;
Y pensé, miéntras íbamos subiendo ,
Sacar provecho de su hablar templado;

Y dirigíme á él, así inquiriendo:
—¿Qué decir quiso aquél de la Romaña [6]
De gozo que á otro ofende , discurriendo?—

Y mi maestro:—El mal que más le daña
Como conoce bien, si te reprende
Para que sufras ménos, ¿qué te extraña?

Como vuestro deseo un bien pretende
Que, logrado por muchos , toca á ménos,
La envidia os pica el alma y os enciende.

Mas si amor por el reino de los buenos
Vuestro deseo arriba levantase,
No de aquella inquietud os viérais llenos.

Porque cuanto más número allí pase,
Tanto el bien crecerá de cada uno,
Cuando el espacio en caridad se abrase.—

Y dije:—De entenderte estoy ayuno,
Más que si no me hubieras respondido;
Y aún nuevas dudas en la mente aduno.

Porque ¿cómo ha de ser que dividido
Entre muchos un bien, ricos los haga
Mas que siendo de pocos poseido?—

Y él:—¿Qué extraño, si tu alma siempre vaga
Sumida en lo terreno humildemente,
Que la verdad oscura se te haga?

Aquel bien infinito, alto y potente
Inunda de su amor á la criatura,
Como á cuerpo de luz rayo fulgente.

Y cuanto ella dá ardor, recoge arsura,
Pues segun caridad se va aumentando,
Crece el foco eternal de lumbre pura.

Y segun más allá se van juntando,
Como hay más buen amor, toca más parte,
Y uno de otro es espejo reflejando.

Mas si no puede mi razon llenarte,
Verás pronto á Beatriz, que plenamente
Esta y toda otra duda ha de borrarte.

Ve, pues, á que se cierren de tu frente
Las cinco llagas, cual las dos lo han sido [7]:
Para lograrlo es bien ser penitente.—

Cuando quise decir *me has persuadido*,
Vine en el tercer ámbito á encontrarme,
Dó el dulce ver el lábio ha enmudecido.

Y una vision allí sentí asaltarme
En éxtasis profunda y repentina;
Y en un templo con muchos juzgué hallarme.

Y al entrar, Vírgen en accion divina,
Cual de madre: *Hijo mio* (pronunciaba):
¿Á obrar así conmigo, qué te inclina?

Mira, tu padre triste te buscaba,
Y yo con él [8]; y al espirar su acento,
De mi vista aquel cuadro se borraba.

Ví luégo otra mujer [9] que al sentimiento
Por la puerta del lloro el alma abria
Que turbó despechado movimiento.

Si eres, señor, de la ciudad (decia)
Cuyo nombre dió causa á lucha ardiente,
Y en la que toda ciencia vino al dia [10],

Véngate ¡oh Pisistrato! del demente
Que á tu hija en sus brazos ha estrechado.
Y el Señor parecióme que clemente

Le respondia, en acto sosegado:
¿Qué haremos con aquel que mal nos trata,
Si es por nós quien nos ama condenado?

Luégo ví gente, á quien furor desata,
Á un mancebo apedrear [11], al grito fuerte
Que levanta entre sí, de: *¡mata, mata!*

Y que él clavaba la rodilla inerte,
Á sucumbir ya próximo, en la arena,
Y la vista en el cielo hasta su muerte,

Rogando al Sér eterno, en tanta pena,
El perdon de sus ciegos opresores,
Con ademan que de piedad me llena.

Cuando el alma á las cosas exteriores
Tornó, sentí de la verdad los bienes,
Y mis, no falsos, ilusion y errores.

Y el rector que me vido en mis vaivenes
Cual mortal que despierta ir tambaleando:
—¿Qué te pasa (exclamó), que no te tienes,

Y flojo el pié, los párpados cerrando,
Como aquel á quien vino ó sueño aflige,
Ya más de media legua vas andando?—

—Si quisieras (le dije) lo que vino
Á mostrárseme ¡oh padre! te contára,
Cuando la incierta planta perdió el tino.—

Y él: —Si céntuple máscara velára
Tu semblante, no en él la duda triste,
Ni la emocion menor se me ocultára.

Por obligarte á abrir fué lo que viste
El corazon al agua placentera
Que en la fuente de paz perenne asiste.

Y no dije *¿qué tienes?* cual lo hiciera
Aquel que ve con vista que no mira,
Cuando el no ser del cuerpo se apodera [13],

Sino que aquel alerta me lo inspira;
Que estimular conviene así á los lentos
En quien tardo el recobro y mente gira.—

Íbamos al amor de Héspero atentos,
Lo que dado á la vista era alargarse,
Entre rayos de luz sanguinolentos,

Cuando, cual negra noche, un humo alzarse
Y venir poco á poco hácia nós miro:
No habia espacio ya para librarse,
Y nos cogió, y quitó vista y respiro.

CANTO XVI.

En el cerco tercero, entre un espeso humo y una oscuridad mayor que la del infierno, se purga el pecado de la ira. Un espíritu dirige la palabra á DANTE, y al tocarse el asunto de los vicios humanos, el Poeta le expone la duda de si proceden de la predestinacion del hombre, ó de su propia y libre voluntad. El espíritu satisface sus dudas, y le habla de algunos italianos célebres por su virtud y merecimiento.

Calígine infernal, noche privada
De toda estrella, con escaso cielo
Que cierra espesa nube encapotada,

Nunca mostróme tan tupido velo
Como el del humo aquel que nos cubria;
Ni toqué á paño de tan fosco pelo.

Que el ojo estar abierto no podia;
Con que mi guarda fiel, sábia y segura,
A mí viniendo, el hombro me ofrecia.

Como ciego que va tras de su cura
Por no extraviarse ni chocar la frente
En cosa que le mate, ó dé tristura,

Iba yo por el negro áspero ambiente
Escuchando á mi guía, que exclamaba :
—Cuida de no apartarte incautamente.—

Voces se oian cuyo son se alzaba,
Como rogando paz, misericordia,
Á la Hostia Santa que las culpas lava.

Por eso el *Agnus Dei* su acento exordia;
Y una misma palabra y eco blando
Resuena en todos en comun concordia.

Y yo:—¿Son almas las que están clamando,
Maestro? (dije.) Y él : —Lo cierto entiendes,
Y el nudo de la ira van soltando. —

—¿Y tú quién eres que nuestro humo hiendes,
Y como si aún midieras por calendas [1]
El tiempo, hablar de nuestra grey pretendes?—

Uno así del decir soltó las riendas;
Y respuesta Marón le da sencilla,
Y le pide le informe de esas sendas.

Y yo :—Criatura en quien el ánsia brilla
De tornar bella al que tu autor ha sido,
Verás, si te me acercas, maravilla.—

—Contigo iré en mi curso permitido
(Díjome), y si la vista quita el humo,
De ella las veces nos hará el oido. —

Y empecé: — Lo alto visitar presumo
Áun con la carga que la muerte afloja:
Ya he pasado del Orco el horror sumo;

Y pues tanto en su gracia Dios me aloja,
Que me permite que su córte vea,
Por desusado modo que él escoja,

Dime quién fuiste en nuestra estancia rea,
Y si por este rumbo bien me embarco;
Y, en fin, mi guía tu palabra sea.—

—Lombardo he sido y me llamaba Marco [2]:
Supe del mundo, y dirigirme recto
Á donde nadie hoy dia tiende el arco.

Para alcanzar la cima vas directo
(Dijo), y te ruego que tu lábio amigo
Allá pida por mí con dulce afecto. —

Y yo á él: — Con promesa á tí me ligo
De hacer lo que deseas; mas me pica
Duda que esclarecer quiero contigo.

Era simple primero, hoy se duplica,
Pues de otros lábios escuché tu aserto,
Y en los dos la verdad se fortifica.

Como tú dices, nuestro mundo, es cierto,
No hay vicio ni maldad que no amontone,
Y de toda virtud está desierto.

Mas dime tú qué causa lo acasione,
Porque la sepa y además la diga:
Que uno en el cielo, y otro en Dios la pone.—

Alto dolor que á suspirar le obliga,
Lanzó primero; y luégo:—Hermano (empieza),
Ciego es el mundo, y tu no ver lo diga.

Los que sois vivos, en la suma alteza
Poneis la causa, cual si todo efecto
De allí partiera, en eternal fijeza.

Si fuese así, no habríais el perfecto
Libre albedrío; y mal fuera justicia
Señalar premio al bien, pena al defecto.

No vuestros actos siempre el cielo inicia:
Mas concédolo así: luz se os ha dado
Para saber el bien y la justicia;

Y espontáneo querer, que si cansado
Es en la primer lid que el cielo os trujo,
Vence despues, á la virtud formado.

Á someteros libres os redujo
Natura más sublime, y ella os cria
La mente libre de celeste influjo.

Que si el presente mundo se desvía,
Es vuestra voluntad la única rea:
Y á probártelo va la instruccion mia.

De las manos de aquel que, ántes que sea,
Tierno la halaga, á guisa de criatura
Que llorando y riendo juguetea,

Sale sin saber nada el alma pura,
Salvo que del fautor la atrae al seno
Del querencioso halago la dulzura.

Siente primero sed de bien terreno:
Viene el engaño luégo, y tras él corre,
Si su impulso no tuerce guía ó freno.

Por eso, ley que á detenerla acorre
Conviene, y Rey que á discernir alcance
De la vera ciudad siquier la torre [3].

Las leyes son: mas no quien las balance;
Porque el que va en cabeza ya no enseña
El pié bifulco, aunque rumiando avance [4].

Y la grey que al pastor ve que se empeña
En el pasto tambien que á ella le agrada,
Pace dél solo, y los demás desdeña.

Por tanto, veis que la conducta errada
Es la causa que al hombre ha vuelto inmundo,
No que vuestra natura esté viciada.

Roma, que al orbe abrió raudal fecundo [5],
Solia alzar dos soles [6]; y el camino
Mostraba uno del cielo, otro del mundo.

El uno apagó al otro: á unirse vino
Al báculo la espada; y torpemente
Así por fuerza juntos van sin tino,

Pues temor uno de otro ya no siente.
Si dudas en creer, piensa en la espiga:
Toda mies se conoce en su simiente.

Antes que Federico el cisma siga,
Virtud solia y mérito encontrarse
En la tierra del Pó y Ádige amiga.

Hoy por ella en verdad puede pasearse
Quien de los buenos por rubor se aleja;
Que con ninguno allí podrá encontrarse,

Salvo tres viejos sólo, en quien moteja
La antigua á la edad nueva: á quienes tardo
Se hace el morir, ¡tal vida los aqueja!

Conrado de Palazo [7], el buen Gerardo,
Y Guido de Castel, que más se llama
En estilo de Francia el buen Lombardo.

La Iglesia, pues, romana hoy ha caido
Manchando ambos poderes, y consiste
En haber los dos cetros confundido.—

—¡Oh Marco mio! (dije) bien dijiste;
Y claro veo ya por qué ¡oh Levita!
Excluso de heredar las tierras fuiste.

¿Mas quién es el Gerardo que en tu cita,
Cual resto de la muerta grey nombraste,
Que es hoy reproche de la actual maldita?—

Y él dijo: —Ó tú me engañas, ó pensaste
Probarme; pues hablándome toscano,
¿Cómo hablar de Gerardo no escuchaste?

No le sé yo otro nombre al digno anciano,
Si no le he de tomar de su hija Gaya [8];
Y á Dios, y el cielo os tenga de su mano;

Que ya veo entre el humo blanca raya,
Y es el ángel que viene, y ya preciso
Que ántes que él llegue con mi gente vaya.—
Y volvióse; y oirme más no quiso.

CANTO XVII.

Salen ya los Poetas del triste humo, y es DANTE nuevamente arrebatado en un éxtasis, durante el cual ve vários ejemplos de iracundos á quienes la pasion arrastró á grandes excesos. Le despierta luégo la fulgurante luz del ángel, que le encamina á la escala por donde se sube al cuarto cerco, del cual no pueden pasar los dos Poetas porque se les echa encima la noche. Para aprovechar el tiempo, Virgilio demuestra á su alumno que el amor es principio de toda virtud y de todo vicio.

Si en los Alpes, lector, te asaltó un dia
Niebla, al través de cuyo espeso ambiente
Vieras, cual topo, por su tela umbría [1];

Recuerda cómo entrando débilmente
Va el globo de la luz por los vapores
Que á disiparse empiezan lentamente.

Y ese el modo será de que no ignores
Cómo el astro yo vide ántes que á ocaso
Fuera á esconder sus últimos fulgores.

Así, ajustando al de mi guía el paso,
Llegué á salir de las humeantes nubes,
Cuando el sol en las cimas daba escaso.

Alta imaginacion que á veces subes
Tan alto en el mortal, que ni escuchára
En su arrobo el clarin de cien querubes,

Cuando el senso te falta, ¿qué te aclara?
Luz que en el cielo de por sí se forma,
Y que el querer de lo alto nos depara.

Á la mujer, que de impiedad fué norma,
En la figura mi éxtasis se encuentra
Del ave en que su crímen la trasforma [2].

Y aquí con fuerza tal se reconcentra
En sí propia, que nada al alma mia
De las externas impresiones entra.

Cáeme luégo en el alta fantasía
Un crucifijo despechado y fiero,
En la actitud en que espiraba un dia [3].

Estaba cerca dél el grande Asuero,
Su esposa Ester y el justo advenedizo
Mardoqueo, en sus actos tan entero.

Y cuando el vivo cuadro se deshizo
Por sí mismo, cual leve gorgorita
A la que falta el agua que la hizo,

Muéstraseme una triste jovencita [4],
Que dice: *¡Oh madre y reina!* (y llanto vierte)
¿Qué furor á morir te precipita?

Moriste de Lavinia por la suerte,
Y me has perdido, porque siento ahora
Antes la tuya que de aquél la muerte [5].

Como sueño que rómpese á deshora,
Si hiere luz el párpado cerrado
Que aún serpenteando en los sentidos mora,

Así el arrobo en mí murió apagado,
Cuando ardióme en el rostro luz, que ardia
Con brillo en nuestro mundo nunca usado.

Yo por ver dónde estaba me volvia,
Cuando uno: *Por aquí se sube* (dijo);
Y su voz absorbió la atencion mia,

Y en mí un deseo promovió tan fijo,
Que hasta ver de quién era la voz esa,
No llegára á ceder mi afan prolijo.

Mas como el sol que en nuestros ojos pesa
Con la harta luz que á deslumbrarnos vino,
Así caia mi potencia opresa.

—Este es ángel celeste, que el camino
Viene á enseñar, sin que invoqueis su nombre,
Y nos le vela el resplandor divino;

Y hace con nós cual con sí propio el hombre [6];
Pues cuando aguarda el ruego del que suda,
Que lo rechace impío no te asombre [7].

Ora á tan alta invitacion se acuda,
Y ántes vamos que extíngase el lucero;
Que empeño es vano, si la luz no ayuda.—

Esto dijo mi guía; y un sendero
Nos condujo á los dos hácia una escala,
Donde, al llegar al escalon primero,

Sentí casi tocarme un golpe de ala [8],
Y ventearme en la faz: *Beati* (sonando)
Pacifici qui sunt sine ira mala.

En tanto sobre nós van ya quedando
Sólo rayos de sombra precursores,
Y estrellas por dó quier se van mostrando.

Y entre mí yo exclamaba:—¿Qué temblores,
Virtud mia, te dan?—(porque sentia
Las fuerzas de mis corvas ser menores).

Eramos dó la escala concluia,
Y dó el paso es forzoso que se fije,
Como bajel se estanca en la bahía.

Ora á escuchar un tanto se dirige
Mi atencion, por saber del nuevo asiento,
Y vuelto luégo á mi maestro, dije:

—Pare en buen hora el pié, mas no tu acento;
Y dime ¡oh dulce padre! ¿el purgamiento
De qué culpa este cerco facilita?—

Y él : —El amor del bien que se ejercita
Con harta lentitud aquí se llora [9]:
Aquí el mal tardo remo bien se agita.

Mas porque claro entiéndaslo tú ahora,
Con cuidado me escucha, y frutos suaves
Cogerás de esta súbita demora.—

Y siguió luégo con acentos graves :
—Sin amor natural, ó de la mente [10],
No hay creador ni creatura, y tú lo sabes.

Jamás el natural error consiente:
Mas puede el otro errar por mal objeto,
Ó por vigor escaso ó excedente.

Miéntras al bien primero va concreto,
Y en el segundo marcha con mesura,
No puede á vil deleite ser sujeto:

Mas cuando al mal se tuerce ó se procura
Con largo afan los bienes, ó con breve,
Contra el autor se torna la criatura.

De aquí comprenderás que amor ser debe
De toda virtud vuestra la semilla,
Como de toda culpa grande ó leve.

Y como es del amor verdad sencilla
Que no ha de herir al mismo en quien reside,
No hay ódio de sí propio ni mancilla;

Y resta, si mi juicio mal no mide,
Que al prójimo se aplica lo dañino;
Y en el mundo en tres modos se divide.

Hay quien porque es hollado su vecino,
Subir piensa; y por esto solo ansía
Que baje aquél del próspero destino.

Hay quien gracia y poder, y honor, y fama
Teme que va á perder con que otro ascienda,
Y eso le aflige y por su ruina clama.

Y quién de injuria, en fin, tanto se encienda,
Que, roido de furia vengadora,
Tan sólo al mal de su contrario atienda.

Este triforme malquerer se llora
Aquí abajo, y del otro, que vehemente
Sin freno corre al bien, te diré ahora.

Cada cual busca un bien confusamente
En que reposo encuentre su fatiga,
Y por llegar á él lucha impaciente.

Si á verle ó conseguirle no os obliga
Sino lento querer, en este seno,
Despues de arrepentidos, se os castiga.

Otro bien hay que al hombre no hace bueno;
Que no es felicidad, que no es la pura
Esencia, alma y raíz de fruto ameno.

El amor que de sobra dél se cura,
Se llora sobre nós en tres esferas:
Mas porque así en tres modos se depura,
Lo callo, porque tú por tí lo inquieras.—

CANTO XVIII.

Virgilio, interrogado por su alumno, explica la naturaleza del amor, y cómo puede el alma con la razon y el libre albedrío dominar sus apetitos. Despues una bandada de espíritus, que están purgando su pereza del bien, viene al encuentro de los Poetas, y dos de los que van delante recuerdan ejemplos de virtud contraria á aquel vicio. El abate de San Cenon anuncia tristes sucesos para Alberto de la Escala; y detrás de él dos almas citan algunos ejemplos de los malos efectos de la pereza. Poco despues DANTE se queda dormido.

Fin el alto doctor á su argumento
Puesto habia, y por ver si me mostraba
Satisfecho, en mi faz miraba atento.

Y yo, que aún de saber ansioso estaba,
Callando en lo exterior, dentro decia:
Tal preguntar con su paciencia acaba.

Mas el de veras padre, que leia
Ya mi encubierto y tímido reparo,
Con su hablar á mi hablar presta osadía,

Con que dije:—Maestro, el vivo faro
De tu razon me alumbra con tal fuego,
Que estoy cuanto describes viendo claro.

Por eso, dulce padre, yo te ruego
Me expliques el amor, del que decias
Que del bien y del mal produce el juego.—

—Clava (me dijo) en las razones mias
Viva la mente, y ve la audacia loca
De los que siendo ciegos se hacen guías.

Desde el nacer el alma á amar provoca [1],
Y ágil y presta acude á cuanto place,
No bien el muelle del placer la toca.

En busca del objeto real, verace,
Va vuestra mente, y dentro os lo desplega,
Y el alma á su atractivo acudir hace.

Y si acude en efecto, y á él se entrega,
Ese impulso es amor, nueva natura
Què por medio del goce se os apega.

Y cual la llama que álzase á la altura,
Por propia esencia, á remontar creada
Á donde más por su materia dura;

Así al deseo el ánima entregada,
Deseo espiritual, ya no reposa
Hasta que entra á gozar la prenda amada.

Con que puedes ver cuánto es engañosa
La ilusion del mortal que considera
Que es todo amor en sí laudable cosa.

La sustancia tal vez puede primera
Ser buena siempre : mas no siempre el sello
Sale bueno, aunque impreso en buena cera.—

—Con mi atencion y tu discurso bello
(Respondíle), el amor ya he comprendido:
Pero aún mis dudas dóblanse por ello.

Que si amor por lo externo es percibido,
Y al ánimo no deja otra carrera,
No es culpa suya el ir recto ó torcido.—

Y él:—Cuanto quepa en vuestra humana esfera
Decir podré: lo que de fé proviene,
Á que Beatriz te lo descubra espera.

Toda sustancia que diversa tiene
La materia, aunque va con ella unida,
Específica ley en sí contiene.

Esa, cuando no opera, no es sentida;
Y se demuestra sólo en el efecto,
Cual de la planta en el verdor la vida.

Y se ignora de dónde el intelecto
De las primas nociones y la clave,
Y de apetitos el primero afecto;

Pues se ejerce en vosotros como sabe
Hacer la miel la abeja; y siendo infuso,
Por él ni oprobio ni alabanza os cabe.



Y porque hagais de todo el mejor uso,
En vuestra alma virtud innata asoma,
Y es la sonda que al bien y al mal se os puso.

Tal el orígen es de dó se toma
Razon de merecer, segun fecundo
Amor se sigue, ó torpe no se doma.

Los que exámen han hecho más profundo,
Esa virtud innata conocieron,
Y la moral con eso han dado al mundo.

Si pues sujetas vuestras almas fueron
Á todo amor que interno os atropella,
Fuerzas tambien á resistirlo os dieron.

Al libre arbitrio con el nombre sella
Beatriz de *virtud noble*: haz, pues, alarde
De recordarlo bien, si hablas con ella.—

La luna, que asomaba entónces tarde,
Ver muy pocas estrellas permitia,
Roja cual fondo de caldero que arde;

Y el espacio del cielo recorria
Que enciende el sol cuando le ve el romano
Acabar entre el sardo y corso el dia.

Y aquella alma del vate soberano
Por quien Piétola [2] á Mántua el nombre pisa,
Mi pesado inquirir hizo ya vano.

Con que mi mente, que razon precisa
Hubo con mis demandas adquirido,
Quedó, como entre sueños, indecisa.

Mas de esa soñolencia fuí movido
Por gente que avanzar tras de mí creo,
Por el aviso de creciente ruido.

Y como Ismén y Asopo [3], en su rodeo,
Ven, de noche, tropel correr furioso
De tebanos que dan culto á Liéo;

Así ví yo correr por aquel coso,
Y en circular galope, al digno bando
Que pican bien querer y amor juicioso.

Y pronto están ya allí; porque trotando
Viene esa turba con presteza extraña;
Y dos que al frente van, gritan llorando :

Corrió veloz María la montaña [4],
César corrió por someter á Ilerda,
Y á Marsella estrechó para ir á España.

Pronto, pronto, que el tiempo nos recuerda
El lento hacer (grita de atrás la gente).
Por poco amor la gracia no se pierda.

—¡Oh los que así de pecho negligente
Expiais el obrar antiguo lento
Con ese tan activo ardor presente!

Este que vivo está (y á fé no os miento),
Al nuevo sol intenta la subida:
Mostradnos, pues, la puerta de este asiento.

Estas palabras pronunció mi cuida;
Y uno de aquellos:—Tras nosotros (dijo)
Ven, y hallarás muy pronto la salida.

Punzados vamos de aguijon tan fijo,
Que parar no podemos: tú perdona
Lo descortés á nuestro afan prolijo.

Abad de San Cenon fuí yo en Verona [5]
Bajo el buen Barbaroja [6], de quien presa
Milan triste su estrago aún no perdona.

Y existe vivo con el pié en la huesa
Quien de esos cláustros por tirano fiero
Llorará un dia lo que el mando pesa [7];

Que al hijo en quien se tuerce el cuerpo entero
Y el alma mucho más, y que mal nace,
Puso allí, en vez del guarda verdadero.—

No sé si dice más ó se va en pace,
Que grande espacio ya corrido tiene:
Mas esto que le oí, guardar me place.

Y aquél me dijo, que mi ardor sostiene:
—Vuélvete; mira esa pareja brava,
Que azote dando á la pereza viene.

Tras todos va gritando: *Entera acaba*
La gente á quien el mar abrió sus golas
Antes que en el Jordan su grey se lave [8].

Y las que del dolor las negras olas
Hasta el fin no sulcaron con Enéas,
En vida sin honor yacieron solas [9]. —

Cuando las sombras por acidia reas,
Ya de la vista al fin desaparecen,
Surgen dentro de mí nuevas ideas;

Y otras lanzan aquéllas, y otras crecen,
Y de la vaga mente no soy dueño,
Y mis ojos se cierran y entumecen,
Y el pensamiento se trasmuda en sueño.

CANTO XIX.

Descríbese la misteriosa vision que poco ántes de amanecer tuvo DANTE dormido. Salen los Poetas al quinto cerco, donde las almas tendidas con el rostro contra tierra lloran el pecado de la avaricia. Allí se encuentran á Adriano V (de la casa de Fiesqui), que responde á las preguntas de Alighieri.

En la hora en que el hálito diurno
Ya no entibia los frios de la luna [1],
Causados por la tierra ó por Saturno;

Cuando, por vía que aún se muestra bruna,
Con el alba el geomanta [2], en el Oriente,
El signo ve de la mayor fortuna;

Á una mujer ví, en sueños, balbuciente,
Manca de manos, entumida y coja,
Bizcos los ojos, pálida la frente.

Yo la miraba; y como el sol afloja
Rígidos miembros que la noche enfria,
Así mi vista fija de ella arroja

La tumidez; y el habla le volvia
Brevemente, y el rostro desmayado
De color amoroso le teñia.

Y así que libre acento hubo ganado,
Tal empezó á cantar, que con gran pena
De ella habria mi mente separado.

—Yo (cantaba), yo soy dulce sirena [3]
Que al nauta en medio de la mar desvio:
¡Tanto mi voz está de placer llena!

Yo quité á Ulises con el canto mio
De su errante sulcar: al que yo ablando,
De mi lado apartarse es desvarío.—

Aún estaba su acento resonando,
Cuando santa mujer [4] mostróse presta
Junto de mí, que la dejó temblando.

—¡Oh, Virgilio, Virgilio! ¿Quién es ésta?—
(Decia con calor); y él avanzaba
Fijos los ojos en la dama honesta;

La cual, cogiendo á la otra, la apartaba
Las ropas, y su vientre descubria:
Yo al hedor despertéme que exhalaba.

Miré en torno, y Virgilio me decia:
—Tres veces te he llamado; álzate y vamos
Á hallar la puerta que á los altos guía.—

En pié me puse, y ya todos los tramos
Ví del monte bañarse en luz creciente;
Y, de espaldas al sol, á andar echamos.

Tras él iba, y doblaba yo mi frente,
Cual quien de ideas llévala cargada,
Que de sí forma un medio arco de puente,

Cuando escuché: *Venid: hé aquí la entrada.*
Decir con voz benigna, y con dulzura
Cual nunca se oye en la mortal morada.

Y abierta el ala, cual de cisne pura,
El que así nos habló nos fué guiando,
Entre ambos bordes de la piedra dura.

Despues sus plumas me pasó [5], exclamando:
¡Cuán dichosos qui lugent! [6] *¡Qué consuelo*
Sus nobles almas gozarán temblando!

—¿Qué tienes, dí, que miras hácia el suelo?—
(Mi caro guía comenzó á decirme,
No bien nos deja el morador del cielo.)

Y yo:—Nueva vision viene á invadirme;
Y tanto me suspende y me atropella,
Que de su red no alcanzo á desasirme.—

Y él:—¿No viste la antigua maga aquella
De quien se lloran sobre nós los males [7]?
¿No viste cuál se libra el hombre de ella?

Bástete; y mueve ya los calcañales,
Y vé al reclamo del que al orbe entero
Mueve las magnas ruedas eternales.—

Como halcon que se mira el pié primero [8],
Luégo al grito se vuelve, y se endereza
Á dó le atrae el pasto lisonjero;

Así hice yo, marchando con presteza
Por donde paso da la roca hendida,
Hasta el confin en que la curva empieza.

Y cuando al quinto cerco hallé salida,
Ví por su suelo gente que lloraba,
Toda allí boca abajo y oprimida;

Que entre tales suspiros pronunciaba
Adhæsit pavimento anima mea [9],
Que el sentido á entender no se llegaba.

—¡Oh los que hallais de vuestra pena fea
Alivio en la esperanza y alto juicio!
Guiadnos á dó el pié subir desea.—

—Si ya libres venís de este suplicio,
Y más pronto encontrar quereis el vado,
De la diestra seguid siempre al auspicio.—

Así rogó el Poeta; y contestado
Así le fué despues; con que en su acento
Me hice cuenta del que era allí postrado [10].

Á mi Señor entónces miré atento;
Y él con un signo me mostró apacible,
Ver en mi rostro y aprobar mi intento.

Con que yo, que mi antojo ví posible,
Lleguéme hasta su espalda á esa criatura
Que ántes por el hablar me fué visible;

—Alma (diciendo) en que el dolor madura
Eso sin lo que á Dios nunca se obtiene [11],
Deja un poco por mí tu mayor cura [12].

Dime qué culpa boca abajo ós tiene,
Y quién tú fuiste, y si algo dulce ó grave
De donde vengo vivo te conviene.—

Y él á mí:—Te diré por qué nos cabe
Estar de espalda al cielo: mas primero
Quod ego fui successor Petri, sabe [13].

Corre entre Sestro y Cláveri ligero
Límpido rio, y de su nombre en suma
El de la estirpe mia va altanero.

Un mes y dias supe lo que abruma
El manto al que de lodo vil le guarda;
Que otros pesos con él parecen pluma.

Mi conversion ¡ay, mísero! fué tarda;
Mas con las llaves, el engaño feo
De la vida aprendí falaz, bastarda.

Ví que ni aquieta el alma el sumo empleo,
Ni el salvarse es posible en esa vida:
De ésta, por tanto, me abrasó el deseo.

Hasta ese punto alma de Dios huida,
Fuí triste presa de avaricia larga;
Y ora así como ves soy oprimida.

Que el que fué avaro aquí suelta su carga,
De las conversas almas entre el duelo;
Y no hay pena en el monte más amarga;

Pues como no se alzó la vista al cielo,
Fija siempre del mundo en la inmundicia,
La pena aquí nos clava contra el suelo.

Y como en sus prisiones la avaricia
Para ejercer el bien nos tuvo atados,
Ora aquí nos oprime la justicia.

Y de las manos y los piés ligados,
Cuanto quiera el Señor en sus enojos,
Así estamos inmóviles, postrados.—

Yo quise hablar, y púseme de hinojos:
Pero cuando empecé, mi reverencia
Notando por mi voz, no por sus ojos,

Dijo:—¿Porqué doblarte en mi presencia?—
Y yo:—Por él poder sacro romano,
Recta así me lo impone mi conciencia.—

Y respondió:—Desdobla el cuerpo, hermano,
Que te engañas: consiervo soy, contigo [14]
Y con éstos, del mismo Soberano.

Si ya del Evangelio el son amigo
Que dice *Neque nubent* [15] no olvidaste,
La causa entenderás de lo que digo.

Vete, pues, y no el tiempo se malgaste;
Que con tu estar el tiempo se desvia
Con que maduro lo que ya expresaste.

Sobrina tengo allá, dicha Alagía [16],
Buena en sí: ¡que de ejemplos malos pueda
Dios salvarla y salvar la estirpe mia!
Ya en el mundo ella sola es quien me queda.—

CANTO XX.

Separándose los Poetas del Papa Adriano, y continuando su camino, oyen á un espíritu que recuerda vários casos brillantes de la virtud contraria á la avaricia. DANTE se acerca á él y le pregunta quién es y por qué sola enaltece aquellos ejemplos. El le responde que es Hugo Capeto, y hace una violenta declamacion contra los vicios y la iniquidad de su descendencia. Despues le satisface á la otra pregunta, y le cita las escenas que allí se representan de noche, para terror de los avaros. Tiembla el monte, y de todas partes se levanta un cántico de gloria, con lo que se despierta en Alighieri un punzante deseo de averiguar todo aquello.

Menor querer contra mayor no fragua:
Así por su placer y contra el mio,
Saqué la esponja, sin henchir, del agua [1].

Y del suelo pisando en lo vacío,
Íbamos por dó el risco nos comprime,
Cual váse en plaza al borde del Saetío.

Que la gente que gota á gota exprime
Por los ojos el mal que llena el orbe,
Á la parte exterior tendida gime [2].

¡Antigua loba [3], cuya gula absorbe
Pasto de fieras mil, maldita seas,
Pues no hallas presa que á tu fauce estorbe!

Cielo, que dicen que en tus giros creas
Las mudanzas de acá: ¿vendrá el momento
De segarla las golas gigantéas?

Andábamos los dos con paso lento,
Y yo fijo en las almas que sentia
Sollozar y quejarse en triste acento;

Y por suerte escuché: *Dulce María* [4]
(Ante nós pronunciar con grito y llanto,
A modo de mujer de parto el dia);

Y proseguir: *Tú fuiste pobre tanto*
Cual verse pudo en el humilde hospicio
Dó el peso depusiste dulce y santo.

Y oí seguidamente: *¡Oh buen Fabricio* [5]*!*
Antes pobreza tu virtud demanda
Que no tesoros poseer con vicio.

En mi pecho esa voz sonó tan blanda,
Que me aparté, para buscar certeza
Del alma que parece que la manda.

Y ella honrando seguia la largueza
Que Nicolás [6] usó con las Miritas,
Para salvar del vicio su pureza.

—¡Oh ánima que tanto bueno citas!
Narra quién fuiste, y por qué sola (dije
Esos hechos tan dignos resucitas!

Tendrá tu obra el galardon que exige,
Si aún el cielo al camino me conduce
De esta vida que al fin ya se dirige.—

Y él: —Á cumplir tu gusto no me induce
Lo que esperé de allá, sino el que tanta
Gracia, áun ántes que mueras, en tí luce.

Raíz fuí yo del árbol que levanta [7]
Tan fatal copa á la cristiana tierra,
Que á su sombra se cria rara planta.

Gante, Bruja, Duay [8], venganza en guerra
Habrian, si pudieran, ya tomado;
Y yo la invoco del que al ímpio aterra.

Hugo Capeto el mundo me ha llamado:
Los Felipes y Luises por mí han sido,
Que de nuevo á la Francia han gobernado.

De un carnicero de París nacido,
Yo, al finarse la régia estirpe antiga
(Fuera de uno á gris ropa reducido [9]),

Del imperio me hallé con la fatiga;
Y conquistéme luégo poder tanto
Y tan grande sosten de gente amiga,

Que mi hijo á vestir el viudo manto [10]
Pudo llegar; de cuyo tronco emana
La raza á quien consagra el óleo Santo [11].

Miéntras que la gran dote provenzana
No quitó la vergüenza á la grey mia,
Poco era su valer, mas no era insana [12].

Allí empezó con fuerza ó con falsía
Su robo; y (por enmienda) [13] yugo y duelo
Llevó á Pontiú, Gascuña y Normandía.

Y Cárlos invadió de Italia el suelo;
Y mató (por enmienda) á Conradino [14];
Y á Tomás (por enmienda) empujó al cielo [15].

Y no lejano el tiempo ya imagino
En que muestre quién son con más probanza
Otro Cárlos [16], de Francia peregrino.

Sin armas sale, y sólo con la lanza
Con que Judas lidió; y á abrir con ella,
Y á vaciar de Florencia el vientre avanza.

No tierra sacará de esa obra bella [17],
Culpa y deshonra sí, que aún más trasciende
Porque el feo revés no le hace mella.

Á el otro que del mal preso desciende,
Miro vender la hija en trata impura,
Como el corsario á las esclavas vende [18].

¡Oh avaricia! De tí, ¿quién se asegura,
Pues has hecho en mi raza tal aquisto,
Que de su propia carne no se cura?

Y porque el mal supere á cuanto hay visto,
Veo la Lís de Alaña en los torreones,
Y en su vicario prisionero á Cristo [19].

Y los nuevos ultrajes é irrisiones,
Y el vinagre y la hiel repetir veo,
Y el clavarle en la cruz entre ladrones.

Y del Pilatos nuevo el furor leo;
Que, no sácio, sin órden, sin rebozo,
Da en el templo á su vil codicia empleo [20].

¡Oh cuándo, excelso padre, tendré el gozo
De mirar tu vindicta, que reposa
Cierta, aunque oculta, en el eterno pozo!

Los ejemplos [21] de aquella única esposa
Del Espíritu Santo, que enajenan
Tu mente, que en mi busca vino ansiosa,

En todas nuestras preces siempre suenan
Durante el dia; y desque ya anochece,
Temas opuestos nuestros ecos llenan.

Entónces Pigmalion se nos ofrece,
Parricida, traidor, ladron inmundo,
Por ánsia del metal que su hambre acrece.

Y el anhelo de Midas infecundo
Que es, satisfecho, á sus tormentos cuerda,
Y la eterna irrision le hace del mundo.

Luégo del ciego Acham se nos recuerda
Que el despojo robó, y á quien la ira
De Josué impele á dó la vida pierda.

Y á su esposo acusamos, y á Zafira;
Y el callo fuerte que pisó á Eliodoro,
En nuestros ecos por el monte gira.

Polinestor matando á Polidoro
Allí sale; y por fin se grita: *Craso*,
Dí, pues lo sabes, á qué sabe el oro.

Y ya el uno habla extenso, el otro escaso,
Segun que en nuestra mente más se clava,
Ora el terrible ó el doliente caso.

Y no á lo que de dia aquí se alaba
Antes sólo era yo; sino que cerca
De este espacio otra voz no resonaba [22].—

Dijo; y no bien partimos, y con terca
Voluntad á arrostrar el pié se inclina
El camino que á lo alto nos acerca;

Cuando sentí, cual cosa que se arruina,
Temblar el monte, y me entumí en los hielos
Que al triste invaden que á morir camina.

No con vaiven tan fuerte tembló Delos,
Antes que allí Latona hiciese el nido
Dó parió los dos ojos de los cielos.

Acentos luégo oí, que á su tronido
Al lado mio á mi guardian traian,
Diciéndome:—No temas, de tí cuido.—

Gloria in excelsis Deo, repetian
Todos; y porque es cerca el eco intenso,
Comprender las palabras se podian.

Yo hasta el fin del temblor, en pasmo inmenso,
Cual los simples pastores que aquel canto
Primero oyeron, me quedé en suspenso [23].

Luégo seguimos nuestro viaje santo
Viendo á las almas, boca abajo en tierra,
Vueltás de nuevo á su obligado llanto.

Nunca, si mi memoria aquí no yerra,
Deseo de saber tan vivamente
Por vencer mi ignorancia me dió guerra [24],

Como el que en ese instante el alma siente.
Mas del guía lo impide el paso activo,
Y no llega á acertar mi propia mente;
Con que tímido marcho, y pensativo.

CANTO XXI.

Miéntras los Poetas marchan apresuradamente hácia la escala, se oyen saludar por una sombra que va tras de ellos. Dicha sombra, despues de un corto diálogo con Virgilio, explica los motivos del temblor del monte, y quién es ella, y cuáles fueron las circunstancias de su vida.

Esa sed natural que no se sacia
Sino con aquel agua [1] que la oscura
Samaritana demandó por gracia,

Me ahogaba, y tras mi guía la presura
Me echó al camino de ánimas henchido,
De su pena sintiendo la amargura.

Cual Cristo, del sepulcro ya salido,
Á los dos que á Emaús iban mostróse,
Segun por Lúcas explicado ha sido [2],

Así tras nós de pronto aparecióse
Uno, mirando al pié la grey que yace [3];
Y hasta que habló, que estaba no advirtióse

Y dijo: — Dios, hermanos, os dé pace. —
Y nos volvimos súbito, y Virgilio
Le dió respuesta como siempre se hace.

Y le añadió: — Que al celestial concilio
Te alce el juez de los juicios verdaderos,
Que á mí me aparta con eterno exilio. —

Y él (porque entónces íbamos ligeros):
— Si sois almas que arriba Dios no admite,
¿Por qué tan ráudos vais por sus linderos?—

Y mi Doctor: — El signo te acredite
Que en éste ves, y el Querubin perfila,
Que con los buenos ir se le permite [4].

Mas como la que dia y noches hila [5]
No á gastarle llegó toda la lana
Que Cloto á cada cual junta y apila,

Á su alma (de la tuya y mia hermana)
Hasta acá subir sola no la es dado,
Porque no goza ley de sombra vana.

Así yo del averno fuí sacado
Para enseñarle hasta el postrer recodo,
Cual lo haré, miéntras pueda acá en mi estado [6].

Mas ¿por qué, dime, el monte de tal modo
Crujió no há mucho, y con clamor á una,
Hasta el húmedo pié resonó todo? —

Tal su demanda fué, tan oportuna,
Que de saciar mi anhelo con la idea
Encontróse mi sed ménos ayuna.

Y empezó aquél:—No el órden que se emplea
De este monte en el sér turbóse en nada,
Ni cosa ocúrre en él que usual no sea.

De física impresion esta morada
Es exenta, y sus leyes sólo mueve
Accion del cielo, al cielo encaminada.

Por eso nunca niebla, escarcha, nieve
Ni granizo traspasa del Querube
La escalerilla de tres gradas breve.

Ni relámpagos ves, ni cruza nube
Negra ni azul, ni la hija de Taumante [7],
Cambiando sitio y luz, en arco sube.

Ni áun el seco vapor pasa adelante
De la escala que el pié del monte trunca
Dó el Vicario de Pedro está flameante [8].

Trema á veces abajo la espelunca:
Mas aunque allá se esconda aire infinito,
Acá (cómo no sé) no tiembla nunca.

Sólo cuando algun alma del delito
Se siente pura, y mueve, y endereza;
Que entónces al temblor se aduna el grito.

Sólo el querer da fé de la pureza [9];
Y libremente á tramutar de hospicio
Él mueve al alma, que á ejercerlo empieza.

Le tuvo siempre : mas el alto juicio
Le combatió primero, y contraresto
Como puso al pecar, pone al suplicio.

Y yo que aquí, con rostro al cielo opuesto,
Cinco lustros yací, tan sólo ahora
La voluntad sentí de mejor puesto.

Por eso fué el temblor [10] y voz sonora
Que alzó la pía grey al Padre augusto
Porque pronto los lleve á donde él mora.—

Dijo la sombra, y si se encuentra gusto
Tanto en beber, cuanto es la sed ardiente,
Juzga tú el gozo que me dió aquel justo.

Y mi guía : —Por fin veo patente
La red que os liga, y cómo se desarme,
Y por qué el gaudio y el temblor reciente.

Ora quién fuiste dígnate contarme,
Y por qué fué tan larga aquí tu dote
Te plazca con palabras explicarme.—

—Por el tiempo en que Tito, justo azote [11]
De Dios, vengó las llagas por dó oscura
Salió la sangre que vendió Iscariote,

Con el nombre más claro y que más dura,
Allá viví (me respondió la sombra)
Célebre asaz, mas sin la gracia pura.

Mi voz que dulce al universo asombra,
Llevóme á Roma siendo Tolosacio,
Y dióme el mirto, y vencedor me nombra.

Aún la gente de allá me llama Estacio:
Canté á Tebas, y luégo al grande Aquiles,
Mas dobléme al segundo peso lacio [13].

Fuego desde mis años infantiles
En mi pecho prendió la antorcha aquella
Que vates con su luz produjo á miles.

De la *Eneida* te digo: madre bella
Mia y sola nutriz; poetizando,
Paso no dí sin apoyarme en ella;

Y por haber allá vivido cuando
Vivió Virgilio, acá yo pasaria
Un año más de los que voy contando.—

Aquel dicho hácia mí volvió á mi guía
Con faz que sin hablar decia: *calla.*
¿Mas quién logró poder cuanto queria?

Que el reir, como el llanto, cerca se halla
De la senda pasion que le produce,
Y en corazon veraz más pronto estalla.

Así risa de acuerdo en mí reluce;
Con que la sombra se calló, y miróme
En los ojos dó el alma se trasluce.

Y dijo: — Dios bajo su auspicio tome
Tu viaje, que me expliques por qué ha sido
El veloz riso que tu faz pintóme. —

De ambas partes aquí víme cogido.
Á callar uno, y otro me conjura
Á hablar: suspiro, y véome entendido.

Y mi guía: — Depon toda pavura:
Habla (me dijo), y cuéntale ligero
Lo que con tanto afan saber procura.—

Y yo:—Si mi sonrisa fué primero
De asombro para tí, que más te asombres,
Ánima antigua, con mi acento espero.

Éste, por quien se ilustran nuestros nombres,
Es el Virgilio aquel de quien sacaste
Fuerzas para cantar los dioses y hombres.

Si mi risa á otro móvil achacaste,
Lanza el error: fué causa repentina
De ella ese fuego con que dél hablaste.—

Y él á los piés del Vate allí se inclina;
Y éste: — ¿Qué haces? (le dice conmovido):
Tú eres espirtu, y yo sombra mezquina. —

Y él, irguiéndose, exclama:—Cuánto ha sido,
Mira, mi amor por tí siempre insaciable,
Cuando nuestra natura vana olvido,
Y tomo á realidad sombra impalpable.—

CANTO XXII.

Al entrar en el sexto giro cuenta Estacio á Virgilio qué pecados le han tenido tanto tiempo en el Purgatorio, y cómo llegó al fin á convertirse á la fé cristiana. Luégo Virgilio le da noticia de muchos y grandes personajes que se hallan en el Limbo. Llegados los Poetas al cerco, y habiendo andado algunos pasos á la derecha, hallan un árbol de olorosas manzanas, dentro del cual resuenan voces que recomiendan la templanza.

Ya el ángel tras nosotros se quedaba,
De entrar al giro sexto á breve rato,
Despues que de otra *P* me libertaba;

Y dicho nos habia el *¡cuán beato*
Quien ama la justicia! concluyendo
Con el *sitiunt* no más su acento grato [1].

Y aquí mi cuerpo yo leve sintiendo
Más que en los otros cercos, en pós iba
De los ráudos espíritus [2] siguiendo;

Cuando empezó Virgilio:—Amor que estriba
En honesta ocasion, siempre amor prende,
Como salga á la luz su llama activa.

Así desde aquel dia en que desciende
Al Limbo á compartir nuestro destino
Juvenal [3], que de ardor por tí se enciende,

Te amé tanto, que nadie amor tan fino
Tendrá, si no la ha visto, á otra persona:
¡Juzga si hallaré largo este camino!

Mas dime, y como amigo me perdona
Si á sobrada confianza suelto el freno,
Y como tal conmigo aquí razona.

¿Por qué torpe avaricia entró en tu seno,
Y el ingenio humilló que activo labras,
Con ciencia tanta de que fuiste lleno?—

En Estacio al principio estas palabras
La risa asoman, y despues responde:
—Prueba es de afecto que tu pecho me abras.

Cierto es que á veces hay materia en donde
Da ocasion á la duda falso indicio,
Porque la causa de verdad se esconde.

Tu pregunta me muestra que haces juicio
De que avaricia allá me ha dominado,
Porque sufrir me ves este suplicio.

Sabe que de ella fuí tan apartado,
Que por contrario amor, mi desmesura
Por millares de lunas he purgado.

Y si no fuera porque hallé mi cura
Donde tu indignacion exclama entera,
Casi en furor con la mortal criatura:

¡A qué excesos no llevas, hambre fiera
Del oro el apetito en los humanos!
Chocando con las moles hoy me viera [4].

Comprendí entónces que alargar las manos
Puédense á derramar, y tiré al suelo [5]
Ese, cual los demás vicios tiranos.

¡Cuántos resucitar miro sin pelo [6],
Porque ignorancia de que así se peca,
Ya en vida, ya al morir, les duerme el celo!

Y sabe que la culpa en que se trueca
Por contrapuesta accion algun pecado,
Aquí tambien con él su sávia seca.

Por eso á mí, si á depurarme he estado
Entre la grey que la avaricia llora,
La contrapuesta culpa me ha llevado.—

—Tú entónces al cantar la lid traidora
Causa del doble duelo de Jocasta [7]
(El bucólico vate dijo ahora),

Con tu invocar, que en Clio se malgasta,
Das muestra de que en tí no resplandece
La fé sin la que honesto obrar no basta.

Y si es así, ¿qué sol desoscurece
Tu razon, ó qué luz; que enderezaste
Tu barco al Pescador que te amanece?—

Y él respondió:—Primero tú me enviaste
Á beber de Castalia cristalina,
Y despues sobre Dios tú me inspiraste.

Fuiste cual quien de noche va y camina
Llevando atrás la luz, y no la goza,
Y á su espalda á los otros ilumina,

Cuando dijiste: *El siglo se remoza*[8]:
Justa primera edad baja al humano,
Y en nueva prole el cielo se alboroza

Poeta fuí por tí, por tí cristiano:
Mas porque lo que pinto mejor veas,
Á colorirlo extenderé mi mano.

Ya del mundo llenaba las ideas
La sacra fé que siembran y hacen viva
Enviados de las cumbres Eliséas [9].

Y tu revelacion, que toqué arriba,
Con la voz concordaba de esos santos,
Y yo por uso á visitarlos iba.

Y en su virtud hallé prodigios tantos,
Que cuando Domiciano [10] persiguiólos,
El llanto mio acompañó á sus llantos.

Miéntras viví, mi afecto socorriólos;
Y sus rectas costumbres, su dulzura,
Moviéronme á estimar sus cultos solos

Y primero que al griego en la llanura
Canté de Tebas, recibí el bautismo:
Mas fuí cristiano oculto, por pavura.

Y ostenté largo tiempo el paganismo;
Y cuatrocientos años en el cuarto
Cerco me tuvo mi retardo mismo [11].

Tú, pues, por quien del cielo á donde parto
Se me mostró la gracia que redime,
Miéntras tiempo de hablar tenemos harto,

Dó están nuestro Terencio [12] antiguo, dime,
Cecilio, Plauto y Varro, si lo sabes;
Y si réprobos son, ¿su alma dó gime?—

Y él:—Esos y yo y Persio y otros suaves
Cantores habitamos con el griego
Padre y monarca de los cantos graves.

Y en la primer region del reino ciego,
¡Qué de veces hablábamos del monte [13]
De las nutrices nuestras dulce apego!

Eran con nós Agato, Anacreonte,
Eurípides, Simónides, y cuantos
Astros son del heleno ancho horizonte.

Allí están, de los hijos de tus cantos,
Deyofila, y Antígona, y Argía,
Y tu Ismenia, cual fué, siempre entre llantos [14].

La que al sediento Rey llevó á Langía [15],
Tétis [16], y la hija de Tiresias [17] duro,
Y allí con sus hermanas Deidamía [18].—

Callaban los dos vates, é inseguro
Su mirar todo en torno recorria,
Libres de la subida y doble muro.

Iban las cuatro ancelas [19] ya del dia
Tras el carro, y la quinta iba apuntando
El cuerno del timon al mediodia,

Cuando Virgilio: —Pienso que ir marchando
Se debe, cual solemos, á la diestra,
Y seguir siempre el monte circulando.—

Allí, pues, la costumbre fué maestra,
Y nuestros pasos acertar presumen,
Pues su asenso tambien el otro [20] muestra.

Ellos el tiempo en razonar consumen,
Miéntras solo y detrás voy yo escuchando,
Y en mi mente su voz inflama el númen.

Mas suspenden su hablar árbol topando
Que del camino en la mitad se emplaza,
Cuyos frutos olor esparcen blando.

Como abeto hácia el alto se adelgaza
Rama á rama, al revés éste lo hacía,
Tal vez porque á treparle no haya traza.

Por donde era cerrada nuestra vía
Una agua pura, desde la alta roca,
Por sus hojas abajo descendia.

Ya la pareja ilustre al árbol toca,
Cuando una voz de la hojarasca densa
Gritó [21]: *No al fruto allegareis la boca.*

Y despues:— No en su propia gula piensa,
Sino en la boda honrar y hacer cumplida,
María, que su amparo hoy os dispensa.

Y las de Roma antigua en su bebida
Con agua se contentan, y Danielo
Ganó saber y despreció comida.

Y en aquel siglo de oro que vió el suelo
Todo alimento el hambre hizo sabroso,
Y halló néctar la sed todo arroyuelo.

Y langostas y miel fueron copioso
Manjar en el desierto al buen Bautista;
Y por eso tan grande y tan glorioso
Lo ofrece el Evangelio á vuestra vista.—

CANTO XXIII.

El hambre y la sed, estimuladas con la vista de árboles cargados de fruta y con la de corrientes cristalinas, purifican en el sexto cerco á los golosos, de quienes se describe la espantosa magrura. Encuéntrase Dante con Forese Donati, que se envanece con la virtud de su viuda y reprende ágriamente la inverecundia de las damas florentinas.

Miéntras mi vista entre el follaje verde
Fijaba yo, cual hace quien el dia
Tras los fugaces pajarillos pierde:

—Hijo (el aún más que padre me decia),
Vamos, que el tiempo que nos dan escaso
Es bien se gaste con mejor valía.—

Y yo los ojos dirigí, y el paso
Al sábio par, que suave tanto hablaba,
Que el andar se me hacía ménos laso,

Cuando oí que entre llanto resonaba:
Domine, labia mea [1], con lamento
Que deleite y angustia derramaba.

Y exclamé:—¿De quién es, padre, ese acento
Que suena?—Y él:—Quizá sombras que llenen,
Yendo así, de su pena el complemento.—

Cual peregrinos que pensando vienen,
Si encuentran en su vía gente ignota,
La miran, y su paso no detienen;

Así tras nós, con rápida derrota
Llegando y rebasando, nos miraba
Turba de ánimas tácita y devota [2].

Ojos sin luz, hundidos, enseñaba
Cada cuál, y faz pálida y tan hueca,
Que en el hueso la piel se modelaba.

Ni Erecsiton [3] á forma tan enteca
Llegó, cuando en extremo de agonía
Le puso el hambre que le enjuga y seca.

Yo, pensando entre mí, vé aquí, decia,
La gente que en Sion vió nueva Troya,
Cuando á su infante devoró María [4].

Sus ojos cual anillo son sin joya,
Y el que en esas facciones busca el *o m o*,
En que no vé la *eme*, mal se apoya [5].

¿Quién pensaria que de fresco pomo [6]
El olor, y el sonar de una agua pura
Causára efecto tal sin saber cómo?

Yo admiraba asombrado esa flacura,
Cuya causa aún no me era manifesta,
Su triste piel y escuálida figura,

Cuando de lo profundo de la testa
Uno los ojos me asestó, y atento
Me miró y exclamó:—¿Qué dicha es esta?—

No dél tuve en el rostro acuerdamiento:
Mas hízome su voz que conociese
Lo que no vide en él por macilento:

Y chispa fué de mis recuerdos ese
Rayo de luz; con que en su cara enjuta
Volví á encontrar al fin la de Forése [7].

—¡Ah! no la sarna que la piel me enluta
Te cānses (me decia) en contemplarme,
Y la horrible magrez que me trasmuta.

Mejor harás en cuenta de tí darme,
Y del que tu persona va guardada;
Y no un punto suspendas el hablarme.—

—Tu faz que muerta fué por mí llorada,
No ménos ora aquí me desconsuela
De verla (respondile) tan trocada.

Mas, por Dios, dime lo que así te pela:
No exijas que hable yo, que no es caricia
Hacer decir al que saber anhela.—

Y él comenzó: —De la eternal justicia
Virtud desciende al agua, y á la planta
Que queda atrás, que así me magrifica.

Toda esa gente que llorando canta
Por someter el gusto á torpe gula,
Aquí por hambre y sed se torna santa.

Á comer y á beber nos estimula
El olor que da el fruto y la onda clara
Que gorgoreando entre el verdor pulula.

Y no sólo una vez allí se pára:
Mas tornando, la pena se renueva,
La pena, que solaz mejor llamára;

Que hácia el árbol el mismo afan nos lleva
Que *Elí* á clamar alegre llevó á Cristo,
Al dar su sangre por los hijos de Eva.—

Y yo:—Forése (en demandarle insisto),
Desque del mundo á mejor vida fuiste,
Cinco años hasta de hoy pasar no he visto.

Si el poder del pecar ántes perdiste [8],
De la hora extrema en que con Dios nos ata
El buen dolor si en ella nos asiste,

¿Cómo hasta aquí llegaste? Yo en la ingrata
Espera te creia de allá abajo,
Donde tiempo con tiempo se rescata.—

Y él:—Con su llanto me acortó el trabajo,
Y tan pronto á beber la Nela [9] mia
El dulce absinto del sufrir me trajo.

Su largo duelo, su plegaria pía
Me libran de esperar allá en la gola,
Y de los otros cercos de esta vía.

Porque Dios, en su amor, más acrisola
La viuda á quien tan tierno siempre he amado,
Cuanto en el bien obrar está más sola [10].

Que la Barbagia Sárdica, dechado
De femíneo impudor, no se desdora
De esotra en que á mi muerte la he dejado.

¿Qué más puedo decirte, hermano, ahora?
Ya con mi alcance en lo futuro acecho
Tiempo no á fé muy léjos de esta hora,

En que el púlpito veto pondrá estrecho
Á tanta descarada florentina
De ir enseñando hasta el pezon del pecho.

¿Qué Bárbara existió, qué Sarracina,
Que hubiese menester para ir cubierta
Mandato de la Iglesia ó disciplina?

Mas si cada impudente fuese cierta
De lo que Dios resérvala en su saña,
Su boca para aullar fuera ya abierta.

Porque, si mi antevista no me engaña,
Ántes han de llorar, que apunte el bozo
Al infante que hoy cálmase con *ñaña* [11].

Mas de saber quién eres dame el gozo:
Ve que no sólo yo, sino esta gente
Toda del sol que tapas mira el trozo.—

Con que yo á él: —Si traes á tu mente
Cuál corriste conmigo y yo contigo [12],
Más su recuerdo te doldrá al presente.

De aquella vida este rector amigo
Apartóme anteayer, cuando la hermana
De aquél (y apunté al sol) me fué testigo,

Plena en su luz; y por la villa insana
Él me guió de los de veras muertos,
Con mi tambien de veras carne humana.

Luégo aquí me han subido sus aciertos,
Ascendiendo y rodeando el monte firme
Que endereza del mundo los entuertos.

Y dice que su apoyo ha de asistirme
Hasta que llegue á dó Beatrice mora;
Que allá no es dado al infeliz seguirme.

Virgilio es éste de quien te hablo ahora
(Y le apunté); y esotro el alma aquella
Por quien no há mucho retembló sonora
Vuestra morada al desprenderse de ella.—

———

CANTO XXIV.

Forése muestra á los viajeros várias almas de personas que fueron dadas á la gula, y entre otras la del poeta Bonayunta, lucano, que vaticina á Dante un nuevo amor y le alaba el dulce y nunca oido estilo de sus canciones; y despues de predecir oscuramente la muerte de Corso, su hermano, se aparta de los Poetas. Estos, siguiendo su camino, oyen cerca de un árbol citar ejemplos para terror de los golosos, y poco despues encuentran el paso y al ángel.

No el decir al andar hace más lento,
Ni el andar al decir: los piés volaban
Cual barco á quien propicio sopla el viento;

Y los que otra vez muertos semejaban [1],
Ciertos de estar yo vivo, asombro extraño
Desde sus fosos cóncavos mostraban.

Yo diciendo seguí: —Quizá, en su daño,
Se va aquél retrasando, porque aspira [2]
Su plática á alargar con el compaño.

Mas, si lo sabes, dó Picarda gira
Dime, y si alguna ilustre sombra pena
Entre esta flaca grey que así me mira. —

—La hermana mia, que entre hermosa y buena
No sé qué fuera más, su conquistado
Laurel ya goza en la region serena [3],—

Dijo, y siguió: —Decir no está vedado
Quién cualquiera es de nós que aquí se junta,
Porque el hambre la faz nos ha mudado [4].

Éste (y él dedo extiende), Bonayunta [5]
Es de Luca; y detrás, el que se agacha
Con la faz entre todas más difunta,

Fué de la Iglesia esposo, no sin tacha:
En Turs nació [6], y hoy paga con su ayuno
Las anguilas bolsenas y el vernacha [7].—

Me mostró muchos más uno por uno,
Y al resonar sus nombres, complacientes,
De enfadarse señal no dió ninguno.

Ví por hambre en vacío usar los dientes
Á Ubaldin de la Pila [8], á Bonifacio [9],
Que empachó con la mitra á tantas gentes.

Y al marqués [10] ví que en Forli tanto espacio
Gastó en beber, que hoy purga en abstinencia
Lo que allá de licor no se vió sacio.

Mas como el que examina, y preferencia
Da á alguno luégo, preferí el de Luca,
Que de hablarme mostraba su impaciencia.

Y un murmujear de no sé qué Gentuca
Se le oia salir por dó la llaga [11]
Con que le hiere Dios más le encaduca.

—Alma (le dije), á quien hablarme halaga
Segun leo en tu faz; habla en seguida,
Y que tu hablar á entrambos satisfaga.—

—Vive mujer de venda aún no ceñida
(Él comenzó), que hará juzgues placiente
Mi ciudad por algunos deprimida [12].

Esta mi prediccion fija en tu mente,
Que hallarás en los hechos su evidencia,
Si oscuro fué mi lábio murmugiente.

Mas dí si hoy tengo á aquél en mi presencia
Que dió las nuevas rimas, comenzando:
Mujeres que de amar sabeis la ciencia [13].—

Y respondí:—Yo soy aquel que cuando
Le inspira amor, atiende y va escribiendo
Los que allá dentro aquél le va dictando.—

Y él:—Hermano, el porqué ya bien comprendo
El Notario y Guiton [14], y yo, la suma
Beldad no hallamos de decir sintiendo.

Y claro llego á ver que vuestra pluma
Copia del dictador la expresion bella,
Y que á la nuestra oscuridad la abruma;

Y bien demuestra el que se aparta de ella
Lo que dista del uno el otro estilo.—
Dice, y cuasi contento el lábio sella.

Cual las aves que invernan hácia el Nilo,
Á veces en batalla van formadas,
Y hacen luégo más ráudas largo un hilo,

Así las que allí son almas penadas,
Vuélvense y parten en veloz maniobra,
Por gusto ó por magrez aligeradas.

Y como el laso por andar de sobra
Ir deja á los demás, y él queda inerte
Hasta que el pecho el alentar recobra,

Así dejó pasar la escuadra fuerte
Forése, y junto á mí trás ellos iba,
Diciendo:—¿Y cuándo volveré yo á verte?—

—No sé (repuse) lo que el cuerpo viva:
Mas no mi vuelta ocurrirá tan presto,
Que ántes no quiera hollar la baja riba [15].

Porque el lugar donde á vivir fuí puesto
Se descarna del bien y al mal se lanza,
Y ya toca á su término funesto.—

Y él:—Deja; que al autor de tal andanza [16]
Miro á la cola del corcel, llevado
Hácia la valle dó el perdon no alcanza [17].

Y el bruto, cada vez más desbocado,
Va creciendo en ardor, hasta que suelta
El sangriento cádáver destrozado.

No por mucho esos globos darán vuelta [18]
(Y miró al cielo) sin que veas claro
Lo que dice mi voz en sombra envuelta [19].

Quédate, pues, adios, que mucho es caro
El tiempo á nós para que así le agote,
Yendo á la par contigo sin reparo. —

Cual suele acontecer que sale al trote
De la formada escuadra un caballero
Por ganar el honor del primer bote;

De nosotros así, y aún más ligero,
Partió Forése; y yo quedé en la vía
Con los dos del Parnaso honor primero [20].

Y cuando ya á distancia le veia,
Con los ojos siguiendo su carrera,
Y sus palabras con la mente mia,

Con los ramos me hallé de otra pomera,
Llenos de rica pompa, y ya cercanos,
Porque giraba entónces la ladera [21].

Y á muchos ví debajo alzar las manos,
Y algo exclamar hácia dó el fruto abulta,
Cual rapaces que lanzan gritos vanos,

Cuando el ansiado objeto hermana adulta
Para aguzar su vívido apetito
Le sube cada vez, mas no le oculta.

Y el grupo de pedir marchóse ahito;
Y al gran tronco llegamos prontamente,
Que rechaza clamor, ruego infinito.

Pasad : no os detengais ni alceis la frente:
El árbol está arriba, pasto de Eva ,
Y esta planta brotó de su simiente.

Así desde el follaje una voz nueva
Pronunciaba , y los tres juntos, estrechos,
Íbamos cabe el lado que se eleva.

Recordad bien (decia) *á los malfechos*
Abortos de la nube que arriesgaron
Á Teseo oponer los dobles pechos [22].

Y á los hebreos que á beber se echaron
Y Gedeon no quiso en sus legiones
Que desde Arad contra Median bajaron [23].

Así al pié de los altos paredones,
Pasamos , casos de la gula oyendo,
Á que siguieron penas y aflicciones.

Y al camino expedito al fin saliendo,
Cuando más de mil pasos se adelanta
Nuestra terna en silencio discurriendo ,

Gritó una voz: *¿Qué os lleva en calma tanta,*
Pensando así á los tres? Yo sacudíme,
Como bestia en reposo que se espanta.

Y á ver quién era en atencion pusime;
Y no vidrio en la fragua tal corusca,
Ni es tan rojo metal que en ella gime,

Cual uno, que así hablando, nos ofusca:
Subid, si os place: tuerce aquí la vía
Que conduce á la paz al que la busca.

Su faz mis ojos deslumbrado habia;
Y me volví, por tanto, á mis doctores,
Como quien del oir sólo se guía.

Y como, nunciatriz de los albores,
Sopla el áura de Mayo, del paseo
De la yerba impregnada y de las flores,

En medio de mi frente así el meneo
Sentí de un viento cuya blanda pluma
Ambrosía exhalaba en dulce oreo [24].

Y oí: *Feliz el que la gracia suma*
Así en el pecho siente, que del gusto
Y el vapor que despide no se ahuma,
Y su apetito arregla á lo que es justo.

CANTO XXV.

Por la estrecha vía que del sexto cerco conduce al sétimo y último, pregunta DANTE á su maestro cómo puede ser que se enflaquezca tanto en un lugar en donde no hay necesidad de alimento natural. Virgilio le responde sin satisfacer bien su curiosidad, y él se dirige entónces á Estacio, el cual le explica la generacion del cuerpo humano, la infusion del alma en el mismo, y el modo de existir de ésta despues de la muerte de aquél. Llegados al cerco, le hallan todo cubierto de llamas, á excepcion del borde externo; y ven moverse en medio de aquel fuego á las almas, cantando un himno, y citando célebres ejemplos de castidad.

Urgia ya el subir: del dia el coche [1]
Dejaba el meridiano, y le cedia
Á Tauro el sol, al Escorpion la noche.

Así nosotros, como aquel que guía
La planta á su destino, y no le apura
Ni menester ni obstáculo en la vía,

Un otras otro entramos la abertura,
Y á subir se empezó la escala ciega
Que no deja ir á dos por su estrechura.

Y como el cigüeñin que el ala juega
Á intento de volar, y no se atreve
El nido á abandonar, y en él la plega,

Yo así con ánsia viva, muerta en breve [2],
De preguntar hasta la accion llegaba
Que suele hacer el que á decir se mueve.

Y el padre mio, aunque veloz marchaba,
Me dijo:—Del hablar sacude el arco
Que has recogido hasta dó el fierro acaba [3].—

Aquí la accion completo que ántes marco,
Y exclamo:—¿Y cómo enflaquecer se puede
Dó no es preciso ni el comer más parco?—

Y él:—Recuerda á Melagro [4], en quien sucede
Que al par del tizo su vivir se apaga;
Y el tenaz resistir verás que cede.

Y tu duda tal vez se satisfaga
Al pensar que, segun tu cuerpo ondea,
En el espejo así tu imágen vaga.

Mas porque llegue á conviccion tu idea,
Á Estacio, aquí presente, invito y ruego
Que á tu enferma razon médico sea.—

Y él:—Si la escena eterna le desplego,
Sírvame de disculpa en este trance
Que yo á mandatos tuyos nada niego.—

Y prosiguió:—Si la palabra mia
Escuchas, hijo, y guardas cual se debe,
Ella tu mente alumbrará sombría.

Lo puro de la sangre [5] que no bebe
De las venas la sed, queda sobrante,
Como de mesa opípara relieve.

Toma en el corazon virtud creante
De humanos miembros, cual la tiene aquella
Que por las venas corre fecundante.

Y aún más pura, dó el lábio el pudor sella
Baja, y en otra sangre luégo cae,
Y ocupa el vaso natural con ella.

Y allí comun impulso las atrae,
Y una es paciente y otra genitora,
Por el lugar de que su orígen trae;

Y obrando juntas se coagula ahora,
Y el formado embrion luégo se aviva
Con la eficaz esencia animadora;

Y, alma creada, su virtud activa
Es de la una planta diferente,
En que aquélla va á ser, y ésta es ya viva.

Luégo es tan presta, que se mueve y siente
Como seta marina, y se apresura
La potencia á entramar de que es simiente.

La virtud corre aquí por más anchura,
Hijo, del corazon del generante
De do á todos los miembros va natura.

Mas como de animal se hace pensante,
Aún ver no puedes tú; que éste es asunto
Que á engañar al más sábio[6] fué bastante.

El posible intelecto aquel disyunto
Del ánima creyó, porque no vido
Que fuera en vuestro cuerpo órgano á punto.

Á la verdad que viene, ora el sentido
Atento pon, y sabe que tan cedo
Como el cerebro al feto ha enriquecido,

El motor primo le contempla ledo,
Y en obra tanta gózase, y le inspira
Espirtu nuevo, á celestial remedo,

Que cuanto halla de activo hácia sí tira,
Y una alma sola con su esencia forma,
Y dentro de sí vive, siente y gira.

Y porque á mi decir encuentres norma,
Mira cómo el calor del sol en vino,
De la vid con el jugo se trasforma[7].

Cuando consume Láquesis[8] el lino,
Suelta el alma la carne, y en potencia
Ya lleva en sí lo humano y lo divino.

Y, todo otro sentido en soñolencia,
Sienten de accion y vida mayor goce
Memoria, voluntad é inteligencia.

Y el alma á un puerto de ambos [9] va veloce,
De propia y rara voluntad movida,
Y el sitio que le toca en él conoce.

Y así que allí de ambiente es circuida,
La virtud formadora le hace en torno
Forma y tamaño como tuvo en vida.

Y como el aire en húmedo contorno,
Por el rayo del sol que en él refleja,
Del íris pinta el matizado adorno,

Á el alma así su cuerpo le asemeja
El aire que la envuelve circunstante,
É impreso todo en su vapor le deja.

Y despues á la llama semejante
Que el moverse del fuego sigue lista,
Sigue la forma nueva á el alma errante.

Y porque la apariencia humana aquista,
Sombra se llama, y se organiza luégo
Todo sentido en ella, hasta la vista.

Así hablamos, reimos y así el ruego
Formamos, y el clamor, suspiro y llanto
Que del monte turbar viste el sosiego.

Segun nos mueve afan, placer, quebranto
Ú otro pesar, la sombra los figura:
Vé aquí por lo que asombro hubiste tanto.—

Llegado en esto á la última tortura,
Éramos ya, volviendo á la derecha,
Donde de otra atencion la mente cura.

Allí el borde elevado llamas echa,
Y un gran viento del otro las da atajo,
Y de sí con su soplo las desecha.

Íbamos, pues, de á uno, con trabajo,
Al lado escueto; y yo, temiendo el fuego
De aquella parte, y de ésta el irme abajo.

Y mi guarda decia: — Dá sosiego
Á los ojos y enfrénalos cuidoso,
Que en un punto está aquí perderse el juego.—

Summæ Deus clementiæ [10], en lo copioso
Del fuego escuché entonce estar cantando,
Y me volví á mirarle presuroso.

Y ví en la llama espíritus andando;
Y así mis ojos iban y tornaban,
Entre ellos y mis pasos alternando [11].

Y *non cognosco virum* [12], pronunciaban
Cerca del fin del himno, á grito lleno,
Y otra vez por lo bajo le empezaban.

Y acabado, tambien gritaban: *Bueno*
Á Diana fué el bosque, y dél lanzada
Elice [13] *que de amor bebió el veneno.*

Y vuelve el canto, y vuelve la gritada
Con ejemplos de esposos que á himeneo
Guardaron castos la lealtad jurada.

Y esa es la pena sola, á lo que creo,
Que á esas almas ardiendo martiriza;
Y que de tales medios al empleo
Su llaga mundanal se cicatriza.

CANTO XXVI.

Los que se embrutecieron en las obscenidades, purgan el torpe ardor girando alrededor del monte entre las llamas, en dos escuadras opuestas. Habla DANTE con Guido Guinicelli, y luégo con el célebre poeta provenzal Arnaldo Danielo.

Al marchar por el borde así en hilera,
Me advertia mi guarda del barranco
Á menudo el peligro y de la hoguera.

El sol me daba sobre el diestro flanco,
Y alumbraba ya todo el Occidente,
El celeste color cambiando en blanco.

Y yo hacía tornarse más rubente
Con mi sombra la llama, en cuyo indicio
Ví á muchos al andar poner la mente.

Aquel motivo entre ellos fué propicio
Á hablar de mí y decir: *Ese en su juego*
No parece en verdad cuerpo ficticio.

Y cuando á mí venir pudieron luégo,
Se acercaron, atentos siempre al caso
De no salirse del purgante fuego.

—¡Oh tú que más que por el tardo paso,
Quizá postrero vas por cortesía,
Respóndeme, que en fuego y sed me abraso!

Ni será tu respuesta solo mia:
Que más sed de escucharla tienen éstos
Que el Indio y el Etiope de agua fria:

Dínos por qué los rayos interpuestos
Así tapas del sol, cual si la muerte
No helado hubiera tus mortales restos.—

Uno de ellos hablóme de esta suerte:
Y al responderle, objeto repentino
De extraña novedad mi vista advierte:

Que por medio del férvido camino
Gente avanzaba á la encontrada de esta,
Que toda mi atencion á llenar vino.

Allí ví de ambas partes correr presta
Cada sombra y besarse de una á una,
Y alegres irse de tan corta fiesta.

Así en las filas de la escuadra bruna
Va con otra á hocicarse cada hormiga,
Por saberle el camino y la fortuna.

Y no bien la salud se dan amiga,
Y ántes de que su pié de nuevo corra,
La multitud gritando se fatiga:

Vé á Sodoma (los nuevos) *y á Gomorra;*
Y los otros: *Pasife entra en la vaca*
Porque el novillo á su lujuria acorra.

Y cual grullas despues, que á la cosaca
Rife [1] van unas y otras á Cirene [2],
Dó fuerzas pierde el sol ó dó las saca,

La una banda se va, la otra se viene,
Todos volviendo al canto suspirantes,
Y al grito que á sus culpas más conviene.

Y á mí se aproximaron como de ántes
Los que habíanme atónitos rogado,
La atencion retratada en sus semblantes.

Yo, que dos veces ví su afan sobrado,
Así empecé: —¡Oh espíritus seguros
De subir cuando os toque á dulce estado!

No quedan juveniles ni maduros
Allá los miembros mios, que conmigo
Van con su blanda linfa y huesos duros.

Por aquí en busca voy de luz y abrigo:
Mujer arriba alcánzame la gracia
De entrar viviente en vuestro reino amigo.

Mas así la impaciencia quede sácia
Que os turbe más, y el cielo os vivifique
Dó mayor plenitud de amor se espácia [3],

Decid, porque lo sepa yo y explique,
Quiénes sois, y cuál es la otra cuadrilla
Que gira contrapuesta el ígneo dique [4].—

Como idiota se asombra y maravilla
El montañés, y mira y enmudece
Cuando salvaje y rudo entra en la villa,

Cada sombra en su gesto así parece:
Mas cuando al cabo su estupor se aplaca,
Lo que en pechos de pró breve acaece,

El que ántes me habló, dijo con voz flaca:
—Feliz quien, como tú, de este paseo
Para mejor vivir ejemplos saca.

Los de adelante el vicio hubieron feo
Porque el que César triunfador en Roma
Se oyó *reina* llamar en vil voceo [5].

Por eso, cual oiste, de Sodoma
Para castigo suyo dan el grito,
Y el fuego y la venganza al par los doma.

Nuestro pecado ha sido hermafrodito;
Y porque ejemplo fuimos de inmodestia,
Como brutos siguiendo el apetito,

Al marchar, por oprobio y con molestia,
Nos dan que el nombre de la atroz se aclame
Que en la armazon bestial mudóse en bestia.

Ya sabes nuestra culpa y vicio infame:
Ora, si nombres conocer ansías,
Ni yo los sé, ni espacio el tiempo dame [6]:

Mas darte sí podré noticias mias.
Soy Guido Guinicelli [7]: aquí me purgo
Por bien dolerme al acabar mis dias.—

Cual surgieron la insania de Licurgo
Á suspender los hijos de Isipíle [8],
Así hice yo, si bien no á tanto surgo [9],

Cuando á sí propio nominarse oíle,
Al que por padre mio y de otros tuve
De cuya voz más dulce amor destile [10].

Y sin oir ni hablar, absorto estuve,
Viéndole largo tiempo pensativo;
Que me impide avanzar la ardiente nube.

Cuando apagué de verle el ardor vivo,
Pronto ofrecíme todo á su deseo,
Y por más prueba lo juré expresivo.

Y él:—Ese afecto, que en tus actos veo,
Rastro en mi corazon deja tan claro,
Que no á borrarle bastará el Leteo.

Mas si verdad juró tu lábio claro,
Nárrame la ocasion por que demuestras,
Con así hablarme y verme, amor tan raro.—

Y yo á él:—Por las dulces rimas vuestras,
Que, miéntras viva el grato uso moderno,
De belleza serán insignes muestras [11].—

Y él: — Hermano, esa sombra que discierno
(Y una del dedo me mostró al alcance)
Fué mejor fabro del hablar materno [12].

En verso dulce y prosas de romance
Superó á todos: tú á los necios deja
Creer que en gloria el Lemosí le avance [13].

En lo que oyen no más ponen la oreja,
Y sus juicios así forman ambíguos,
Y ni arte ni razon les aconseja.

Con Guitón así hicieron los antiguos,
Dándole con su charla nombre egrégio,
Y hoy la verdad sus lauros muestra exíguos

Ora si tanto gozas privilegio
Que puedas ir al cláustro soberano
Dó Cristo es la cabeza del colegio,

Díle por mí de un Padre nuestro, hermano,
Hasta dó en este sitio nos alcanza
En que el pecar no está ya en nuestra mano [14].

Despues, por dar lugar á otro que avanza
Allí á su lado, se metió en el fuego,
Como al fondo en el agua el pez se lanza.

Y al que surgia adelantéme luégo,
Tratando que en mis dichos y actos mire
Que con afan de conocerle llego;

Y este acento escuché que amor le inspire[15]:
—*Tan m' abbelis votre cortois deman*,
Ch' eu non puous nim vull á vos cobrire.

Jeu suis Arnalt, che plor é vai cantan :
Contrist veu la pasada folor,
Et veu joios lo joi ch' esper deman.

Ara vous preu per achella valor,
Che us guia al som sens freich é sens calina,
Sovegna vous atemprar ma dolor.—
Dijo, y se echó en el fuego que le afina.

CANTO XXVII.

El ángel que guarda el paso advierte á los Poetas que para seguir adelante tienen que entrar en las llamas. Túrbase DANTE al oirlo, y titubea, hasta que le decide Virgilio, que le anima y conforta. Introducidos ya en el cóncavo de la escalera, les coge la noche, y DANTE se duerme y tiene una vision. Despierto luégo, con la luz del dia llega al Paraiso terrenal, donde Virgilio le dice que él ya ha cumplido su mision, y que le deja dueño de sus acciones.

Como cuando su luz primera vibra [1]
Dó vertió su hacedor la sangre pura,
Y entra el Ebro en la mar, bajo de Libra,

Ó de Balanza el Ganges só la altura,
Era así el sol; con que espiraba el dia,
Cuando del ángel vimos la figura.

Fuera del fuego estaba, y repetia
Beati mundo corde [2], con sonido
Más rico asáz que el nuestro de armonía.

Luégo: *No hay paso ya, si á lo encendido*
No penetrais: entrad, ánimas santas,
Y á los cantos de allá prestad oido.

Dijo, al vernos ya cerca de sus plantas;
Con que angustias pasé, que el desdichado
Que van vivo á enterrar no sufrió tantas.

Y alcé las manos juntas de asombrado,
Y miré al fuego con memoria fuerte
De cómo el cuerpo á muchos ví quemado.

Su amparo el par custodio[3] aquí me advierte,
Y Marón: —Hijo caro, en esta vía
Tormento puede haber, mas nunca muerte.

Recuerda bien, recuerda [4], si otro dia
Sobre aquel Gerion [5] pude salvarte,
Hoy, más cerca de Dios, ¿qué no podria?

Créeme: si en la más viva y honda parte
De esta hoguera estuvieses cien mil años,
Ni en un pelo llegáras á encalvarte.

Y si piensas te animo con engaños,
Anda y toca tú mismo la evidencia,
Poniendo allí la punta de tus paños.

Ea, deja el temor (con insistencia
Me repetia), avanza, vé seguro...—
Y yo quieto, y en lid con la conciencia.

Cuando me vió tan obstinado y duro:
—Pues sábelo (exclamó, sintiendo enojos);
No hay entre tí y Beatriz más que ese muro.—

Como al nombre de Tisbe abrió los ojos
Píramo, y la miró ya falleciente.
Cuando el moral sus frutos mudó en rojos [6],

Así, domado el resistir vehemente,
Volvíme al sábio, al nombre aquel querido
Que manándome está siempre en la mente;

Y él me dijo en irónico sentido:
—¿Conque te quedas?—Y rióme el gesto
Que se hace al niño por el don vencido.

Aquí al fuego el primero echóse presto,
Rogando á Estacio que tras mí siguiera,
Que há tiempo entre los dos iba interpuesto.

Cuando fuí dentro, echádome yo hubiera
En ardiente cristal por refrescarme:
¡Tanto allí sin medida el volcan era!

Y aquel padre de amor, por confortarme,
En mi camino de Beatriz me hablaba,
Diciendo que su faz ya iba á mostrarme.

Voz guiándonos iba que cantaba,
Á la que, atentos cual sumisa grey,
Salimos fuera y dó la escala estaba.

Venite, benedicti patris mei [7],
De entre un foco sonó que resplandece
Tal, que abatió mi vista su alta ley.

El sol se va: la noche ya aparece
(Prosiguió); *no os pareis, doblad el paso,*
Miéntras no el Occidente se ennegrece.

Recto iba el corte del peñasco, y raso
Hácia donde á mi frente yo cortaba
El reflejo del sol, que era ya escaso.

Y cuando dél muy poco se trepaba,
Los tres notamos, por mi sombra extinta,
Que el sol tras de nosotros se acostaba.

Y ántes que lo que aún es parte distinta
Fuese conjunto de tinieblas hecho,
Y extendiese la noche igual su tinta,

Cada cual de un peldaño se hizo lecho,
Porque la ley del monte no se presta
Al proseguir como el querer del pecho.

Cual las cabras que á risco y alta cresta
Van, no pastadas en arisco alarde,
Y tranquilas y mansas, por la siesta,

Yacen rumiando cuando el sol más arde,
Guardadas del pastor que el cuerpo inclina
En el baston con que las rija y guarde;

Cual vaquero que en vida campesina
Quieto junto á su grey pernocta bruta,
Porque no la disperse res dañina,

Así éramos los tres en nuestra ruta,
Yo cual rumiante, y ellos cual pastores
En la estrechez tendidos de la gruta.

Poco se ven de allí los exteriores:
Más yo por ese poco las estrellas
Vía lucir más claras y mayores.

Así rumiando y contemplando en ellas,
Cogióme el sueño : el sueño que frecuente
Suele trazar del porvenir las huellas.

Á la hora, yo creo, que de Oriente
Su débil primer luz al monte envia
Vénus, de amor fogoso siempre ardiente [8],

Jóven hermana ver me parecia,
Que iba flores cogiendo por la banda
De un jardin, y cantando así decia:

—Sepa el curioso que quien soy demanda,
Que soy Lía [9], y con arte voy moviendo
Mis dedos por tejerme una guirlanda.

Aquí al espejo adórnome riendo :
Mas mi hermana Raquel [10] no se conforma
Si eternamente en él no se está viendo.

Harta nunca se vé de ver su forma,
Como yo de adornarme con mis manos :
Si ella el ver, yo el obrar tengo por norma.—

Del alba los crepúsculos tempranos
Dulces al peregrino que los techos
Ya ve del pátrio hogar ménos lejanos,

Despejaban del cielo largos trechos
Y mi sueño tambien, y en pié pusíme,
Viendo á mis altos guías ya derechos.

—La dulce poma [11] porque tanto gime
El codicioso afan de los mortales,
Hoy va á saciar el hambre que te oprime.—

Estas palabras, ó en el fondo iguales,
Me habló Marón, y estrenas ó adehalas,
Deleites nunca me causaron tales.

Y de ya verme en las divinas salas
Tal se dobló mi afan, que á cada huella
Sentia por volar crecer las alas.

Cuando vencida fué la escala aquella,
Y el escalon pisábamos superno,
Virgilio en mí su vista puso bella,

Diciendo: — El fuego temporal y eterno,
Hijo, ya viste, y has llegado á parte
Dó por mí solo yo nada discierno.

Con ingenio hasta aquí pude guiarte:
Ora por tu albedrío te conduce:
Ya aspereza y fragor no han de cansarte:

Mira allí el sol que frente á tí reluce:
Las flores, yerbas y árboles aquellos
Que voluntario el suelo aquí produce.

Miéntras que alegres llegan ojos bellos
Que á tí venir me hicieron con su lloro [12],
Sentarte puedes, y pasearte entre ellos.

Ya no oirás que te aviso ó que te exploro:
Sano es tu juicio, libre tu persona [13],
Y harás mal en no usar de tu tesoro,
Pues te doy sobre tí mitra y corona [14].—

CANTO XXVIII

Se describe el Paraiso terrenal. Recréase por algun tiempo el Poeta, hasta que encuentra un riachuelo que le impide pasar más adelante. Entónces se le aparece una mujer prodigiosamente bella, que le explica las circunstancias del lugar y le desvanece ciertas dudas.

Por todas partes de buscar ansioso
Del divino verjel la verde gala
Que templa al nuevo dia el brillo hermoso,

Con impaciencia que á mi gozo iguala
Entré del prado á hollar con paso lento
Suelo que aromas por do quiera exhala.

Cual sopla de Favonio el manso aliento,
Mi frente orea y por mi faz desciende
Un siempre igual, ligero, dulce viento

Que hace sonar las hojas por do hiende,
Y los ramos menea hácia la parte
Dó su primera sombra el monte extiende [1],

Si bien no tan del tronco los departe
Que allá á los pajarillos en la copa
Turbe en el uso de su genio y arte;

Que á la primera luz la alegre tropa
Saluda al dia en la hojarasca amena
Que mueve, por bordon [2], su verde ropa.

Así de rama en rama un ruido suena
Por los pinos, de Quiaso [3] en la marina,
Cuando rompe el Siroco [4] su cadena.

Por tan adentro, en esto, á la divina
Selva llevóme el lento paso mio,
Que ya por dónde entré ¿quién adivina?

Y entónces vino á detenerme un rio
Que á siniestra en suavísima corriente
Salpicando iba el césped de rocío.

La onda viva de acá más trasparente
Fuera turbia con esta, que ninguna
Imágen cela en su cristal luciente;

Aunque á todas las horas corre bruna
Á la sombra perpétua que los rayos
Entrar no deja allí de sol ni luna.

Sin traspasar de acá sus bordes gayos,
Iban del rio allá mis ojos viendo
La estirpe vária de los frescos Mayos [5],

Cuando atrajo mi vista, apareciendo
Cual cosa que la mente deja esclava
De admiracion, las otras excluyendo,

Solita una mujer [6], que suelta andaba
Cantando y escogiendo entre mil flores
De que el suelo á su paso se esmaltaba.

—Bella vírgen, que ardiendo estás de amores,
Si no engaña la ley de los semblantes,
Que suelen ser del alma relatores:

Por favor (exclamé), que te adelantes
Con planta bondadosa hácia esta orilla,
Porque llegue á mi oido lo que cantes.

Tú á Proserpina acuérdasme sencilla
Cuando su madre en flor la perdió á ella,
Y ella á las flores y á la luz que brilla [7].

Como, unidos los piés que en tierra sella
La danzante, girando, espacio ataja,
Y no puedes seguir su rauda huella,

Volvióse así sobre la muelle faja
De roja flor y jalde y amaranto,
Cual vírgen que las castas luces baja.

Y complacióme, á mí viniendo tanto,
Que ya sus ecos escuché no flojos,
Y hasta entendí la letra de su canto.

Y cuando fué dó perlas por despojos
Da el arroyo á la yerba en la penumbra,
Hízome el don de levantar los ojos.

No pienso que fulgor tan grande alumbra
Las pupilas de Vénus, al herilla
Cupido, sin querer, cual no acostumbra [8].

Ella de pié riendo en la otra orilla
Las flores concertaba, en bello avío,
Que la alta tierra lanza sin semilla.

Tres pasos apartábanos el rio:
Mas nunca donde ejemplo el Helesponto
Dió Jérjes [9], del humano desvarío,

Leandro se afanó con el remonto
Desde Ávidos á Sesto [10], cual me afana
Ver que entónces aquél no se abre pronto.

—Mi risa (ella empezó) tal vez temprana,
Pues nuevos sois en este sitio, electo
Para ser nido de la estirpe humana,

De asombro os causa y de sospecha efecto.
Pero que el salmo *Delectasti* [12] baste
De su niebla á limpiar vuestro intelecto.

Y tú, que estás enfrente y me rogaste,
Pregunta á tu placer, pues vine presta
Del metal de tu juicio á ser contraste.—

—El agua y ruido que oigo en la floresta
Mi mente (dije) conciliar no puede
Con ciencia que aprendí del todo opuesta [13].—

Y ella : — Te explicaré cómo procede
De tu razon lo que tu asombro hoy hace,
Porque tu nudo así se desenrede.

El Sumo Bien, que sólo en sí se place,
Bueno hizo al hombre, y de mejor estado
Dióle este sitio en promision verace;

Si poco moró en él, por su pecado [14],
Su pecado, que en lloro y en tormento
Cambió la honesta risa, el dulce agrado.

Así, porque al moverse en su hondo asiento
Los vapores del agua y de la tierra,
Que buscan siempre al férvido elemento,

No diesen al mortal ninguna guerra,
Tanto este monte con el cielo embiste,
Que es de ellos libre el ámbito que encierra.

Y porque en torno al suelo en que naciste [15]
De la primer esfera, si no es rota
Por algun punto, es donde el aire existe,

En esta altura, que en el éter flota,
Hace en la selva un son, como estás viendo,
Cuando lo espeso del ramaje azota;

Y el árbol, sacudido, va sintiendo,
Y de su ser vital el aire abasta,
Y el aire, en su girar, lo va esparciendo.

Y la otra tierra [16], segun fina ó basta
Por su clima ó por sí, concibe y crea
Frutos, por vária ley, de vária casta.

Esto sentado, concebir tu idea
Puede que, sin simiente ni otra guía,
Allí una planta aparecer se vea.

Y sabe que esta santa y dulce umbría
Llena está toda de semilla y grana,
Y dá fruto que aquella nunca cria.

La agua que vés de surtidor no mana,
Que algun vapor de tierra ó cielo vierte
Cual rio que caudal ó pierde ó gana;

Que sale de una fuente inmoble y cierta
Que del querer del Alto se atesora,
Y corre por dos partes descubierta.

Una, virtud contiene bienhechora
Que nos quita el recuerdo del pecado:
Otra, del bien que hicimos nos memora.

Letes [17] es la que corre de este lado:
Eunóe la de aquel; y obrar no puede
La una, si la otra no has probado;

Y de ambas el sabor á todo excede.
Ora, si bien tu sed ya juzgo sácia,
Por más que de explicarte mucho quede,

Un corolario te daré por gracia;
Que, aunque tus dudas ya se disiparon,
No sentirás si aún mi decir se espacia.

Tal vèz los que de antiguo poetizaron
Del siglo de oro y su vivir riente,
En su Parnaso este jardin soñaron.

Aquí el padre del hombre fué inocente;
Aquí es Abril y el fruto duradero;
Aquí es el néctar de que habló la gente.—

Atrás entónces me volví ligero
Á mis vates; y ví que con sonrisa
Oido habian el decir postrero.
Yo á la jóven despues tornéme aprisa.

CANTO XXIX.

Miéntras el Poeta camina á lo largo del rio, siguiendo al mismo paso de la jóven que va por la orilla opuesta, ella le advierte que observe con cuidado. Entónces aparece súbitamente un resplandor que atraviesa la selva, y se oye una dulce melodía, á la cual sigue un espectáculo lleno de maravilla y de misterio profundo.

Aquella, cuyo rostro amor retrata,
Así acabó, diciendo dulcemente:
Beati quorum tecta sunt peccata [1].

Y cual las ninfas que iban sueltamente
Por los boscajes rústicos buscando,
Ésta la sombra, aquélla el sol luciente,

Movióse entónces contra el rio andando,
Y yo al par de ella por la orilla ondeante,
Mi paso al breve suyo acomodando.

Y de ella un centenar no era distante,
Cuando, los bordes dando vuelta mucha,
De pronto me encontré cara á Levante.

Y aún poco anduve así, y en dulce lucha,
Y ya á mí se volvió quien la excitaba,
Diciendo: — Hermano mio, ve y escucha. —

Y ve aquí que un fulgor se derramaba
De todas partes por la gran foresta:
Que pensé que tal vez relampagueaba.

Mas como el lampo es luz que acaba presta,
Y estable aquélla cada vez crecia,
Clamaba en mi interior: ¿qué cosa es ésta?

Y vagaba una dulce melodía
Por el aire de luz; con que, en mi celo,
De Eva fatal maldije la osadía [2].

Pues donde la servian tierra y cielo,
Mujer sola, formada tan reciente,
Romper á todo arcano quiso el velo

Ante el cual, si mostrárase obediente,
De esta mansion gozára las caricias
Yo á mi nacer, y luégo largamente.

Miéntras del gozo eterno las primicias
Iba así contemplando embebecido,
Y en deseo mayor de aún más delicias,

Mostróse ante nosotros, encendido
De hoguera á modo, el aire entre los ramos,
Y escuché el son, ya en canto convertido.

¡Musas! Si por vosotras soportamos
Frios, vigilia, sed, males diversos,
Vuestra deuda pagad, hoy os buscamos.

Vierta Helicona sus cristales tersos;
Abra Urania sus globos de diamantes,
Porque mi alto pensar explique en versos.

El largo espacio á que éramos distantes
Aparecer á nuestra vista hacía
Cual siete árboles de oro relumbrantes.

Mas cuando tanta fué mi cercanía
Que el engañoso objeto que me afana
Nada por la distancia ya perdia;

Aquel discurso que del juicio emana [3]
Hízome ver que candelabros eran,
Y el cantar de las voces era *Hosana*.

Los preciosos adornos reverberan
Más que rayos de luna que al sereno
De media noche al medio mes lucieran.

Yo me volví, de asombro henchido el seno,
Á Marón; y él con muestras no dudosas,
De admiracion tambien se mostró lleno.

Luégo torné á mirar las altas cosas
Que hácia nós se movian, mas tan lasas,
Que no más lentas van nuevas esposas [4].

La jóven me gritó : —¿Por qué te abrasas
En el anhelo así de la luz pura,
Y por lo que hay detrás los ojos pasas?—.

Entonces ví que como en guarda y cura
Gente cerca vestida iba de blanco,
Cual jamás en el mundo fué blancura.

Brillaba á la siniestra el agua un tranco,
Y cual espejo fiel me devolvia,
Al verme en su cristal, mi izquierdo flanco,

Cuando me ví desde la márgen mia
Sólo el ancho del rio estar distante,
Paréme por si ver mejor podia.

Y cada antorcha ví marchar delante,
Tras sí dejando el aire colorido,
Y á manera de flámula flotante.

Con lo que en siete líneas bien distinto
El color era de las tintas solas
Que el arco son del sol, de Delia [5] el cinto.

Llegaban hácia atrás las banderolas
Más que mi vista; y á mi ver, lejanos
Iban diez pasos la cabeza y colas [6].

Adornando su sien lirios tempranos,
Al fulgor de esos vivos rosicleres,
De á dos venian veinte y cuatro ancianos [7].

Todos cantando van : *¡Bendita tú eres;*
Bendita eternamente tu hermosura:
Tú, bendita entre todas las mujeres!

Cuando las frescas flores y verdura
De la orilla de enfrente, de la huella
Quedaron libres de la escuadra pura,

Cual sucede en el cielo estrella á estrella,
Cuatro animales luégo aparecian
Con corona de verdes hojas bella.

Á cada cual seis alas le salian
Con ojos en las plumas, que los de Argos
No brillaron mejor cuando vivian.

No en describir su forma harásme cargos;
Que otro asunto, lector, mi voz reclama,
Y éste no há menester ecos más largos.

Lee á Ezequiel, que al relatar se inflama
Cómo los vió de la region del frio
Venir con nubes y con viento y llama.

Eran cual ellos los del canto mio;
Salvo que en las seis alas no conviene,
Y yo con Juan en esto me desvío [8].

Al centro de los cuatro se contiene
Carroza con dos ruedas, que arrastraba
Un Grifo que del cuello uncido viene.

El cual del centro á cada lado alzaba
Un ala, y las demás entre las listas,
Ígneas; con que su lumbre no tapaba.

Ellas subian ya que no eran vistas:
Sus formas como de águila, eran de oro,
Y blancas las demás, de rojo mixtas.

Nunca en Roma de carro tal tesoro
Lucir pudieron Escipion ni Augusto;
Ni áun el del sol le viera sin desdoro:

Aquel de dó Faeton cayó combusto,
De la tierra á las preces lastimeras,
Cuando fué Jove en sus arcanos justo [9].

Tres mujeres danzando van ligeras
Á la derecha rueda: una es tan roja,
Que entre el fuego su faz no distinguieras:

Otra el fulgor de la esmeralda arroja,
Do quiera verde; y la postrera luce
Cual nieve que en altura eterna aloja.

Y la blanca ó bermeja la conduce;
Y el aire de su danza, al canto de ésta,
Más rápido ó más lento se produce.

Á la izquierda otras cuatro van de fiesta,
De púrpura vestidas; y ante el grupo
Una va con tres ojos en la testa.

Tras la gran procesion de que me ocupo,
Dos viejos vide, á quien no igual ropaje,
Sí igual aspecto y majestad les cupo.

Parece uno discípulo, en el traje,
De Hipócrates insigne, á quien natura
Dió que á los hombres alargára el viaje.

Tener mostraba el otro opuesta cura,
Con una espada de potente juego [10],
Que hasta del rio acá me dió pavura.

Ví á cuatro en humildoso aspecto luégo,
Y tras todos ví á un viejo solo, erguido,
Venir durmiendo, con mirar de fuego.

Y uniformes los siete en el vestido
Iban con los primeros. mas no iba
Su cabello de blanca lís ceñido;

Mas de rosas y flor roja tan viva,
Que se afirmára á trecho conveniente,
Que ardian todos de la ceja arriba.

Y cuando el carro estuvo de mí al frente,
Sonó un trueno; y el paso por más señas
Á acortar empezó la electa gente;
Y paráronse allí tropa y enseñas.

———

CANTO XXX.

Muéstrase Beatriz entre las festivas aclamaciones y honores de los ángeles. Virgilio ha desaparecido, y Dante prorumpe en llanto. La divina mujer se vuelve á él, se le descubre y le reprende acerbamente por su infidelidad y olvido: con lo que el Poeta queda tan perturbado y confuso, que los mismos ángeles le tienen compasion. Beatriz no se contiene por eso, y para mortificarlo más le manifiesta su ingratitud y sus tristes extravíos.

Cuando ya el Setentrion del primer cielo [1]
Que nunca oriente conoció ni ocaso,
Ni niebla más que de la culpa el velo,

Y que allí á cada uno enseña el caso
De su deber, como el terrestre lo hace
Con el náuta que al puerto busca paso,

Paróse firme; aquella grey verace
De los que entre él y el Grifo precedieron,
Volvióse al carro como á eterna pace.

Y uno, cual nuncio que los cielos dieron
Veni, sponsa, de Libano [2], cantando,
Tres veces dijo, y los demás siguieron.

Cual los beatos saldrán, al postrer bando [3],
Ligero cada cual de su caverna,
Con la voz recobrada aleluyando;

Así detrás de la eternal basterna
Respondieron, *ad vocem* tanti senis [4],
Ministros ciento de la vida eterna.

Y dicen: *Benedictus tu qui venis;*
Y flor vertiendo sobre sí y en torno,
Claman: *Manibus date lilia plenis.*

Cual del dia se mira ya al retorno,
La region oriental toda encarnada,
Y la otra suave con sereno adorno,

Y la cara del sol nacer nublada;
Con que el leve espesor de los vapores
Deja posarse en ella la mirada,

Así entre nube de fragantes flores,
Que de manos angélicas deriva,
Y caen dentro y fuera, en mil colores,

Sobre velo sutil cinta de oliva,
Mujer se me mostró [5] con verde manto,
Y traje de color de llama viva.

Y el alma mia, que por tiempo tanto
Ya no habia, temblando á su presencia,
Del estupor caido en el quebranto,

Sin hallar con los ojos la evidencia,
Por atractiva ley, de ella nacida,
De antiguo amor sintió la gran potencia.

Y cuando dió en mi vista la sabida
Alta virtud que áun en la infancia pura
Abrió en mi corazon inmensa herida,

Á izquierda me volví, con la presura
Con que el niño á la madre va amansado,
Cuando el dolor le aprieta ó la pavura,

Y díjele á Marón: —No me ha quedado
Sin temblar de mi sangre ni una gota:
Conozco el fuego del amor pasado.

Mas dejado me habia en mi derrota
Virgilio, el dulce y amoroso padre,
Aquel Virgilio á quien me dió devota.

Ni el lugar que perdió la antigua madre[6]
Pudo impedir que el rostro mio enjuto
El escaldo del lloro no taladre.—

—Dante, no así de lágrimas tributo
De Virgilio á la ausencia dés ahora:
Á otra pena mayor debes el luto.—

Como almirante que de popa á prora
Su gente excita á que valor no pierda,
Y á otras naves de allí rige y explora,

Del alto carro hácia la parte izquierda
(Cuando volvíme al son del nombre mio
Que el labio por forzoso aquí recüerda [7]),

Ví á la mujer que entre el celeste avío
Y la nube de flores se velaba,
Tender su vista á mí de allá del rio.

Y si bien el cendal que la adornaba,
De Minerva ceñido con la hoja,
Distinguir sus facciones no dejaba,

En su actitud, que aún recio enfado arroja,
Prosiguió como aquel que grave dice,
Y para el fin reserva lo que enoja:

—Mírame bien: yo soy, yo soy Beatrice:
¿Cómo el monte á subir fuiste insolente?
¿No sabes tú que el hombre aquí es felice [8]?—

Cayó mi vista en el cristal corriente:
Mas víme en él, y la arrastré á la yerba:
¡Tanta vergüenza se asomó á mi frente!

Como al hijo áun la madre, si es superba,
Causa amargor, mis lábios se amargaron
Así al sabor de su piedad acerba.

Calló, y prestos los ángeles cantaron:
Domine, in te speravi [9], en dulces sones;
Si bien del *pedes meos* no pasaron.

Cual la nieve entre pinos á montones
Por la espalda de Italia [10] se congela,
Soplada por los vientos Esclavones,

Y líquida despues se ablanda y cuela
Del africano aliento á los respiros,
Cual cera que derrite la candela;

Tal estuve sin llanto ni suspiro,
Antes del son de los que siempre cantan
De los eternos globos á los giros:

Mas cuando oí que voz por mí levantan
En salmo de piedad, como diciendo:
¿Por qué, mujer, tan dura así le espantas?

El frio que mi vida iba extinguiendo
Hízose aliento y agua, y con fatiga
Por la boca y los ojos fué saliendo.

Ella firme, siguiendo de la viga
Á la ya expresa parte, así responde
Á la voz de los ángeles amiga:

—No por vosotros, que vivís en donde
En dia eterno, en vigilánte celo,
De los siglos el ir no se os esconde,

Dar con cuidado mi respuesta anhelo,
Sino porque el que gime allá me entienda,
Y al igual de la culpa tenga el duelo.

No por celeste influjo que la senda
Señala á cada sér de su destino
Segun el astro que al nacer le atienda,

Mas por largueza del favor divino
Que en lluvia de tan altas nubes mana,
Que seguirla no es dado en su camino,

Dios quiso que éste, en su niñez temprana
Tan dócil fuera al bien, que en él se muestre
Sávia en que toda flor arraigue ufana.

Pero tanto más áspero y silvestre
Es un terreno inculto ó mal sembrado,
Cuanto es mayor su buen vigor terrestre.

Sostúvole algun tiempo mi cuidado.
Y al querer de mis ojos infantiles,
Por el recto camino fué llevado.

Mas así que tocando á los abriles
De mi segunda edad mudé de vida [11],
Él me dejó, y tomó compañas viles.

Y cuando de la carne desprendida,
Más en belleza y en virtud creciera,
Ménos grata le fuí, ménos querida.

Y por vía se fué no verdadera,
Y á imágenes de falso bien dió cara,
Que jamás promision cumplen entera

Pedí en vano que el cielo le inspirára
Que en el lecho, en mil partes diferentes,
Le amonestó, sin que leccion bastára.

Tanto cayó, que fueron ya impotentes
Todos los medios de salud más ciertos,
Ménos mostrarle á las perdidas gentes [12].

Por eso hollé la puerta de los muertos.
Y súplicas á aquel que aquí le trajo,
Llorando dirigí con lábios yertos.

Y el decreto de Dios viniera abajo [13]
Si el Lete se pasase, y su bebida
Gustase pecador, sin el trabajo
Siquiera de una lágrima vertida.—

CANTO XXXI.

Continúa Beatriz sus reconvenciones al Poeta, y le estrecha á la confesion de sus extravíos. Preparado así por tanta humillacion al mayor de los bienes, le coge Matilde y le sumerge en el rio del olvido. Entónces las cuatro Virtudes morales, bailando, le pasan el brazo sobre la cabeza y le llevan delante del carro. Despues las tres teologales le presentan á Beatriz, y ruegan á ésta que se descubra á DANTE: ella lo hace, y el Poeta queda arrobado ante su divino rostro que, depuesto el velo, se le ofrece en todo su fulgor.

—¡Oh tú que allende estás del sacro rio!—
Dirigiéndome así su hablar de punta,
Que áun de tajo fué duro al pecho mio,

En sermon prosiguió que al otro junta [1]:
—¿Digo verdad? de culpa tan sobrada
Haz confesion, responde á mi pregunta.—

Era mi inteligencia tan turbada,
Que agitóse mi voz por el deseo,
Y en mis fauces se ahogó no desligada.

Y ella esperó; y despues:—Tus ánsias veo;
Habla, dí; que tu historia miserable
Aún no ha borrado el agua del Leteo.—

La confusion, el miedo insuperable
Tan débil *sí* sacaron de mi boca,
Que sin ver, entender no fuera dable [2].

Cual ballesta que sufre tension loca
Rompe el arco y la cuerda, y con la flecha
En flojo impulso al blanco apenas toca;

Yo así estallé, y á la presion estrecha,
Rompiendo en hondo sollozar primero,
Por su paso la voz salió deshecha.

Con que ella continuó: —Por el sendero
Por donde á hallar el bien mi amor te asiste,
Fuera del cual ninguno hay verdadero,

¿Qué cadena, qué foso inmenso viste
Con que de proseguir más adelante
Del todo la esperanza así perdiste?

¿Y qué atraccion, qué halago penetrante
En los demás hallaste, sin embargo,
Que saliste á encontrarlos anhelante?—

Yo del pecho exhalé suspiro amargo,
Y así que hube la voz tras el singulto
Pronta, y con las palabras al descargo,

Llorando dije: —Con su falso bulto
Los placeres mis pasos han torcido
No bien me fué vuestro semblante oculto.—

Y ella : — No por callarla hubiera sido
Tu culpa, ó por negarla, ménos nota:
Que de tan alto Juez todo es sabido.

Pero cuando del propio lábio brota
La confesion de culpa en nuestra córte,
La espada celestial su filo embota.

Mas porque la vergüenza se te acorte
Del yerro, y otra vez resistas fuerte
Á las sirenas sin perder tu norte,

Tén el lloro, y la mente á mí convierte,
Y oirás cómo á contrario punto has ido
De á donde te debió llevar mi muerte.

Jamás arte y natura te han placido
Como los miembros bellos en que un dia
Inclusa fuí, que hoy son polvo esparcido.

Y si el sumo placer la muerte mia
Así te arrebató, ¿qué mortal cosa
Excitar ya tus gustos deberia?

Pudiste bien de la ilusion dolosa
Al primer dardo levantarte al cielo,
Tras mí, que no era ya tierra engañosa:

No debiste abatir la pluma al suelo,
Nuevo afecto al sentir por jovencilla,
Ó por otro mortal caduco anhelo.

Una y dos veces cae tierna avecilla :
Mas que caiga la ya de plumas vieja,
Por flecha, ó liga, ó red, es maravilla. —

Como el rapaz que amonestarse deja,
Y arrepentido está mudo escuchando,
Bajos los ojos, la paterna queja,

Yo estaba; y ella dijo: — Pues llorando
Muestras así tu duelo, alza la barba,
Y mayor pena sentirás mirando. —

No más resiste encina cuando escarba
Y arranca su raíz el austral viento,
Ó el que de la region sopla de Yarba [3],

Que yo el alzar el rostro al mandamiento :
Y en su decir *la barba*, y no el semblante,
Bien conocí lo amargo de su intento [4].

Y de elevar la vista en el instante,
Creí ver que las célicas criaturas
Parado habian su aspersion fragante.

Y las miradas mias, aún oscuras,
Hallaron á Beatriz vuelta á la fiera,
Que es sólo una persona en dos naturas;

Y aunque en velo, y allende la ribera,
Ví mayor su belleza que la antiga,
Que á todas las demás acá venciera [5].

Del arrepentimiento aquí la ortiga
Tal me picó, que aquello que fué causa
De apartarme más de ella, más me hostiga [6].

Y una atricion mordióme tan sin pausa,
Que caí yerto, y como entónces vime,
Lo sabe aquélla que mi estado causa.

Cuando á la vida retornar sentíme,
Ví á la jóven que de ántes hallé sola [7],
Allí junto, diciendo: — Á mí te oprime. —

Luégo me hundió en el rio hasta la gola,
Y, consigo llevándome, se iba
Leve como bajel sobre la ola.

Cuando fuí cerca de la beata riba:
Asperges me [8], se oyó tan dulcemente,
Que no sé recordarlo aunque lo escriba.

Ella, abriendo los brazos de repente,
Abrazó mi cabeza y sumergióme
Hasta hacerme tragar de la corriente.

Y me sacó; y bañado así, llevóme
Dentro la danza de las cuatro bellas [9];
Y con su brazo cada cual ciñóme.

— Somos ninfas de aquí: del cielo estrellas;
Y ántes de que Beatriz bajára al mundo,
Nos eligieron ya por sus doncellas.

Llevarémoste á ella; y el jocundo
Brillo de su mirar te harán sufrible
Las tres de allá [10] que miran más profundo.—

Así cantando, del Grifon terrible
Ante el pecho consigo me llevaron,
Dó vuelta á nós Beatriz era visible:

—Ea, mírala bien (luégo exclamaron),
Frente á las esmeraldas [11] te hemos puesto
Que ya dardos de amor á tí lanzaron.—

Deseo abrasador movióme presto
Á que mi vista en su mirar pusiera,
Que en el Grifo tenaz clavaba en esto.

Como en espejo el sol, la doble fiera
Su luz de ella en los ojos refractaba,
Ora en divina ó natural manera.

Puedes pensar, lector, si me admiraba
Viendo que el Grifo inmoble allí yacía,
Y en su espejo figuras mil tomaba.

Miéntras, de asombro llena y de alegría,
Gustaba el alma del manjar divino,
Que saciando de sí, más hambre cria;

Mostrando en su ademan su alto destino,
Las tres salieron que á los suaves cantos
Ajüstaban, danzando, su camino.

—Vuelve, vuelve, Beatriz, los ojos santos
(Tal era su cancion) al que en desgracia
Atravesó por verte riesgos tantos:

Haznos la gracia de mostrar por gracia
Al mísero tu faz, porque discierna
De tu beldad segunda la eficacia.—

¡Oh fulgor de la viva lumbre eterna!
¿Quién holló tanto de Parnaso el suelo,
Ó bebió tanta linfa en su cisterna,

Que pudiera tender tranquilo el vuelo,
Si te osase pintar cual pareciste
Allí dó el fondo te armoniza el cielo,
Cuando á la abierta luz te descubriste?

CANTO XXXII.

Miéntras Dante contempla extático á Beatriz, le vuelve en sí una voz de las Virtudes teologales, y vé aquí que el carro se mueve con toda la comitiva y llega junto á un árbol altísimo y desnudo de hojas, al cual ata el Grifo el timon, con lo que la planta reverdece y se llena de flor. El Poeta se duerme al son de un canto dulcísimo; y cuando despierta, ve á Beatriz, con las siete doncellas, sentada, guardando el carro; y aquí se ofrecen al Poeta várias visiones misteriosas sobre el mismo carro.

Era el alma en los ojos, por hartarse
De los diez años que pasó de sedes,
De los demás sentidos sin cuidarse,

Y ellos topaban al mirar paredes
De un lado y otro, con que el rostro santo
Se los traia á sus antiguas redes;

Cuando á la izquierda hiciéronme el quebranto
Las tres mujeres que la faz volviera,
Diciéndome á la vez: —¿Qué miras tanto?—

Y con aquella angustia pasajera
Que nos aflige al ver del sol el foco,
Quedéme un rato sin que nada viera.

Mas luégo que la vista se hizo al poco
(Y digo poco al mucho comparado
De aquel fulgor que la causó el sofoco),

Ví que vuelto se habia al diestro lado
El ejército santo á colocarse
Al sol y siete antorchas encarado.

Como bajo el escudo, por salvarse,
Legion se cubre, fija la bandera,
Hasta que acabe el frente de cambiarse [1];

Así la que formada va primera
Tropa del reino divo, fué volviendo,
Ántes que el carro su timon volviera.

Luégo á las ruedas las mujeres yendo,
Movió el Grifon el peso dulce y pío,
Ni siquiera sus alas descogiendo.

Y la beldad que me lanzó en el rio,
Y Estacio y yo, seguimos á la rueda
Que arco hacía más corto y más tardío [2].

Así en la selva que á ninguno hospeda,
Por culpa de Eva y del fatal bocado,
Íbase al son de voz celeste y leda.

Y cuando hubimos el espacio andado
Que de flecha veloz mide tres puntos [3],
Bajó Beatriz del conductor sagrado;

Y oí decir: *¡Oh Adan!* á todos juntos,
Y les ví buscar árbol, sin verdura [4],
Secos los brazos, de aridez trasuntos.

Su cresta, que aumentábase en anchura
Segun se alzaba más, fuera admirada
Hasta en los indios bosques por su altura.

—Feliz, ¡oh Grifo! tú, de quien picada
No es esta planta, deliciosa al gusto,
Y que en el vientre tuércese acedada [5].—

Así en torno al fatal árbol robusto
Ellos gritaron; y el biforme alado:
Así se guarda el gérmen de lo justo.

Y vuelto hácia el timon de que ha tirado,
De la seca armazon al pié le trae,
Y el leño suyo al leño deja atado [6].

Como las plantas nuestras, cuando trae
Su luz el sol, mezclada con aquella
Que del Albur celeste detras cae [7],

Hinchen su tallo, y cada cual destella
Su vívido color, ántes que empiece
Á acompañarse el sol de nueva estrella;

Así, color tomando que parece
Entre violeta y rosa, la gran planta,
Ántes seca, se anima y reverdece.

Nunca el himno escuché, ni acá se canta,
Que esas gentes entonce allí cantaron,
Ni oir pude hasta el fin dulzura tanta.

Si pudiera expresar cuál se cerraron,
La historia de Siringa al referirse [8],
Los ojos que ver tanto bien pagaron;

Como pintor que al tipo va á ceñirse,
Trazára yo cual me quedé dormido :
Mas ¿quién hay que pintar pueda el dormirse?

Con que ora al despertar voy de corrido;
Y digo, que un fulgor, del sueño vano
Me sacó, y un clamar : *Torna al sentido.*

Como á mirar las flores del manzano [9],
Cuyas pomas son de ángeles sustento
Y banquete del cielo soberano,

Fueron Juan, Pedro, y Yago [10], y al acento
Cayeron y se alzaron que anonada
Su ser primero, y vuelto al sentimiento,

De Moisés y de Elías, amenguada
Vieron la deslumbrante compañía [11],
Y del Señor la ropa ya cambiada,

Yo así me desperté; y á aquella pía
Mujer ví junto á mí, la conductrice
Que en el agua me dió su apoyo y guía.

Y asustado exclamé:—¿Dó está Beatrice?—
Y ella: —Mírala allí, que en la jocunda
Nueva hojarasca siéntase (me dice).

La compañía ve que la circunda:
Los demás tras del Grifo al alto ascienden
Con más dulce cancion y más profunda.—

Si más llegó á decir, no lo comprenden
Mis sentidos, que toda el alma era
En mirarme en los ojos que me encienden.

Sentada está en la tierra verdadera,
Como guardia [12] que queda allí del plaustro
Que ví yo atar á la biforme fiera.

En torno suyo la formaban cláustro
Las ninfas siete [13], en cuya mano he visto
Las luces que á apagar no alcanza el Austro.

—Poco á los hombres vivirás conmisto:
Conmigo al goce eterno te apercibe
De aquella Roma [14] en que el Romano es Cristo.

Mas en pró de la gente que mal vive,
Pon la vista en el carro, y lo que viere,
Cuando vuelvas allá, narra y escribe.—

Dijo Beatriz, y sin que más espere,
Yo que á sus piés sumiso era y devoto,
Vista y mente fijé donde ella quiere.

Nunca de fosca nube, el seno roto,
Mas ráudo el rayo se lanzó, bajando
Desde el fondo del cielo más remoto,

Como vide yo un águila volando [15]
Por el aire bajar, áun la corteza,
Cuanto más hoja y flores, destrozando.

Y en el carro chocó con tal rudeza,
Que se dobló cual nave sin fortuna
Que hinchado mar acuesta ó endereza.

Despues precipitarse ví en la cuna
De la triunfal basterna una raposa
Que del buen pasto parecia ayuna;

Y al reprenderla su malicia odiosa,
Beatriz la puso en fuga tan abierta,
Cuanto era en su magrez posible cosa.

Luégo por donde halló primero puerta,
Ví que bajaba el águila hasta el arca
Que de su pluma al fin dejó cubierta.

Y cual de un pecho que tristeza marca,
Voz del cielo salió, que así decia:
¡Cuán mala carga llevas, oh mi barca!

Luégo creí que el suelo allí se abria
Entre ambas ruedas, un dragon lanzando,
Que el carro con la cola percudia;

Y como avispa su aguijon plegando,
Trajo tambien tras sí parte del fondo;
Y alegre, de su accion se fué gozando.

Lo que quedó, como terreno orondo
Que cubre el musgo en olvidada huerta,
Cubrióse con la pluma, que en el fondo

Se echó con fin piadoso; y fué cubierta
La viga y ambas ruedas, en no tanto
Tiempo cual tiene un ¡ay! la boca abierta.

Así cambiado el edificio santo,
Brotó cabezas que de horror espantan,
Tres en la viga y una en cada canto.

Como bueyes las tres cuernos levantan,
Y las cuatro uno llevan en la frente:
¡ Mónstruos tan fieros ni los vates cantan!

Segura como roca en cerro ingente,
Ví desnuda ramera allí sentada,
Buscando con los ojos impudente.

Y como para haberla bien guardada,
Derecho junto de ella ví un gigante,
Y con accion besábanse alternada.

Mas porque su mirar cúpido, errante,
Ella me dirigió, de pié á cabeza
La azotó sin piedad su torpe amante.

Y de sus celos luégo en la fiereza,
Soltó el carro monstruoso [16], y por el monte
Se lo llevó; y tapóme su aspereza
La meretriz, y el nuevo mastodonte.

CANTO XXXIII.

Beatriz anuncia oscuramente al Poeta que se acerca ya un vengador de la Iglesia profanada, que será tambien restaurador del Imperio. Le manda que escriba lo que ha visto en torno de la mística planta, cuando se halle de vuelta entre los vivos; y despues de otros razonamientos, manda que Matilde le sumerja en las aguas del Eunóes, donde tambien se baña Estacio. Regenerado Dante con aquel baño santo, se siente animosamente dispuesto al viaje del cielo.

Deus, vénerunt gentes [1], alternando
Á tres y á cuatro, en dulce melodía
Empezaron las jóvenes llorando;

Miéntras Beatrice suspirosa y pía,
Las escuchaba con dolor tan ciego,
Que en la Cruz poco más fué el de María.

Y al punto que al hablar la dieron juego,
Callando ya las otras, puesta en pié,
Así dijo encendida como el fuego:

—*Modicum, et non vidébitis me* [2],
Et iterum, ¡oh hermanas mias caras!
Modicum, et vos vidébitis me.—

Luégo á las siete vírgenes preclaras
Mandó ir delante, y á su espalda á Estacio,
Á la jóven [3] y á mí con señas claras.

Y así empezando á caminar despacio,
Diez pasos al medir su pié modesto,
Clavó su vista en mí por breve espacio.

Y con sereno rostro: — Ven más presto,
Dijo, porque si hablar quiero contigo,
Para entenderme bien estés dispuesto.—

Y cuando vióme al flanco suyo amigo,
Siguió:—Me extraña, hermano, que no intentes
Demandarme, viniendo así conmigo.—

Como aquellos de sobra reverentes
Que hablando con mayores, apagada
Sienten morir la voz entre los dientes,

Así me pasó á mí; que en voz truncada
Dije:—Sabeis ¡oh de mis gustos dueña!
Lo que puede mi dicha hacer colmada.—

Y ella: —Que borres quiero toda seña
Del rubor y temor que en tí se atropa,
Para que no hables ya como quien sueña.

La que el dragon rompió sagrada copa
Fué y no es [4]; y entienda el que hace el juego,
Que á vindicta de Dios no alcanza sopa.

Sucesor tendrá al fin, de Italia al ruego,
El ave que en el carro echó la pluma
Que en mónstruo le cambió, cazado luégo.

Y veo (y narro aquí por verdad suma)
Que ya cielo de paz la luz destella
Que arrollará do quier nieblas y bruma.

En que un quinientos, cinco, y diez [5], estrella
De Dios mandada, abatirá á la impura
Y á su gigante pecador con ella.

Porque á tu mente se presenta oscura
Cual de Témis ó Esfinge, te persuades
Que no anuncia mi voz la verdad pura:

Mas traerá pronto el Hado sus Nayádes [6]
Á soltar del Enigma el nudo fuerte,
Sin destrozar rebaños ni heredades.

Mis palabras tú anota; y de la suerte
Que las oyes, las cuenta á los que viven [7]
El vivir que es correr tras de la muerte.

Y cuida al escribir, que te aperciben
Á no ocultar cual viste aquí la planta
De que daños dos veces se describen [8].

El que á aquella la roba ó la quebranta,
Á Dios ofende con blasfemia entera,
Que á sólo su servir la creó santa.

Por morderla, en deseo y pena fiera
Más de años cinco mil que le redima
Quien le impuso el castigo, Adan espera [9].

Durmiendo está tu ingenio, si no estima
Que no sin ocasion tanto ha subido,
Y tan ancha se extiende por su cima [10].

Y si no hubiera agua del Elsa sido [11]
Tu pensar vano, y tu placer demente,
Píramo que el moral deja teñido,

Por aquellos motivos solamente
Tendrías por divino justo efecto
La interdiccion del árbol moralmente.

Mas porque miro vuelto tu intelecto
En piedra, y que el color pétreo ha tomado
Y te ofende la luz de mi hablar recto;

Quiero que, si no escrito, en tí grabado
Lo lleves bien, por lo que lleva el pío
Peregrino el bordon de palma orlado [12].—

Y yo:—Cual sello que estampó con brío
En la cera perfil que no se muda,
Sellado habeis en el cerebro mio.

Mas ¿por qué así sobre mi mente ruda
Vuestra ansiada palabra tanto vuela,
Que más la pierde cuanto más se ayuda?—

—Porque conozco (prosiguió) la escuela
Que hubiste, y la leccion cuya derrota
No sigue, no, la que mi voz revela.

Porque de la ímpia senda á la devota
Hay espacio mayor que el que se pierde
Entre el mundo y la esfera más remota [13].—

Y repliqué:—Por mucho que recuerde,
Yo no aparté de vos nunca el deseo,
Ni la conciencia de ello me remuerde.—

—Pues perdiste el recuerdo, y ora vèo
(Riendo respondió) que has olvidado
Que bebiste las aguas del Leteo.

Y como el humo el fuego ha revelado,
Este olvido tambien deja sin duda
Que en otro objeto tu atencion ha estado.

Mas mi palabra aquí será desnuda,
Y adecuada en verdad lo suficiente
Á que pueda ver bien tu vista ruda.—

Ya con paso más lento, más fulgente,
Al meridiano cerco el sol se encara,
Que es, segun de dó miras, diferente;

Cuando las siete hermosas, cual se pára
Tropa que es de su hueste escolta y guía,
Si cosa encuentra sospechosa ó rara,

Al confin se pararon de una umbría
Cual las que el Álpe de hojas entoldece,
Y negras ramas sobre márgen fria:

Ante ellas Tígris y Éufrates [14] parece
Que salen en amor de una fontana,
Y apartarse despues les entristece.

—¡Oh luz, oh gloria de la gente humana,
¿Qué agua es ésta que aquí de un sitio nace,
Y una de otra despues va tan lejana?—

Y así á mi ruego al punto satisface:
—Pregúntalo á Matilde [15]. —Y díjole ella,
Como quien por disculpa esfuerzos hace:

—Eso y más cosas á la márgen bella
Del rio le imprimí; y estoy segura
Que Leteo no en él borró la huella.—

Y Beatriz: —El poder de mayor cura
Hace que á veces la menor se borre,
Y envuelve la memoria en niebla oscura.

Pero mira el Eunóes, que allí corre:
Llévale al punto, y á la usanza vuestra
A su virtud desvanecida acorre.—

Como criatura que á negar no diestra,
Su gusto del ajeno hace bondosa,
En cuanto leve signo se lo muestra;

Así, no bien mi mano asió la hermosa,
Movió ligera el pié, y al grave Estacio
—Ven con él,—(dijo en actitud donosa).

Si tuviera, lector, más largo espacio
De escribir, el beber cantára en parte
De que no pude nunca verme sacio.

Mas el asunto ya, cual le comparte
Mi cantíga segunda, al fin cumplido,
Mi andar detiene con su freno el arte.

Yo, como arbusto jóven revestido
Con nueva lozanía de hojas bellas,
Volví del baño santo refundido,
Puro y pronto á subir á las estrellas [16].

FIN DE LA CANTÍGA SEGUNDA.

NOTAS.

CANTO PRIMERO.

[1] Esta alegoría significa que el Poeta, para tratar asunto ménos doloroso, ménos horrible que el del Infierno, cambia de estilo, y le suaviza y levanta, aunque no tanto como en el Paraiso. El Infierno ha sido el canto de la ira; el Purgatorio lo será del amor y de la esperanza. Á las blasfemias sucederán las alabanzas de Dios, y á la furia de los dolores una dulce y melancólica tristeza.—La figura matérial del Purgatorio es la de un monte que, elevándose de las aguas del otro hemisferio, figura un cono truncado en su cima, al cual circundan once rellanos circulares, comprendiéndose en ellos el suelo de la isla. Los cuatro primeros constituyen el Antepurgatorio, donde se detienen, hasta que son admitidas á la expiacion, cuatro especies de almas negligentes. Los otros siete forman el Purgatorio, y en cada uno se purga uno de los siete pecados capitales. Sobre la cima, que es llana, está la siempre verde y amenísima foresta del Paraiso terrenal. Los Poetas suben de cerco en cerco por ciertas escaleras, que se les hacen tanto ménos fatigosas cuanto más avanzan hácia la cima.

[2] Calíope es la Musa que preside á los versos heróicos.

[3] Estas son las hijas de Pierio, que habiendo provocado á las Musas á cantar con ellas á porfía, y habiendo sido vencidas, fueron convertidas en urracas.

[4] Esto es, hasta el primer cielo girante, que es el de las estrellas fijas: quiere decir, hasta el último horizonte.

[5] La estrella de Vénus, que con su luz mucho mayor que la de *Los Peces*, eclipsaba á esta constelacion, que la precedia por hallarse el sol en Aries.

[6] Este polo es el Antártico, que está á la derecha de todo el que mira hácia Oriente desde cualquiera de los dos hemisferios. Las cuatro estrellas deben ser una alegoría de las cuatro virtudes cardinales.

[7] Este personaje es Caton, á quien supone el Poeta que iluminan las cuatro virtudes cardinales.

[8] Alude al arroyo subterráneo que les sirvió de guía, siguiéndole contra su curso, para *salir á ver las estrellas.*

[9] Quiere decir que al hablar movió la venerable barba; y este es un modo de decir de índole latina, propio respecto de Caton. Horacio, por ejemplo, dice: *Inesperata tuæ cum veniet pluma superbiæ.*

[10] Parece monstruoso á primera vista que Dante, contra todo cuanto enseña la Teología, haya puesto en este lugar, y como custodio de él, á Caton de Útica, pagano y suicida: pero no lo es si se observa que Caton es aquí una figura de *el alma libre del cuerpo por su aniquilacion evangélica:* á lo que Platon mismo llamó *la calamidad del alma.* El Caton histórico lanzó la vida materialmente por el amor de la libertad civil. El Caton alegórico domina y sujeta en sí los impulsos de la carne para no servir á sus torpes apetitos y ser libre para la contemplacion de la verdad y para el ejercicio de la virtud. El primer Caton es modelo del ciudadano fuerte y bueno, como el segundo lo es del perfecto cristiano: los dos quieren la libertad, los dos aman á la pátria; pero el primero está adherido al tiempo y á la tierra, y el segundo mira á la eternidad y al cie-

lo. Así, pues, este Caton alegórico está aquí admirablemente colocado como maestro de las almas que quieren libertarse de los tristes efectos de la viciada naturaleza para hacerse dignas de la eterna gracia, y para ejemplo vivo de cómo se ama verdaderamente á la pátria, y cómo donde no hay virtud no puede haber libertad.

[11] Márcia era mujer de Caton, que la cedió á Hortensio para que tuviese en ella hijos; pero, muerto Hortensio, volvió Márcia á Caton, y le rogó la tomase de nuevo. Son bellísimos los versos de Lucano sobre este asunto en el libro segundo de *La Farsalia*. Tambien es de recordar aquí lo que dice DANTE en el tratado cuarto de *Il Convito*, y se vendrá mejor en conocimiento de que este Caton es figura del alma libertada de la materia; así como Márcia representa la naturaleza humana en sus afectos é imperfecciones.

[12] El rio Aqueronte.

[13] Los juncos son símbolo de la humildad.

[14] Quiere decir, que deben rodear el monte como lo recorre el sol de Levante á Poniente.

[15] Hasta ese punto estuvo de rodillas.

[16] Estos versos son imitacion de éste de Virgilio: *Humemtemque Aurora polo dimoverat umbram*, y de éste otro: *Splendit tremulo sub lumine pontus*.

[17] Porque Ulises, aunque entró á navegarlas, no pudo salir de ellas.

[18] Es imitacion de Virgilio, que dice en el sexto libro de la *Eneida*: *Primo avulso non deficit alter*.

CANTO II.

[1] Esto es lo mismo que decir: *El horizonte, cuyo meridiano cubre á Jerusalen en su más alto punto;* pues se supone que todo lugar tiene su horizonte, el cual tiene un arco que pasa por su cenit. Ahora bien: diciendo el Poeta que el sol llegaba al horizonte occidental de Jerusalen,

quiere expresar que aparecia naciente en la montaña del Purgatorio.

[2] La noche que aquí se personifica no es más que la sombra de la tierra opuesta al sol.

[3] Hay que hacerse cargo de la geografía de los tiempos de DANTE. Con arreglo á ella, se supone que el horizonte de Jerusalen es un meridiano de las Indias occidentales, significadas por el Ganges que corre en ellas.

[4] Quiere significar aquí los tres colores que aparecen en el cielo ántes de la salida del sol: esto es, el blanco de la hora matutina, el rojo de la aurora y el anaranjado que precede á la presentacion de aquel astro.

[5] Porque si volviera al Purgatorio, sería señal de que se habria salvado.

[6] En *Il Convito* explica DANTE el principio de este Salmo del modo siguiente: *Espiritualmente se entiende que á la salida del alma del pecado se ha hecho sana y libre en su albedrío.*

[7] Capricornio se ha separado de Aries, donde estaba el sol, una cuarta parte de la esfera; con que si Capricornio habia pasado del meridiano, ese mismo espacio debia el sol haberse levantado del Oriente. En suma, llevaban los Poetas dos horas de sol.

[8] El Poeta usa la palabra *Saetas* por rayos del sol, imitando siempre á los latinos. Horacio dice: *Metuende certa, Phœbe, Sagita;* y Lucrecio: *Lúcida tela diei.*

[9] Excelente músico florentino, grande amigo de DANTE, que era tambien entendido en este arte.

[10] Para que, corrigiéndome de mis vicios, merezca luégo, cuando muera, volver al sitio en que estoy; esto es, al Purgatorio.

[11] De lo que se colige que hacía mucho tiempo que Casella habia muerto.

[12] El Jubileo, segun la Bula de Bonifacio VIII, que lo instituye *in perpetuo,* dura tres meses, desde Navidad hasta el plenilunio de Marzo.

13 El Tíber *haciendo salada su corriente*, quiere decir, entrando en el mar.

14 Al que no va al Infierno.

15 Así empieza una bellísima cancion filosófica de DANTE publicada en su *Convito*, y que parece fué puesta en música por Casella.

CANTO III.

1 Segun veremos más adelante en el canto XXI, cuando las almas se han libertado del engaño de los sentidos y de las pasiones, sienten una imperiosa necesidad de ir á pagar el merecido martirio; y esta necesidad no es ménos potente que la que sienten en seguida de ir subiendo al cielo.

2 Porque no veia la sombra de Virgilio, se creia abandonado por él. Esta idea de que las almas no hacen sombra cuando no las acompaña ya el cuerpo, la repite el Poeta muchas más veces de lo necesario.

3 Si el sol se habia levantado dos horas en el Purgatorio, igual espacio de tiempo deberia hacer que se habia puesto en Jerusalen, antípoda suyo; y en Italia, punto tan occidental respecto de esta ciudad, habria de faltar una hora para que se pusiera; en suma, *dominaba el Héspero:* esto es, era ya la caida de la tarde.

4 El cuerpo de Virgilio fué trasladado á Nápoles desde Bríndis, donde murió el Poeta.

5 Segun Aristóteles, la demostracion es de dos modos: el uno, *propter quod*, que es cuando los efectos se deducen de las causas; el otro, *quia*, cuando las causas se demuestran por los efectos.

6 Dos sitios en el territorio de Génova: el primero á Levante y el segundo á Poniente, donde hay montes muy altos y escarpados.

7 DANTE no podia haber conocido á Manfredo, porque la batalla de Benevento, en que murió, ocurrió el 26 de Febrero de 1266, y DANTE nació en Mayo de 1265.

[8] Manfredo fué hijo natural de Federico II.

[9] Constanza, hija de Rogerio, rey de Sicilia, y mujer del emperador Enrique V, padre de Federico II.

[10] Se llamó tambien Constanza, como la abuela, y fué mujer de Pedro de Aragon, que ocupó el trono de Sicilia despues de las famosas Vísperas en 1282.

[11] Alude al matrimonio de Constanza con Pedro III, rey de Aragon; y con la expresion *á Aragon y Sicilia da corona*, quiere decir, *da Soberano.*

[12] El arzobispo de Cosenza fué enviado por el Papa Clemente IV al rey Cárlos para moverlo contra Manfredo. Á esta persecucion llama *caza* el Poeta, porque el historiador Saba Malespini llama *caza* á todo lo que cayó en poder de Cárlos de Anjou, despues de la derrota de Manfredo: *Et de sua venatione pater ipse*, etc.

[13] Como murió excomulgado, fué enterrado fuera de sagrado, y sobre su enterramiento (junto al puente) cada indivíduo del ejército fué echando su piedra. Luégo fueron sus despojos trasladados junto al rio Verde, por mandato del mismo Arzobispo.

[14] Supone el Poeta que los huesos fueron dejados al descubierto.

[15] Da á entender que el que muere excomulgado tiene que pasar fuera del Purgatorio un espacio de tiempo treinta veces mayor que el que vivió en contumacia con la Santa Iglesia; aunque este número puede disminuirse por las devotas oraciones de los vivos.

CANTO IV.

[1] Alude á los filósofos que suponen que el hombre tiene tres almas: una que reside en el hígado, y la llaman *vegetativa;* otra, la *sensitiva*, que dirige el corazon; y, por fin, la *intelectiva*, que está en el cerebro.

[2] Porque el sol, que poco ántes de esta conversacion estaba á poco más de treinta grados, lo vió el Poeta en un instante á cincuenta; con lo que da á entender que en aquel coloquio habia gastado una hora sin sentirlo, y eran ya tres horas y un tercio de sol.

[3] Le señalan la salida que les rogó que le enseñáran. (Véase el verso vigésimosexto del canto tercero.)

[4] Da á entender que habia visto muchos parajes difíciles y fatigosos de subir, pero que no eran nada comparados con aquél. Sanleo es ciudad sobre un monte del ducado de Urbino. Noli es otra ciudad situada en lo bajo, al pié de grandes montes, ya en la marina, en el Genovesado, entre Finale y Savona. Bismántua es una altísima montaña del territorio de Reggio, en Lombardía.

[5] Quiere decir, que el declive de esa altura respecto de su plano horizontal era bastante mayor de cuarenta y cinco grados; esto es, que se acercaba mucho á la perpendicular.

[6] Siendo aquel monte antípoda de Jerusalen (ciudad situada de acá del trópico de Cáncer), el sol nacia entre nosotros y el Aquilon; al contrario de lo que sucede en nuestro hemisferio, donde nace entre nosotros y el Austro, punto diametralmente opuesto.

[7] La constelacion llamada Géminis.

[8] El sol, porque, segun manifiesta Dante en el *Convito*, refleja más que ninguna otra creatura la luz del gran Hacedor.

[9] Si estando el sol en el Zodíaco en el punto equinoccial se le ofrecia á Dante tan cerca de las Osas, sin duda que si hubiera estado en Géminis, junto al trópico de Cáncer, habria visto al Zodíaco girar ardiente más próximo al Setentrion, habiéndose entónces separado del Ecuador hácia ese polo casi veinticuatro grados.

[10] La línea de la Eclíptica.

[11] Dice *le vió* (hácia el Mediodía), refiriéndo-

se al tiempo en que los judíos tenian allí su reino ántes de su fatal dispersion.

[12] Aquí están los que por habitual indolencia retardaron su conversion hasta lo último de su vida.

[13] Belacua fué un excelente constructor de instrumentos de música, pero hombre muy negligente y perezoso.

[14] Cuando toca el sol al meridiano del monte del Purgatorio, situado en medio del hemisferio austral, es media noche en Jerusalen, punto antípoda, y principio de noche en Marruecos, que se supone al confin occidental de nuestro hemisferio, que para el Purgatorio viene á ser el oriental; y de la parte opuesta, esto es, sobre el Ganges, es el amanecer.

CANTO V.

[1] Dice á la izquierda, porque si, deteniéndose y vuelto el rostro hácia la baja playa, veian subiendo el sol á su izquierda, es claro que levantándose y siguiendo camino monte arriba, debian tenerlo á la derecha, y por consiguiente la sombra á la izquierda.

[2] Son los tardíos, que, sorprendidos por muerte violenta, se convirtieron á Dios en el último instante.

[3] Porque recordará su memoria entre los vivos, que rogarán á Dios por ellos.

[4] Este es Jacobo del Cásero, natural de Fano, á quien Azon VIII de Este mandó matar en Oriaco, ciudad del paduano, cuando iba como Podestá á Milan. Azon le odiaba porque, ejerciendo aquel mismo cargo en Bolonia, dicho Cásero se opuso á sus tentativas de apoderarse de la ciudad.

[5] En el suelo paduano, que llama gloria de Antenores, porque Antenor fué quien fundó á Pádua.

[6] Mira es un sitio á orilla de un canal que

sale del Brenta; y huyendo por allí no hubiera encontrado aquel pantano donde se atolló, teniendo que caer en manos de los sicarios del marqués Azon de Este.

[7] Juana era su esposa. Él combatió contra los Güelfos en Campaldino, donde murió, sin que despues apareciese su cadáver. Es, pues, verosímil que sea inventiva del Poeta la relacion de su muerte que hace el mismo Buen Conte. Creo oportuno decir aquí que DANTE estuvo en este combate entre los soldados de caballería de la parte Güelfa que mandaba Amérigo de Norbona. Los Aretinos, que ayudaban á los Gibelinos, eran mandados por Guillermo de los Pazi, su Obispo. Este combate, que ganaron los Güelfos, se dió el 11 de Junio de 1289. La república decretó que se dedicase una iglesia en Florencia en honor de San Bernabé, para recuerdo de aquella victoria.

[8] El yermo donde está el convento de los Camandulenses.

[9] Donde se junta con el Arno.

[10] Quiere decir: por un solo instante que me roba (esto es, el del arrepentimiento), tú te llevas lo eterno, que es el alma; pues verás cómo trato yo lo mortal, que es el cuerpo.

[11] El Arno.

[12] Soltó sus brazos, de los cuales al morir habia hecho una cruz sobre su pecho.

[13] Debe dar á entender los objetos que arrebató en su violenta avenida.

[14] La Pia de la familia de los Guastelloni, siendo viuda de un Tolomei, se casó con Paganelo Panoquiesqui, Señor del Castillo de *La Pietra*. Parece que éste causó su muerte á fuerza de mal trato.

CANTO VI.

[1] Este juego debia, sin duda, jugarse en público y con tres dados. El Poeta le llama juego *della Zara*.

[2] Micer Benincasa, de Arezo, jurisconsulto sábio, siendo segundo del Podestá de Siena, habia condenado á muerte á un hermano de Güin de Taco y á un sobrino, llamado Turito de Turrita, porque habian robado en camino real. El dicho Güin, que ejercia el mismo oficio de bandolero, fué algun tiempo despues á Roma, en donde Benicasa desempeñaba entónces las funciones de Auditor de la Rota, y tuvo la audacia de penetrar en su casa y cortarle la cabeza, con la cual se volvió á las marismas de Siena, sitio en que de ordinario cometia sus fechorías.

[3] Fué un jóven Aretino llamado Gucio de los Farlati, que yendo en persecucion de otra familia llamada de los Bóstoli, fué precipitado al Arno por su caballo, y se ahogó en ese rio.

[4] Federico Novelo, hijo del conde Guido de Batifoli, fué muerto por uno de los Bóstoli, llamado Fornayolo.

[5] Farinata de los Escornigianos fué muerto por sus enemigos, y esta muerte dió ocasion de mostrar gran fortaleza á Marsuco, su padre, el cual, siendo ya hermano menor franciscano, sufrió aquella desgracia con levantado ánimo, asistió á las exequias de su hijo, y exhortó á la familia á hacer paces con el homicida. Añaden algunos que llevó á tal punto la virtud cristiana, que llegó á besarle la mano. Pedro de Dante dice que el matador fué Becio de Caprona. Manzoni ha imitado este rasgo, y lo atribuye á Fray Cristóbal en su novela *Los prometidos*.

[6] Algunos creen que era de la familia de los Alberti, traidoramente asesinado por los suyos. Otros le suponen hijo del conde Napoleon de Cerbaya, y dicen que fué muerto por su tio el conde Alberto de Mangona.

[7] Pedro de la Brósia, nacido en Turena, de una oscura familia, fué cirujano del rey San Luis, y bajo Felipe III el Atrevido llegó á tan gran favor, que nada se hacía sino por su consejo, lo que le acarreó la envidia de los corte-

sanos y despues el ódio de María de Brabante, segunda mujer de Felipe, que se le cobró excesivo por el amor que Pedro profesaba á los hijos del Rey habidos en su primer matrimonio con Isabel de Aragon. Fué acusado, no se sabe á punto fijo de qué delito, y condenado, aunque inocente, fué ahorcado el año de 1276.

[8] Da á entender que por aquel delito bien necesita la de Brabante ganar con oraciones el no verse en peor sitio que el Purgatorio, en donde está su víctima Pedro de la Brósia.

[9] Aquí hace un cargo DANTE á Virgilio porque ha puesto en boca de la Sibila, en el libro sexto de la *Eneida*, esta máxima: *Desine fata Deum flecti sperare precando:* al cual le contesta Virgilio: que lo que él decia era exacto, porque entónces las oraciones no podian obtener resultado ninguno, porque todos los pecadores habian de ir forzosamente al Infierno, no existiendo Purgatorio; pero que despues de la venida de Jesucristo, los ruegos de los vivos pueden abreviar el Purgatorio de las almas; lo cual no entenderá muy bien si no se lo dice Beatriz, esto es, la santa luz de la Teología, que guía hácia la verdad el entendimiento.

[10] El sol. Los Poetas subian al monte por la parte oriental; así que, circulando su disco hácia Poniente, claro es que el monte debia proyectar su sombra en el sitio por donde caminaban.

[11] Esta sombra grave y majestuosa que da lugar á esa admirable comparacion y á este trozo entero de poesía, uno de los más celebrados del poema, es la de Sordelo, poeta mantuano á quien se atribuye un libro titulado: *El Tesoro del tesoro*. En ninguna parte el Poeta se ha mostrado más franco y decidido Gibelino que en este arranque de la más vigorosa inspiracion, en que increpa á Alberto, hijo de Roberto, que subió al trono imperial en 1298, y al cual llama César. Fué el primero de la casa de Austria elegido para el imperio, y nunca quiso pasar á Italia, y se negó

á sostener á los desterrados Gibelinos. Sin duda por esto, parece como que le amenaza el Poeta, y en la expresion *Sobre tí caiga el fallo justo*, parece que alude á la muerte violenta que le dió su sobrino Juan de Austria en 1308.

[12] Nobles familias de Orbieto, del bando Gibelino. Los Capeletos y Montescos lo eran de Verona, del mismo partido.

[13] Condado en la Marisma Sienesa, y entónces feudo del imperio, que se hallaba en un estado de inseguridad suma, por el triste gobierno de su Conde y la negligencia del Emperador.

[14] Jove, en la acepcion de *Pater juris*, como idea verdadera que encierra al ente creador y moderador del universo, es aquí *Dios* en el estilo siempre metafórico de DANTE.

[15] Amarga ironía, con la que da á entender que de cuanto dice en general sobre los vicios de Italia, le corresponde gran parte á su Florencia.

CANTO VII.

[1] Virgilio murió bajo el reinado de Octavio César Augusto.

[2] Más adelante se verá que Sordelo era mantuano.

[3] *Sin que me alumbre el sol de la verdadera fé ni áun al tiempo de mi muerte.*

[4] En los Límbos, donde están tambien las almas de los niños que no han recibido el bautismo.

[5] Las tres Virtudes teologales. Las otras tres de que más abajo se habla son las cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

[6] Daremos de una vez la explicacion correspondiente á todos los personajes que figuran desde aquí hasta el fin de este canto. El emperador Rodolfo era padre del emperador Alberto, y reinó veinte años. Habiendo dado una batalla en 1278 á Otocaro, rey de Bohemia, le venció; pero

en seguida dió el mismo Rodolfo la mano de su hija al hijo del vencido, y le devolvió su reino. Wenceslao es este hijo de Otocaro. La sombra del que Dante califica de *chato* es la de Felipe III de Francia, hijo de San Luis, que murió en Perpiñan, despues de haber perdido *(desflorando las lises)* un gran combate naval. El que está derecho hablando con él, *tan noble*, es Enrique III, rey de Navarra. El membrudo de voz sonora es Pedro III, rey de Aragon. El otro de gran nariz es Cárlos I de Provenza, rey de las Dos Sicilias. Respecto del jovencillo que tras él se asienta, están divididos los comentadores. Parece lo más probable que sea Alfonso, primogénito de Pedro III; y aunque reinó despues de su padre, fué muy poco, y no dejó sucesion; y sin duda á esto aluden las expresiones: *Si duràra por Rey*, y de: *Bien pasára el valor de vaso en vaso*. Yago y Federico son los otros hijos de Pedro III, que dice Dante que tuvieron los reinos (el uno el de Aragon y el otro el de Sicilia), mas no la virtud que era la mejor herencia que pudieran haber tenido de su padre. El esposo de Constanza es el mismo Pedro III; y Beatriz, hija del conde de Provenza, y Margarita, hija de Eudon de Borgoña, aquélla primero y ésta despues, fueron esposas de Cárlos de Anjou, hermano de San Luis. El Rey, *de vida tan bendita*, es Enrique III de Inglaterra, que, aunque buen hombre, era poco apto para el gobierno; así que su reinado fué turbado por rebeliones y tumultos, y en una de ellas (en 1258) los barones, á cuya cabeza estaba el conde de Leicester, le vendieron, y no se hubiera salvado si no hubiese sido por su hijo Eduardo I *(más venturoso en su progenie invicta)*, que le libertó y devolvió el Trono. Guillermo es el marqués de Monferrato, que por no ser de sangre real está allá más abajo sentado en tierra. Fué hecho prisionero por los de Alejandría, en la Pulla, y murió en su prision; y dice el Poeta que por él la guerra hace *del Canavés* y *Monferrato*

un yermo, aludiendo á la que se siguió entre los alejandrinos y los hijos del marqués por vengar á su padre.

CANTO VIII.

[1] El himno de San Ambrosio, que segun el ritual romano se canta al terminar completas.

[2] Sin punta, porque á la justicia divina puede suavizársela por la misericordia.

[3] En el color verde alude á la esperanza, con la cual venian aquellos ángeles á confortar á esas almas.

[4] Nino, de la familia Visconti, pisano, juez del juzgado de Gallura, sobrino del conde Ugolino, y uno de los jefes del partido Güelfo. DANTE le conoció en 1290 en el asedio de Caprona. En 1288 fué arrojado de Pisa, y murió al fin peleando contra los pisanos.

[5] Hija de Nino, esposa de Ricardo Camino.

[6] Beatriz Marchesota, viuda de Nino, ya entrada en años, dejó la blanca venda (distintivo entónces de las viudas) por casarse con Galeazo Visconti, de Milan, jóven de pocos años.

[7] Las armas de los Visconti de Milan son una sierpe que vomita un niño. Las de Nino eran un gallo en campo de oro.

[8] Son las alfas (estrellas más brillantes) de las constelaciones, el Eridano, el Barco y el Pez austral. Las otras cuatro que se ven por la mañana son las de la cruz del Sud.

[9] Llama *sumo esmalte* á lo más alto del monte esmaltado de flores; y *cera* á la provision de fuerzas necesarias para subir; y con toda la frase quiere dar á entender que le desea la subida felizmente, en pago de que le responda á su pregunta.

[10] En el siglo x nació un Conrado, hijo de Obizon Malaspina, que algunos llaman *el Viejo*, muerto en 1250. Este tuvo cuatro hijos: Mornelo, marqués de Mulazo; Manfredo, marqués de Tova-

gallo; Federico, marqués de Villafranca, y Alberico. De Mornelo nació Francisquino de Mulazo, que en el año de 1306 dió la hospitalidad al Poeta en su antiguo castillo, donde se enseñan todavía los restos de una torre que se llama *de Dante*, y allí cerca hay una casa que conserva siempre su nombre. El Conrado de que aquí se habla debe ser el hijo, de ese nombre, del Federico de Villafranca que murió en 1294.

CANTO IX.

1 En esta pintura de la hora parece que hay alguna contradiccion. Por una parte dice DANTE que se levantaba la Aurora de los brazos del viejo Titon; y por otra, que la noche habia andado dos cuartos, de los cuatro de vigilia en que los antiguos la dividian. Sin duda el Poeta en la primera parte de su descripcion habla del Oriente del otro hemisferio; y en la segunda, del punto en que se hallaba cuando componia sus versos.

2 El signo de Escorpion.

3 Los cinco son DANTE, Virgilio, Sordelo, Nino y Conrado.

4 Alude á la fábula tan conocida de Progne y Filomena.

5 Fué del monte Ida de donde Júpiter, en forma de águila, arrebató á Ganímedes. En esta fábula los antiguos simbolizaron el arrobamiento con que *la Verdad Suma* arrebata á veces nuestros ánimos á la contemplacion de su esencia divina; y nuestro Poeta en esta comparacion quiere tambien demostrar los maravillosos efectos de la gracia celestial en aquella alma que, apartándose de la materia, aspira á la Verdad Suma. El águila es el emblema de Lucía, sin cuyo medio no es posible levantarse á Dios: el sueño, la abstraccion de los sentidos: el calor sufrido en la esfera del fuego, el amor vehemente hácia la verdad única, que es el supremo bien una vez conocido; y el monte, en fin, la imágen de la

contemplacion y elevacion del alma sobre las cosas terrenales. Este Ida, en el concepto del Poeta, es la Santa Iglesia de Cristo, que *está fundada sobre la cima de los montes y levantada sobre todos los collados.*

[6] Los antiguos creian que existia una esfera del fuego sobre el cielo del aire é inmediatamente bajo la de la luna, con la cual finge el Poeta que confina la cima del monte Purgatorio.

[7] Aquiles, arrebatado á su ayo el centauro Quirón, fué trasportado á Sciro al palacio de su rey Licomedes por su madre Tétis; y Ulises le sacó de allí artificiosamente, haciéndole descubrir quién era.

[8] No hay que olvidar que Lucía es la gracia divina.

[9] *Forma corporis* fué llamada el alma por sentencia de los teólogos en el Concilio de Viena de Francia.

[10] Alude al ángel que suele escoltar hasta allí las almas.

[11] La puerta es el símbolo de la confesion sacramental: los escalones de diversos colores, las disposiciones necesarias en el pecador para obtener la absolucion. El escalon blanco, por ejemplo, es la sinceridad con que se ha de confesar; el verde-azul subido, que está hendido á lo ancho y á lo largo, y es de piedra tosca y calcinada, es la contricion del corazon, con la cual se rompe y quebranta su antigua dureza; y, finalmente, el tercero de flameante pórfido color de sangre, denota el amor de Dios, que debe encenderse como fuego en el penitente para que se le perdonen sus pecados.

[12] Estas siete *PP* son símbolo de los siete pecados capitales.

[13] La llave de oro significa la autoridad de absolver los pecados: la de plata, que necesita usarse con grande arte y talento, es, segun San Crisóstomo, *clavis aperitionis est sermo correptionis quæ increpando culpam detegit*, etc.

[14] Alude al estridor que supone Lucano que hicieron las puertas del Erario público, en la roca Tarpeya, cuando César mandó que se entrára por fuerza, á cuyo acto tuvo que ceder y alejarse el tribuno Metelo, que se oponia.

CANTO X.

[1] Alude á la prohibicion que en el canto precedente le hizo el ángel de no volver la cabeza; por lo cual no ha podido ver, sino oir que se cierra tras de él la puerta.

[2] Esto es, donde el monte hace como pared, dejando desde el escarpe hasta allí un rellano circular, que es el primer giro del Purgatorio.

[3] El ángel Gabriel.

[4] La Vírgen María.

[5] La vista le dice que aquella gente va cantando ¡tanta es la propiedad con que está figurada! pero el oido le dice que no, porque en realidad no se oye canto ninguno.

[6] Así llama al Arca Santa.

[7] David aparece en este acto ménos que Rey, por la humillacion con que depone toda la majestad; y más que Rey, por estar arrebatado de divino amor. Esto es, más que Rey á los ojos de la fé, y ménos que Rey á los del mundo, como lo manifiesta el estarle mirando con tristeza y disgusto Micól desde una ventana de palacio.

[8] Algunos escritores han supuesto que San Gregorio el Grande consiguió la gran victoria sobre el demonio de salvar por sus oraciones el alma del emperador Trajano.

[9] Sólo Dios es aquel para quien no hay nada nuevo.

CANTO XI.

[1] Las almas de los orgullosos, que son castigadas en el primero de los siete cercos del Purgatorio en que se purgan los siete pecados capitales.

[2] Alude á que sólo los que tienen apegado á su alma el bien de raíz pueden hacer á Dios oraciones eficaces; porque no valen las de aquellos que están privados de la gracia divina.

[3] Este es Umberto, hijo de Guillermo Aldobrandesqui, de los condes de Santaflor, familia poderosa de la Marisma en Siena. Fué muerto en su país, en Campañático, por los sieneses, que odiaban su soberbia.

[4] La tierra, de donde procedemos todos los hombres.

[5] Baja los ojos como confundido por sentirse él mismo remordido por el pecado que allí se castiga.

[6] En París se llamó *Inluminar* al arte de miniar con acuarelas en pergamino ó marfil, y fué muy hábil en este arte Oderigo de Gubio, natural de esta ciudad, en el ducado de Urbino. Fué de la escuela de Cimabúe, y empleado en Roma, en compañía de Guioto, en inluminar libros por el Papa Bonifacio VIII.

[7] Pintor, llamado Franco Boloñés, por nacido en Boloña de Francia, superior á Oderigo.

[8] Estos versos han dado orígen al epitafio de Cimabúe escrito en su sepulcro en la catedral de Florencia.

[9] Guido Cavalcanti, filósofo y poeta florentino, oscureció la fama de Guido Giniceli de Bolonia, que escribió ántes que él. Giniceli murió en 1276, y Cavalcanti en 1301.

[10] Los vientos van tomando nombre, segun la parte de donde soplan.

[11] Los niños, al empezar á balbucear, generalmente llaman *din-din* al dinero, y *papa* á la comida.

[12] El andar más lento de las esferas es, segun Tolomeo, el de las estrellas fijas, que cumplen su giro en treinta y seis mil años.

[13] El provenzano Salviani, al cual nombra despues.

[14] Fué Salviani gran Gibelino, valiente en paz y en guerra, aunque muy altivo y osado. Derrotó en Arbia á los florentinos; pero despues Fiambertoldo, vicario de Cárlos I, rey de las Dos Sicilias y capitan del partido Güelfo, le derrotó junto á Valledelsa, le aprisionó y cortó la cabeza, que fué paseada por todo el campo en la punta de una lanza.

[15] Esto es, vaga por el antipurgatorio.

[16] Salviani, por librar á un amigo suyo de la prision en que le tenía Cárlos de Sicilia, que exigia por él diez mil florines de rescate, se presentó en la plaza á pedir limosna *tembloroso por todas sus venas:* expresion vehementísima, con la cual parece que recuerda DANTE lo que á él tambien le ha costado tender la mano á la caridad pública.

[17] Quiere decir que sus conciudadanos le harian sentir pronto la misma humillacion, dando lugar á ella con desterrarle y perseguirle.

CANTO XII.

[1] Iba el Poeta con la cabeza baja, muy pegado al otro que marchaba encorvado con el peso, pues sólo en esa postura podia escucharle.

[2] Dicen los comentadores que con la mezcla de ejemplos sacros y profanos quiere DANTE dar á entender los malos efectos de la soberbia en todo tiempo y bajo toda especie de creencias y costumbres.

[3] La torre de Babel, ó de Babilonia, construida en la llanura de Senaar por Nembrod.

[4] Niobe, mujer de Anfion, rey de Tebas, ensoberbecida de su fecundidad por ser madre de siete hijos y siete hijas, se atrevió á insultar con desden á Latona y á separar de su culto á los tebanos; por lo cual los hijos únicos de la diosa, Apolo y Diana, mataron á flechazos á los catorce suyos.

[5] David, en su dolor por la muerte de Saul,

maldijo el monte Gelboé, y desde entónces nunca cae sobre él lluvia ni rocío.

[6] Aracne fué convertida en araña por Minerva, á quien se atrevió á compararse por la excelencia de sus tejidos.

[7] Quejáronse los de Siquem á Roboam de que eran muy graves los tributos que les habia impuesto Salomon su padre; y él les respondió: *Pues si son muchos, yo los doblaré; y si mi padre os sacudia con vergas, yo lo haré con ferrados bastones.* De resultas de cuya bárbara amenaza y tiranía, se le sublevaron once de las doce tribus que mandaba, y tuvo que escaparse á Jerusalen en un carro, lleno de miedo de que el pueblo le despedazase.

[8] Erifile, mujer de Anfiarao, vendió á su marido por la soberbia de adornarse con un collar que le ofreció Polinice por su traicion; y Alcmeon, su hijo, la mató por vengar á su padre.

[9] Senaquerib, muerto por sus hijos en el templo cuando estaba orando á los piés de un ídolo.

[10] Se dice que Tomiris, reina de los scitas, mandó, despues de muerto Ciro, que se le cortára la cabeza y se echára en un vaso lleno de sangre, diciendo: *Sáciate en la sangre de que tanta sed has tenido.*

[11] Quiere decir que son las doce.

[12] Llama á Florencia, por ironía, *la bien mandada;* y la iglesia de que trata es la de San Miniato; y el puente, el que está sobre el Arno, y se llamaba de Rubaconte, por el Podestá de este nombre que lo mandó construir.

[13] Da á entender que esos tramos que hacen ménos ágria la subida á la iglesia se hicieron en un tiempo anterior á aquél en que no estaban, como entónces, corrompidas las costumbres hasta el punto de alterarse los registros del libro público de la ciudad. Esto alude á que dos familias, en tiempo de nuestro Poeta, fueron acusadas: la una, de haber arrancado una hoja de aquél, donde po-

dia hallarse la prueba de una picardía; y la otra, de haber falsificado las entradas de dinero y de sal para apropiarse una parte de los productos de este ramo.

[14] Del mismo modo que DANTE pone este versículo de los pobres de espíritu aquí donde se castiga á los soberbios, hace luégo cantar en cada círculo de los pecados capitales la alabanza de la virtud contraria á cada vicio.

CANTO XIII.

[1] Los Poetas están detenidos en lo alto de la escala. Virgilio, no sabiendo qué camino tomar, se dirige al sol para calcularlo. Como ha pasado de mediodia, el sol está á su derecha. El Poeta se vuelve, pues, hácia esa parte, y para hacerlo tiene fijo el pié derecho, de que hace centro, y mueve alrededor el izquierdo, como la pierna de un compás.

[2] Alude á cuando Pílades dijo que él era Orestes para salvar á ese su tan caro amigo. Ejemplo de caridad que toma del paganismo para mayor confusion de los malos cristianos.

[3] Lívidos, del color de la envidia, como ha dicho ántes de la piedra por la que van andando.

[4] Todavía se ve á los pobres en muchas iglesias de Italia, cuando se gana indulgencia, por cuya causa acude mucha gente, pedir limosna poniendo la cabeza cada uno en el hombro del que le precede, y todos apoyados en pared ó barandilla.

[5] Dama principal de Siena, que odiaba tanto á sus conciudadanos porque la habian desterrado á Colle, que se alegró mucho de la derrota que los florentinos les causaron en Valdelsa en 1269.

[6] Ermitaño florentino.

[7] Da á entender que teme mucho más la pena de la soberbia, como pasion que le domina, que no la de la envidia.

[8] Los sieneses habian adquirido á costa de grandes esfuerzos el puerto de Telamon, en el Mediterráneo, creyéndose ya por eso sólo grandes marinos; y figurándose sus señores que llegarian con el tiempo á ser grandes almirantes y á mandar las mayores y más temibles escuadras; lo cual dice DANTE irónicamente que conseguirian tan pronto como encontrar *La Diana*, que era una corriente de agua que los de Siena suponian que pasaba por bajo de su ciudad, y por cuyas investigaciones infructuosas habian gastado, sin provecho, tiempo, fatigas y dinero.

[9] Porque murieron vários en ese puerto de Telamon, á causa de los aires malsanos que allí reinan.

CANTO XIV.

[1] Levantar la barba para hablar á alguno es accion común y natural en los ciegos.

[2] Esta sierra son los montes Apeninos; de donde se supone que en lo antiguo se desgajó el Peloro, promontorio de Sicilia. En la misma sierra está el Falterona, montaña donde nace el rio Arno.

[3] En aquel punto hay gran concurrencia de aguas, y brotan de una parte el Arno y de otra el Tíber.

[4] Los que van de Circe á la pastura, son los que por sus vicios convertia en bestias aquella maga, y los tenía paciendo en sus pastos.

[5] Éstos son los casentinos; y parece que alude principalmente á los condes Guidos.

[6] Son los aretinos éstos que aquí se comparan con perros pequeñuelos y gruñones, como son los gozques: pueblo es éste que se halla cuando ya el Arno va más crecido.

[7] El rio, á cuatro leguas de Arezzo, tuerce á Poniente; así dice el Poeta con atrevida personificacion, que les tuerce el hocico á los gozques; esto es, que se aparta de los aretinos en su curso.

[8] Los florentinos, que entónces eran Güelfos; y adviértase que *güelfo* significa *lobo*.

[9] Sigue hablando del Arno.

[10] Las zorras, sin iguales por su astucia, son los pisanos.

[11] Es Guido del Duca la sombra que prosigue hablando con su vecino Raniero de Cálboli, aunque quiere que le oigan Virgilio y DANTE.

[12] Sigue siempre dirigiéndose á Raniero, de quien era nieto Fulciero de Cálboli, el cual fué inducido por dinero á perseguir á los Blancos siendo Podestá de Florencia en 1302.

[13] Alegoría de Florencia, muy usada por el Poeta.

[14] Hombre generoso y nobilísimo de Montefieltro. Arrigo de Manardo, digno ciudadano, nacido en Fayenza, segun unos, y en Bertinoro, segun otros. Pedro Traversaro, virtuoso y magnífico señor de Rávena, casado con una hija de Estéban, rey de Hungría. Licio de Valbona, benéfico y muy distinguido caballero de la comarca. Fabro de Lambertazzi, de Bolonia. Bernardino del Fosco, que, aunque de humilde orígen, se elevó por su virtud y su mérito. Guido, de Prada, que es un arrabal entre Rávena y Fayenza. Ugolino de Azo, de la familia de los Ubaldinos. Federico Tinioso, gran señor de Rímini. Los Traversaras y los Anastagios, nobilísimas familias de Rávena.

[15] Bretiñoro, pequeña ciudad de la Romaña, pátria de Guido. Bañacavalo, tierra de la Romaña, entre Rávena y Lugo. Cómo es un castillo (hoy arruinado) de la misma comarca. Los Pagani, hijos de Mainardo, que era denominado *el demonio*, y que supone DANTE que áun despues que muera su padre no podrán ellos restablecer el buen nombre de su familia. Ugolino de Tántoli, honrado señor de Fayenza, que no tenía hijos ni herederos.

[16] Da á entender que, puesto que aquellas almas nos oian andar y no nos decian nada,

era señal de que íbamos por el debido camino.

[17] *Omnis qui invenerit me, occidet me*, son las palabras, segun el *Génesis*, que pronunció Cain despues que mató á Abel.

[18] Agláura, hija de Cécrope, rey de Atenas, fué convertida en piedra por Mercurio, á quien quiso contrariar en sus amores con su hermana Erse.

[19] Porque iba al lado izquierdo de Virgilio, y el miedo del escarpe, que iba haciendo arco, no le permitia otro movimiento.

CANTO XV.

[1] Quiere decir que faltaban tres horas para acabarse el dia.

[2] Esto es: sintió que se añadia á la luz del sol, que le daba en la cara, otra que luégo se dirá.

[3] Este arte es el de la ciencia de la Catóptrica, que explica los efectos de la reflexion de la luz.

[4] Palabras de Jesucristo, segun San Mateo.

[5] Palabras tambien, aunque no textuales, sacadas del mismo capítulo.

[6] Guido del Duca es el que se ha lamentado en el canto anterior de que los hombres gocen de cosas que dañan á otros, y que los apartan de la union con que deben vivir.

[7] Aunque el Poeta no lo ha dicho precisamente respecto de la segunda *P*, debe suponerse que le ha sido ya borrada de la frente, cuando ha entrado en el segundo cerco.

[8] *Fili, quid fecisti nobis sic?* Palabras de la Santísima Vírgen, segun San Lúcas, cuando encontró á su divino Hijo en el templo, despues de tres dias que le lloraba perdido.

[9] La mujer de Pisistrato (véase á Valerio Máximo) excitaba á su esposo á vengar la injuria que habian hecho á su hija, besándola en público.

[10] Atenas, ciudad cuyo patrocinio se dispu-

taban Minerva y Neptuno, y de donde procedieron todas las ciencias.

[11] San Estéban.

[12] El que no mira sino con los ojos del cuerpo, que ninguna facultad tienen ya cuando aquél pierde la vida.

CANTO XVI.

[1] Los latinos dividian el tiempo en Calendas, Nonas é Idus. Quiere, pues, decir el Poeta, *como si vivieras en el tiempo, y no en la eternidad, como nosotros.*

[2] Dice Bocacio que éste fué de los Lombardi de Venecia, hombre de córte y de saber.

[3] Sin duda hay aquí una alegoría que puede interpretarse de diferentes modos. En su obra llamada *Il Convito*, el Poeta manifiesta que la vida humana debe, á su juicio, dividirse en dos ciudades: la del *Bien vivir*, y la del *Mal vivir*, y llama á la primera la verdadera. En cuanto á la torre, representa, segun unos, *los deberes principales de la sociedad;* y, segun otros, *las cosas más necesarias á la vida humana.*

[4] Dios habia prohibido á los hebreos que le sacrificáran animales que no tuvieran las dos calidades de rumiar y de ser bifulcos; y los Padres de la Iglesia dicen que queria significar, por lo de rumiar, que su pueblo debia recibir buena doctrina de sus sacerdotes; y por lo de bifulcos, que éstos debian ofrecerles buenos ejemplos.

[5] Porque de ella se difundió principalmente el Cristianismo por toda la tierra.

[6] Alude al Papa y al Emperador.

[7] Conrado de Palazzo fué caballero de Brescia: Gerardo de Camino, de Treviso; y Guido de Castel, de Regio, en Lombardía.

[8] Gaya, hija de Gerardo, era mujer célebre por su hermosura y por sus malas costumbres.

CANTO XVII.

[1] Entónces se creia que el topo tenía á modo de una tela sobre la córnea del ojo; y hoy generalmente se cree que esos animales no pueden ver, por un vicio que tienen en la citada córnea.

[2] Entre los ejemplos á que arrastra la ira, que se ponen á los iracundos, es uno éste de la fábula muy sabida de Progne, que para vengarse de su marido Tereo, que violentó á su hermana Filomena, mató á Itis, hijo de ambos, y se lo dió á comer al mismo padre.

[3] Aman, el infame favorito del rey Asuero, que de órden de éste fué crucificado en la misma horca que él destinaba al justo Mardoqueo.

[4] Lavinia, lamentándose porque Ámata, su madre, se ha dado la muerte, no pudiendo sufrir que pasára al poder de Eneas, vencedor de Turno, á quien estaba prometida.

[5] Porque Turno murió despues que Ámata.

[6] El hombre no espera de sí propio una súplica, sino que se adelanta á prevenir sus propios deseos.

[7] Que el hombre que está esperando en los apuros de su prójimo á que éste le suplique, es que ya está dispuesto á negarse.

[8] Al tocar el ángel con su ala la frente del Poeta le borra la tercera *P*, que corresponde al pecado de la ira, y le dice: *Beati pacifici,* que con estas otras: *quoniam filii Dei vocabantur,* son palabras de Jesucristo, segun San Mateo.

[9] En esta vuelta, que es la cuarta, se purgan de la pereza.

[10] Estos dos géneros del amor, indispensable para la existencia de toda criatura, los considera DANTE, al uno como natural y siempre bueno en sí, y al otro como pasion de nuestra voluntad, que, segun es bien ó mal dirigida, hace nacer en nosotros sentimientos de ódio ó de afecto. Los de ódio son expiados en los tres círculos de so-

berbia, envidia é ira; así como en este cuarto en que nos hallamos se purga la pereza en seguir el impulso de los sentimientos de afecto. Tambien el exceso de estos sentimientos se convierte en vicios que son castigados en los tres círculos que nos faltan que recorrer, que son los de *Avaricia, Gula* y *Lujuria.*

CANTO XVIII.

1 Virgilio se manifiesta en toda esta explicacion empapado en la doctrina de Platon sobre el amor.

2 Piétola, aldea junto á Mántua, en que nació Virgilio, y á la cual llamaban *Andes* los romanos.

3 Rios de la Beocia, á cuyas márgenes las gentes del país corrian con hachas encendidas para hacerse propicios á Baco, númen tutelar de Tebas y de toda la Beocia.

4 Señala como ejemplos de grande actividad en el afecto el de la Vírgen María corriendo á visitar á Santa Isabel con suma celeridad por sitios montuosos; y el de Julio César, acudiendo á poner sitio á Marsilia para lanzarse luégo sobre Ilerda (hoy Lérida), despues de haber vencido á Afranio, á Petreyo y á un hijo de Pompeyo.

5 Parece que éste se llamaba D. Alberto, sujeto de excelentes costumbres, pero muy remiso y tardo en sus resoluciones.

6 Habla irónicamente del emperador Federico I, llamado Barbaroja.

7 Increpa en estos versos á Alberto de la Escala, señor de Milan, que, tiranizando el convento de San Zenon, puso en él de abad á su hijo José, bastardo, de torcido y horrible cuerpo, aunque ménos feo todavía que su alma. Esta violenta intrusion ocurrió en 1292, siendo Alberto capitan del pueblo.

8 Los israelitas (esto es, aquellos á quienes abrió paso para el Egipto el mar Rojo separando

sus aguas) perecieron sin llegar ellos ni ver llegar al Jordan sus descendientes.

[9] Los troyanos que se quedaron en Sicilia se condenaron á una vida oscura, sin participar de la gloria de que se cubrieron sus compañeros, que, siguiendo á Enéas, fundaron el glorioso imperio romano.

CANTO XIX.

[1] Poco ántes de amanecer.

[2] En tiempo de DANTE habia un arte, que se llamaba de la Geomancia, que consistia en adivinar por medio de puntos marcados en el suelo ó en un papel á la casualidad, tirando líneas entre ellos y haciendo ciertos cálculos. Y decian que habian sacado *el signo de la mayor fortuna* cuando la disposicion de los puntos resultaba semejante al órden con que se ven las estrellas que componen el fin de la constelacion de Acuario y todo Píscis, ó, lo que es lo mismo, cuando va á salir el sol.

[3] Parece que esta Sirena es la mentira.

[4] Esta santa mujer debe ser la verdad.

[5] Con esta accion el ángel borra de la frente del Poeta la cuarta *P*, esto es, el pecado de la pereza.

[6] Esta es la sentencia de Jesucristo: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*

[7] Quiere dar á entender *la mentira*, de quien se lloran los males que ha causado en los cercos de más arriba, esto es, en los que les falta que subir á los Poetas. Eran esos los de *Avaricia, Gula* y *Lujuria.*

[8] El halcon, al grito que le da el halconero para que se lance el aire tras de su presa, primero se mira al pié, por ver si está ya suelto de la cadena, y despues es cuando se echa á volar.

[9] En este quinto cerco de la *Avaricia* el Poeta pone las palabras del salmo 118, y con ellas

confiesan esas almas el apego que tuvieron á las riquezas terrenas.

[10] Porque como estaba boca abajo en el suelo, no se hizo cargo de él hasta que le oyó hablar.

[11] La penitencia.

[12] El cuidado de llorar tus culpas.

[13] Es el Papa Adriano V, de la familia *Fiesqui*, y sus parientes llevaron el título de condes de Lavaño, en el Estado que riega el rio de ese nombre, entre Sestro y Cláveri, territorio del Genovesado. Este Papa sólo reinó un mes y nueve dias.

[14] *Conservus tuus sum et fratrum tuorum*, son palabras del ángel á San Juan en el *Apocalipsis*.

[15] Palabras de Jesucristo á los saducéos para convencerles de que no habia matrimonios en la otra vida. Aquí Adriano quiere dar á entender con ellas que habiendo ya muerto, no le tocaban los honores que como Papa le correspondian cuando vivia, por esposo de la Iglesia.

[16] Esta sobrina de Adriano fué mujer de Marcelo Malaspina, marqués de Jovagallo.

CANTO XX.

[1] Quiere decir que se apartó sin acabar de henchirse de las noticias que deseaba, porque sometió su deseo al de Adriano, que era mayor y más justo, pues era para cumplir su penitencia.

[2] Como las almas ocupaban la faja de camino correspondiente al lado del escarpe, tenian que ir los Poetas, para no pisarlas, del lado á que se alzaba el monte como haciendo muro.

[3] Aquí llama loba á la avaricia, como la llamó tambien en la alegoría que hizo de ella en el primer canto del INFIERNO.

[4] La Vírgen Santísima, que siempre fué pobre.

[5] Fabricio, general romano que despreció las

riquezas que le ofreció Pirro, y vivió y murió en la pobreza.

[6] San Nicolás *de Bari,* obispo de Mira, aunque llamado de aquel modo por haber sido enterrado en aquel pueblo, dotó á tres doncellas para que su pobreza no las llevára á corromperse.

[7] El alma que aquí aparece es la de Hugo, el grande duque de Francia y conde de París que, por causas en que no están conformes los historiadores, fué llamado *Cappatus* ántes que su hijo Hugo de Orleans, que fué el primer Rey de su raza. Hay que recordar en este pasaje que habia un atroz decreto que condenaba á Dante á ser quemado vivo si caia en manos de los florentinos, y que el Poeta atribuia esta bárbara sentencia al partido que Cárlos de Valois, descendiente de Hugo el Grande, habia sostenido con sus armas. Así llama hijo de un carnicero á este grande hombre, que, como es notorio, fué hijo de Roberto, duque de Aquitania. Tal vez le llama así porque fué posesor de inmensos rebaños, riqueza en que se fundaba entónces todo el poderío de los grandes príncipes, y haber tenido la casa de Hugo el privilegio de abastecer de carnes á París.

[8] Estas son ciudades principales de Flandes, ocupadas en parte por fuerza y en parte con amaños por Felipe el Hermoso en 1299, y perdidas en 1302; á cuyo suceso alude en la invocacion que hace para que eso suceda, como en efecto sucedió dos años despues (y por eso evoca el suceso) de la imaginaria venida de Dante al Purtorio, y ántes de que él escribiese su poema.

[9] Debe ser Cárlos el Simple, que, aunque no fué hecho fraile, estuvo recluso y murió en el castillo de Perona.

[10] El reino vacante por muerte de Luis V, último rey de la estirpe Carlovingia.

[11] La raza capetingia, de que vienen los reyes de Francia.

[12] Supone que su raza tenía poco poderío, pero que era benigna, ántes de ganar las riquezas

que adquirieron primero por los Estados y riquezas del conde de Tolosa, cuya hija casó en 1228 con Alfonso, hermano de San Luis, y despues por los de Raimundo, conde de Provenza, que los legó en su testamento á Beatriz, la menor de sus hijas, que casó en 1245 con Cárlos de Anjou, tambien hermano del mismo San Luis.

[13] Esto es, por enmendarse de una culpa, cometió otra. Es difícil concordar mucha parte de lo que aquí dice el Poeta con la historia hoy conocida de los reyes de Francia. Hay que tener presente lo difícil que era entónces averiguar la verdad de cosas ocurridas en edad y en lugares tan remotos del escritor. Quien leyendo la COMEDIA no se hace cargo de lo diverso de los tiempos y de los estudios; quien confunda el siglo XIX con el XIV, ó se perderá desesperado en un laberinto sin salida, ó retorcerá miserablemente el sentido y la significacion de las palabras.

[14] Cárlos, duque de Anjou, lanzó á Manfredo del reino de Sicilia, de que se habia apoderado á la muerte de Conrado; y para asegurar su posesion, dió muerte al hijo de éste, Conradino de Suavia, legítimo sucesor de aquella corona.

[15] Se dijo que Cárlos, por medio de su médico, hizo envenenar á ese Santo, por miedo de tenerle contrario á sus deseos en el Concilio de Leon; pero tal hecho no se tiene por cierto.

[16] Cárlos de Valois, sin más lanza que la de Judas, esto es, la traicion (porque fué á Italia en 1301 sin ejército, con sólo una comitiva numerosa de condes y barones y una escolta de 500 caballeros), entró en Florencia como pacificador con el beneplácito de Bonifacio VIII; y engañando á los florentinos, los afligió con toda suerte de vejaciones, crueldades y rapiñas.

[17] Por eso le llamaron *Cárlos sin tierra*. El Poeta supone que nada le importaba el vituperio de aquellas malas acciones, y que por esa falta de pudor eran todavía mayores su deshonor y sus pecados.

[18] Cárlos II, rey de Apulla y de Sicilia (en 1282), fué hecho prisionero, en la misma nave en que combatia, por Roger de Oria, almirante de Pedro de Aragon, á quien disputaba la Sicilia. Este tuvo una hija, llamada Beatriz, que entregó por esposa á Azon de Este, ya muy viejo, mediante la suma que le entregó de 50,000 florines.

[19] Bonifacio VIII fué hecho prisionero en Anagni, ciudad de la campiña de Roma, por mandato de Felipe el Hermoso, rey de Francia, á quien llama nuevo Pilatos, y por sus capitanes Nogaret y Estéban Colona, entre quienes supone clavado á Bonifacio, que, en efecto, murió de resultas de aquella amargura.

[20] Sin autorizacion pontificia, Felipe condenó á los Templarios, degolló á algunos, abolió la Orden y se apoderó de sus bienes. Este acto injusto é inícuo fué en el pontificado de Clemente V.

[21] Quiere decir que de dia solamente se alababan aquellos ejemplos de pobreza y de liberalidad como el de María Santísima; y de noche se predicaban los castigos de la avaricia, como, por ejemplo, el de Pigmalion, que mató á Siquéo, marido de Dido, por apoderarse de sus riquezas; el de Midas, rey de Lidia, que habia obtenido de Baco que todo lo que tocára se le convirtiera en oro; el de Acham, que fué lapidado de órden de Josué porque se apropió una parte del botin adquirido en Jericó; el de Safira y Ananías, que cuando acababan de hacer voto de pobreza se guardaron una parte de su peculio, por lo cual, reprendidos por San Pedro, cayeron muertos en el acto; el de Heliodoro, mandado por Seleuco á robar los tesoros de Jerusalen, que fué rechazado por un hombre á caballo y armado que se presentó delante de él milagrosamente; el de Polinestor, que mató á Polidoro; y el de Marco Craso, á quien los Partos, que le vencieron, le mataron echándole oro líquido en la boca.

[22] Quiere decir que cuando DANTE pasaba,

no resonaba entónces más voz que la de Hugo el Grande, no que no hubiera otras que hiciesen, lo mismo que él, citas de buenos ejemplos. Esto lo dice contestando á lo que al principio le pregunta el Poeta, que recordarán nuestros lectores, que es, además de cómo se llama, si se encuentra allí solo.

[23] Porque el *Gloria in excelsis* es el himno que los ángeles cantaron al nacimiento del Salvador.

[24] En el canto siguiente vendrá la explicacion de aquel sacudimiento que tanta curiosidad despierta en el Poeta.

CANTO XXI.

[1] Se significa por los comentadores teológicos, en el agua de salud que Jesus dió á la Samaritana, la divina sapiencia, procedente de Dios y conducente á Dios, en la cual puede únicamente satisfacerse la inteligencia humana.

[2] Aparicion de Jesus á los dos Apóstoles en el camino por donde iban á Emaús.

[3] Que iba mirando las almas que estaban boca abajo tendidas en el suelo, y al cual no advertimos hasta que habló.

[4] Ese signo es el de la *P* que el querubin ha delineado en la frente de Dante.

[5] La parca Láquesis.

[6] Porque Virgilio, cuyo destino es en el Limbo, no puede hacerle más explicaciones que hasta donde alcance la razon natural.

[7] Taumante, hijo de la Tierra, fué padre de Iris.

[8] El ángel que está á la puerta del Purgatorio con las llaves y sobre los tres escalones.

[9] Quiere decir que cuando el alma está ya purificada, se lo avisa á la voluntad, y ésta mueve á aquélla á mudar de residencia. Más abajo dice que el alma quiere siempre cambiar de domicilio; pero que contraresta ese querer el que

tambien tiene de purificarse, y así no le lleva á cabo hasta que se halla purgada y limpia.

[10] El temblor fué porque aquella alma que apareció de súbito se sentia entónces purificada del pecado de la avaricia, en cuyo purificadero habia estado quinientos años, y ya le tocaba subir al de más arriba.

[11] Llama á Vespasiano *justo azote de Dios* porque destruyó á Jerusalen en venganza de las heridas que los judíos hicieron á Jesus.

[12] Este que habla es el poeta latino Estacio, que fué napolitano, pero que en tiempo de DANTE se le creia tolosano, porque hasta un siglo despues no se encontró su obra titulada *Selve*, única en que dice su pátria. (Lib. v.)

[13] Porque no acabó el segundo de esos poemas.

CANTO XXII.

[1] El ángel pronuncia esta sentencia, que es de San Mateo: *Beati qui sitiunt et esuriunt justitiam*, usando sólo del *sitiunt*, y no del *esuriunt;* porque se reserva, como luégo se verá, para decirlo en el cerco de la *Gula*, que está más alto.

[2] Son Virgilio y Estacio, porque este último seguirá ya siempre en compañía de DANTE hasta el fin del viaje por el Purgatorio.

[3] Juvenal floreció poco despues de Estacio y alabó la *Tebaida*, en la cual el autor elogia á Virgilio. El sentido es éste: cuando Juvenal bajó al Limbo, le comunicó á él (va hablando Virgilio) el amor que tenía á Estacio; y por eso dice poco más arriba que el amor es comunicativo si procede de un motivo honesto.

[4] Quiere decir que si no le hubieran curado del amor al dinero aquellos versos del libro tercero de la *Eneida: Quid non mortalia pectora cogis, auri sacra fames!* estaria entónces en el Infierno entre los avaros y pródigos, que son allí castigados, chocando moles enormes y pesadas

unos contra otros. De donde deduce el Poeta que la sed de oro es igualmente comun, aunque con objeto contrario, al avaro que al pródigo.

[5] Quiere decir que se arrepintió de él.

[6] En el canto VII del INFIERNO dice que en el juicio final los pródigos resucitarán sin pelo en la cabeza.

[7] Virgilio (el Bucólico) le pregunta cuál luz le iluminó para dirigir su barco al Pescador (San Pedro, que lo fué en Galilea) y seguir el Cristianismo, puesto que debia ser todavía pagano cuando, al cantar el doble duelo de Yocasta por la muerte de sus dos hijos Polinice y Eteócles (asunto principal de la *Tebaida)*, hacía su invocacion á Clio, divinidad pagana, y una de las Musas.

[8] Alusion á los versos de Virgilio de la cuarta égloga: *Magnus ab integro,* etc.

[9] Los *Apóstoles,* cuya palabra quiere decir *enviados.*

[10] Domiciano, hijo de Vespasiano, fué el que promovió la segunda persecucion contra los cristianos.

[11] En el purificadero de la pereza.

[12] Todos los que aquí nombra Virgilio son poetas latinos y griegos que estaban en el Limbo con el padre de los cantos graves, como llama á Homero.

[13] El Parnaso es el monte en que vivian las Musas, á las que llama, como Poeta que es, sus nutrices.

[14] Todas estas son heroinas de la *Tebaida.*

[15] Isífile, hija de Toante, rey de Lemnos, enseñó á Adrasto sediento dónde estaba la fuente Langia, en las inmediaciones de la ciudad de Nemea, á donde la princesa habia sido vendida por corsarios que la habian robado.

[16] Tétis, madre de Aquiles.

[17] Dafnis ó Artemisa, sibila délfica, hija de Tiresias, hermana de Manto la Adivina.

[18] Deidamia, hija de Licomedes, rey de Sciro.

[19] Las horas primera, segunda, tercera y cuarta.

[20] Estacio, que desde há poco va con ellos.

[21] Esta voz cita ejemplos de templanza.

CANTO XXIII.

[1] Es un versículo del salmo 5o.

[2] Que purga en este giro el vicio de la gula.

[3] Erecsiton, que, condenado á un hambre inextinguible en venganza de haberse negado al culto de Céres, despues, de haber consumido todos sus bienes en comer, murió devorando sus propios miembros.

[4] Llegó á tanto el hambre en Jerusalen, sitiada por Tito, que una noble mujer, llamada María, se comió, segun escribe José Flavio, á su propio hijo.

[5] Alude á un entretenimiento de los chicos de su tiempo, que consistia en leer *omo* en la fisonomía humana: los dos ojos eran las *oes*, ó letras primera y tercera de la palabra, y la *eme* de enmedio la formaban de la nariz con las cejas y mejillas hasta las orejas. Aquí el Poeta supone que en la cara de estas sombras se distinguiria bien la *eme*, por lo descarnado de las facciones; y sin duda hace esta comparacion, que nos parece muy ridícula á los lectores de hoy, para recuerdo de ese entretenimiento, que sería entónces muy usual entre los muchachos.

[6] Alude al árbol de que se hace mencion en el canto XXII.

[7] Florentino, de la familia de Donati, hermano de Micer Corso y de Picarda, y amigo y pariente de DANTE.

[8] *Si forzosamente la enfermedad te privó de ser goloso, y no el arrepentimiento de ese vicio, ¿cómo es...?* etc.

[9] Nella es un diminutivo italiano aplicable á vários nombres de mujer; y no se sabe cuál sería el de ésta, que fué esposa de Forése, y debió ha-

berse acordado mucho de él y hecho muchos sufragios por su alma, como aquí se expresa.

[10] La supone muy sola en el bien obrar en la ciudad de Florencia, donde la dejó viuda, cuya ciudad puede competir en deshonestidad con la Barbagía sárdica. La Barbagía es una montaña de la Cerdeña, en que habia poblacion tan corrompida, que las mujeres eran famosas por su impudicicia.

[11] Quiere decir que ántes de quince años (espacio regular de la lactancia á la pubertad) sufrirán las florentinas el castigo que merecen sus vicios; y alude con esto á los horrores de la guerra civil en que las sumergieron las facciones.

[12] Tal vez alude á aventuras que corrieron juntos en su juventud.

CANTO XXIV.

[1] Tan magros y escuálidos estaban.

[2] Estacio.

[3] Forzada Picarda á salir del convento de Santa Clara para casarse con un *De la Tosa*, por exigencia de su hermano Corso, enfermó y murió, conservando sus votos y ganando el lauro de este triunfo de la castidad.

[4] Quiere decir que como no se les puede conocer en la cara, se les permite decir quiénes son.

[5] Bonayunta, caballero luquense de la familia de los Orbisani.

[6] El Papa Martin IV.

[7] El vernacha era un vino exquisito que se hacía de la uva cosechada en lo más alto de las montañas de Siena.

[8] Señor de un castillo del Monte-Senario, gran gloton de su tiempo.

[9] Bonifacio de Fiesqui, arzobispo de Rávena, que parece dió muchos banquetes con las rentas de la mitra.

[10] Se cuenta de éste (que era marqués de Rigogliosi) que habiéndole dicho una vez su canti-

nero que se murmuraba por la ciudad de que pasaba bebiendo casi todo el dia, le contestó: *Pues anda; diles que es porque tengo sed á todas horas.*

[11] Entre el paladar y la lengua (que es por donde se ejerce el vicio de la gula) era por donde nombraba confusamente á Gentuca.

[12] Parece que aquí le profetiza el conocimiento y relaciones que el Poeta tendrá en Luca con esta Gentuca, jóven soltera de aquella ciudad, como aparecia de *la venda,* que era un velo que bajaba desde la cabeza y cubria el rostro, no empezando las mujeres á usarlo hasta que se casaban.

[13] Es el principio de una cancion compuesta por Dante en obsequio de Beatriz.

[14] *El Notario*, así llamado porque ejercia esa profesion, era el rimador Jacobo de Lentino; y Guitón era otro Poeta, hermano del de su mismo nombre de Arezo.

[15] Que no será tan pronto su muerte como él lo desea, por las causas que dice en seguida.

[16] Corso Donati, jefe del partido de los Negros, murió arrastrado por su caballo.

[17] Al Infierno, donde no llèga el perdon.

[18] La muerte de Corso ocurrió á los ocho años de la supuesta vision de Dante en el de 1308, y no fué porque le arrastró el caballo, como supone, sino porque habiendo caido de él cuando huia de Florencia perseguido por el pueblo, le alcanzaron y mataron unos soldados catalanes á una milla de distancia, junto á San Salvi.

[19] Esta decorosa circunspeccion del Poeta en no nombrar á Corso, es por el parentesco que con él tenía.

[20] Quedó con Virgilio y Estacio.

[21] Porque no podia ver esos ramos hasta volver sobre su derecha, y entónces se los halló ya de manos á boca.

[22] Los centáuros, hijos de Ixion y de la nube que representaba la figura de Juno, queriendo

robarle á Pirotoo su esposa Ipodamia, fueron vencidos por Teseo.

[23] Queriendo Gedeon atacar con diez mil hombres escogidos á los Medianitas, Dios le mandó que no llevára á los que, al beber en la fuente Arao, se echaron al suelo, sino á los que bebieron de pié en el hueco de la mano, y solamente encorvados un poco.

[24] En este acto el ángel le borra otra *P*, porque sale del giro de la Gula.

CANTO XXV.

[1] Quiere decir que en el hemisferio del Purgatorio eran dos horas despues de mediodía, y en el antípoda otras dos despues de media noche.

[2] Viva por el deseo, y muerta en seguida por el miedo de molestar con preguntas tan reiteradas.

[3] Modo metafórico de decir: suelta las palabras que tienes ya en la punta de la lengua.

[4] Dante quiere dar á entender con esto que áun los antiguos, sin ser cristianos, reconocian la insuficiencia humana para penetrar secretos que por la voluntad de Dios se apartan de lo natural; y á ese fin cita á Meleagro, cuya vida, segun la mitología, se gastaba á medida que se consumia un tizon encendido por el Hado al tiempo de su nacimiento.

[5] Hay que tener presente que Dante se ha propuesto por cuadro el universo entero, todas las ciencias, las artes, las cualidades morales del hombre, sus sentimientos, sus inspiraciones. Al describir, pues, procede con arreglo á lo que en su tiempo se sabía; y por errores que haya de física y de metafísica en este trozo de poesía, no es ménos de admirar el estilo tan vivo, tan penetrante y tan claro del Poeta, que expresa admirablemente las concepciones á que le han llevado los libros que ha estudiado.

[6] Averróes, comentador de Aristóteles.

[7] Idea maravillosa, cuya novedad se atribuye á Galileo, cuando tanto tiempo ántes habia ya ocurrido á DANTE.

[8] Cloto tiene la rueca, Laquésis hila, y Atropos corta el hilo. Estas son las tres Parcas.

[9] Al puerto de Aqueronte, donde se embarca para el Infierno, ó al del Tíber para el Purgatorio, como ya nos ha dicho el Poeta.

[10] Principio del himno que se canta en los maitines del sábado. DANTE lo pone en boca de las almas que se purifican del pecado de Lujuria, pues ya se ha entrado en el sétimo y último circuito ó giro.

[11] Atendiendo á satisfacer su curiosidad, y á no caerse por el escarpe del giro á donde le obligan las llamas á apartarse.

[12] Palabras de María Vírgen al Arcángel.

[13] Élice ó Calisto fué ninfa de Diana, á la cual Júpiter fecundó, tomando la figura de esa diosa, que, habiendo descubierto su estado en el baño, la arrojó de su compañía.

CANTO XXVI.

[1] Montaña de la Moscovia boreal.

[2] En las arenas de la Libia.

[3] El Empíreo.

[4] La que grita *Sodoma* y va contrapuesta, pero dentro de la línea del fuego.

[5] César, vencedor de las Galias, en su marcha triunfal al Capitolio fué llamado *Reina* por los soldados, que, como es sabido, se tomaban toda clase de libertades en esas ocasiones, porque se habia dicho que el rey Nicomedes abusó de la inocencia de aquel héroe cuando era jovencillo.

[6] Este modo de evitar hablar de asunto tan repugnante concuerda con el que observa tambien el Poeta en el Infierno cuando encuentra á Bruneto Latino.

[7] Famoso rimador boloñés.

[8] Toas y Euméno, yendo en busca de su ma-

dre Isipíle, la hallaron en el momento en que iba á matarla Licurgo, rey de Neméa, porque habia dejado morder por una culebra, por descuido, al príncipe hijo suyo, cuya guarda le habia confiado.

[9] Porque es extremadísima la pintura que hace Estacio en la *Tebaida* del sentimiento de los hijos de Isipíle en estos versos: *Per tela manusque irruerunt, matremque avidis complexibus ambo diripiunt flentes, alternaque pectora mutant.*

[10] De quien él y otros poetas más tiernos que él tuvieron que aprender en el arte de la rima.

[11] Los manuscritos.

[12] Guido habla aquí de Daniel Arnaldo como del mejor de los poetas provenzales que escribieron en su lengua materna; lo que entónces empezaba á usarse y era todavía muy raro, pues la costumbre habia sido escribir en latin.

[13] Se llamaba entónces *El Lemosí* á Gerardo de Berneil, natural de Limoges, poeta provenzal que el vulgo de aquel tiempo prefirió á Daniel Arnaldo.

[14] Quiere decir: dile un Padre nuestro suprimiendo lo de: *y no nos dejes caer en tentacion*, etc., porque eso no alcanza á aquellas almas que están ya en el Purgatorio.

[15] La traduccion de esos versos es ésta: «Tanto me agrada vuestra cortés demanda, que ni puedo ni quiero ocultarme de vos. Yo soy Arnaldo, que lloro y voy cantando. Pensativo veo la pasada locura, y gozoso veo el gozo que pronto aguardo. Ahora os pido por aquella virtud que os lleva á la cima sin frio ni calor, que os acordeis de mitigar mi dolor.»

CANTO XXVII.

[1] Partiendo del supuesto planteado por el Poeta de que el sol vibraba en Jerusalen sus primeros rayos, se sigue naturalmente: que empeza-

ba á oscurecer en el Purgatorio; que era media noche en el Ebro, confin occidental, y medio dia en el Ganges, confin oriental; supuestos ambos respecto de nuestro hemisferio, y considerando que ese rio de la India corre bajo el meridiano de España, meridiano que es el horizonte comun á Jerusalen y al monte del Purgatorio. Téngase tambien presente que estando el sol en Aries, la noche debia estar en el signo opuesto, que es el de Libra.

[2] *Beati mundo corde, quia ipsi Deum videbunt.* (San Mateo.)

[3] *El par custodio* son Estacio y Virgilio.

[4] Esta reticencia es muy posible que la usára Virgilio como para recordar al Poeta que no estaba bien limpio del vicio que allí se purga, y que para ir adelante era preciso que allí se purificase algo; con más motivo, cuanto el ángel no le habia borrado esta vez la última *P* de la frente.

[5] El mónstruo sobre cuya espalda pasaron del sétimo al octavo cerco del Infierno.

[6] Véase la fábula de Píramo y Tisbe, en Ovidio. La morera que ántes producia flores blancas, regada por la sangre de los amantes, las produjo desde entónces encarnadas.

[7] Palabras de Jesucristo, segun San Mateo.

[8] Al rayar del alba.

[9] Lía, hija de Laban, esposa primera de Jacob.

[10] Raquel, otra hija de Laban, tambien esposa de Jacob. Por Lía debe entenderse la vida activa, y por Raquel la contemplativa.

[11] La felicidad eterna que los hombres buscan por tantos caminos, de la cual es figura el Paraiso terrenal, colocado en la cima del Purgatorio.

[12] Miéntras viene Beatriz.

[13] Por la purificacion que ha sufrido, no pudiendo ya en ese estado querer sino lo justo y lo bueno.

[14] Pues te devuelvo el absoluto mando sobre

tí mismo. Acaso alude á estas palabras de un Pontífice: *Ecclesia in signum temporalium dedit mihi coronam, et in signum spiritualium contulit mihi mitram.*

CANTO XXVIII.

[1] Del lado de Occidente.

[2] Aquí quiere decir *por acompañamiento.* El bordon era propiamente el tubo más largo y grueso de la cornamusa, que con sonido invariable hacía el contrabajo.

[3] Sitio junto á Rávena, cerca del Adriático, donde hay un gran pinar.

[4] Siroco es un viento húmedo que sopla entre Levante y Mediodía.

[5] Mayos eran unos ramajes frondosos que la noche víspera del 1.º de Mayo los campesinos italianos ponian delante de las casas de sus amadas. Aquí se usa por árboles en general.

[6] En el canto XXXIII se dice quién es esta mujer.

[7] Alude al robo de Proserpina por Pluton, que la arrebató á su madre cuando estaba cogiendo flores en compañía de sus ninfas.

[8] Alude á cuando Cupido, al ir á besar á Vénus, su madre, la hirió sin querer con una de sus flechas, y la inspiró por ese descuido la pasion que sintió por Adónis.

[9] Jerjes echó un puente sobre el Helesponto, cuyo puente halló roto cuando á su vuelta, derrotado por Temístocles, tuvo que pasar en una mala barca.

[10] Alude al disgusto y afan de Leandro (jóven natural de Ábidos, en el Asia) cuando hallaba alborotadas las olas del Helesponto, cuyo estrecho atravesaba todas las noches para unirse con su amada Hero, que residia en Sesto, pueblo de la costa de Europa, al frente del citado Ábidos.

[11] Aunque no lo ha dicho el Poeta, le seguian Estacio y Virgilio, y á ellos alude la vírgen cuan-

do dice que son nuevos en aquel sitio, y que acaso por eso no les parezca natural y llana la risa con que los recibe, sino, por el contrario, extraña y sospechosa; porque en tiempo de DANTE, como en el nuestro, no era muy cortés, por lo visto, recibirle á uno con risas cuya causa no se sabe.

[12] La vírgen da á entender por este salmo (que es el 91) la causa por qué se detienen á gozar allí de alegrías inefables.

[13] Porque Estacio le dijo ántes que desde la puerta del Purgatorio arriba no habia alteracion alguna en el aire.

[14] Este sitio es el Paraiso terrenal, en el cual sólo estuvieron siete horas nuestros primeros padres.

[15] Es imposible seguir estos razonamientos de DANTE, por lo oscuro de las definiciones físicas; y volvemos aquí á recordar el atraso en que entónces se hallaban estas ciencias, y nos abstenemos de dar las explicaciones con que muchos comentadores se fatigan y fatigan la imaginacion de sus lectores.

[16] La tierra en que el hombre habita.

[17] Letéo es palabra derivada del griego, y quiere decir *olvido*. Eunóe, derivado tambien del griego, quiere decir *buen recuerdo*.

CANTO XXIX.

[1] Palabras del salmo 31, con las cuales se congratula con DANTE, de cuya frente habian sido ya borradas todas las siete *PP*.

[2] Porque nos ha hecho perder una mansion tan deliciosa.

[3] La virtud estimativa, la inteligencia.

[4] Iban muy despacio: ó por modestia, segun Grangier, ó, segun Venturi, por no descomponer las galas y joyas de que iban cubiertas.

[5] La luna, ó Diana, se llama así por nacida en Delos.

[6] Parece que estos diez pasos, que son la distancia á que iba uno de otro candelero, son alegoría de los diez mandamientos, indispensables de observar para alcanzar los dones del Espíritu Santo, simbolizados tambien en los siete candelabros.

[7] La alegoría que aquí se expresa es una imitacion de Ezequiel y del *Apocalipsis*. El carro es la Iglesia; los siete candelabros, los siete dones del Espíritu Santo; los que vestidos de blanco siguen á los candelabros, son los Patriarcas y Santos que creyeron en Jesucristo ántes de su venida; las llamas que á modo de banderolas se tienden por el aire con los colores del íris, son los siete Sacramentos de la Iglesia; los ancianos coronados de lirios, símbolo de la fé, son los veinticuatro libros del Antiguo Testamento; los cuatro animales coronados de verdes flores, son los evangelistas San Mateo, San Márcos, San Lúcas y San Juan; el Grifo, medio leon, medio águila, es Jesucristo, que posee las dos naturalezas, la divina, representada por el águila, y la humana, por el leon; las dos ruedas del carro son el Antiguo y el Nuevo Testamento; las tres mujeres que danzan alrededor, al lado de la rueda derecha, son las virtudes teologales, Fé, Esperanza y Caridad; la roja, es la Caridad; la verde, es la Esperanza, y la blanca, la Fé: las cuatro vestidas de púrpura que danzan junto á la rueda izquierda, ó Antiguo Testamento, son las virtudes cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza; y la Prudencia es la que tiene tres ojos en la frente. De los dos ancianos que siguen, el que lleva el traje de los discípulos de Hipócrates, es San Lúcas, que, en efecto, era médico; el que empuña una espada brillante y puntiaguda, es San Pablo; los cuatro personajes de aspecto humilde, son los Apóstoles Santiago, Pedro, Juan y Judas, hermano de Santiago; el anciano solo que va durmiendo y del cual se percibe la fisonomía viva é inteligente, es San Juan, que escribió

el *Apocalipsis* á la edad de cerca de noventa años.

[8] San Juan describe los cuatro animales provistos de seis alas cada uno, y así lo hace DANTE; y Ezequiel, armados de cuatro solamente.

[9] Cuando Jove quiso evitar que Faetonte abrasára la tierra por haberse apoderado inexperto del manejo del carro de su padre, el sol, le atravesó con un rayo, y cayó precipitado en el mar.

[10] El poder de la elocuencia divina.

CANTO XXX.

[1] Llama el Poeta setentrion del primer cielo á los siete candelabros, como nosotros lo decimos de las siete estrellas de la Osa mayor.

[2] Verso de los *Cantares*.

[3] Á la última intimacion, esto es, al llamamiento de Dios al Juicio final.

[4] Esta expresion de *á la voz de tan gran viejo*, parece que manifiesta que aquel que empezó ántes el verso de los *Cantares* es San Juan.

[5] Hé aquí á Beatriz. Su aparicion, preparada desde los dos cantos anteriores, produce en éste un efecto sorprendente, y es, en mi concepto, uno de los más peregrinos pasajes del poema entero. Beatriz divinizada, sobre quien los ángeles derraman flores á manos llenas, *coronada de oliva,* como símbolo de la sabiduría, *sobre velo sutil,* como enseña de la pureza, *vestida de manto verde*, símbolo de la eternidad, y de *túnica de color de fuego,* emblema del amor divino, ofreciéndose á DANTE con rasgos que no conoce con total evidencia, pero que le renuevan el sentimiento que experimentaba á la presencia de aquella Beatriz que amó en el mundo y que hace ya diez años que no ha visto, es un cuadro que arrebata al lector, como arrebata al Poeta, que en cuanto recibe en sus ojos la virtud de aquella vista que le habia *traspasado el corazon* cuando tenía nue-

ve años solamente, se vuelve á Virgilio y exclama:

No me ha quedado
Sin temblar de mi sangre ni una gota:
Conozco el fuego del amor pasado.

Diga Venturi lo que quiera, su impertinente censura de este cuadro será desdeñada por las personas de buen gusto de todos los tiempos, que verán siempre en él un modelo inimitable de sensibilidad y de ternura.

[6] Quiere decir, ni las delicias del Paraiso. Este terceto, en que prorumpe el Poeta al verse separado de su dulce Virgilio, es tambien tiernísimo.

[7] Da á entender que no sería discreto que él hiciera sonar aquí su nombre, si Beatriz misma no le hubiera pronunciado; pero como fiel historiador, se ve obligado á no ocultar nada de lo sucedido. Lo cierto es que si por cualquier accidente se hubiera perdido el nombre del autor de este maravilloso poema, ese nombre se habria encontrado en este pasaje.

[8] Esto está dicho con ironía, porque Beatriz (como ella misma dice despues) sabe bien que él se ha desviado del camino que siempre le marcó.

[9] Principio del salmo 30, cuyo final es: *Conturbatus est in ira oculus meus,* que no era propio que se cantára en un lugar de paz eterna.

[10] Llama á los Apeninos *la espalda de Italia.*

[11] Segun Dante, la segunda edad es la juventud colmada, á la entrada de la cual (á los veinticuatro años) Beatriz *mudó de vida,* esto es, pasó de la temporal á la eterna.

[12] Alude á la bajada al Infierno del Poeta.

[13] Beatriz da á entender á los ángeles que su reprension es porque si Dante no tuviera que verter ni siquiera una lágrima, vendria abajo el decreto de Dios, que impone que ningun pecador beba del rio Lete y pase adelante sin padecer dolor y sufrimiento.

CANTO XXXI.

[1] Esto es, sin haber hecho intervalo entre estas palabras y las que pronunciaba al final del canto anterior.

[2] Quiere decir que más se conocia aquel *sí* por el movimiento de los lábios que por el sonido de la voz.

[3] El viento *de la region en que reinó Yarba*, ó del África.

[4] Beatriz le ha dicho que levante *la barba* y no la faz, como recordándole sus años, por los que no debia ya dejarse arrastrar, como si fuera un jovencillo, de las cosas terrenales.

[5] Su hermosura me pareció mayor que la que yo le conocí en el mundo, donde vencia á la de todas las demás mujeres. Este es el sentido.

[6] Da á entender que aborreció más que ninguna otra cosa lo que fué causa principal de apartarle de ella.

[7] Es la misma del canto XXVIII.

[8] Palabras del salmo 50, que pronuncia el sacerdote cuando riega al pueblo con el agua bendita.

[9] Las virtudes cardinales, que en el cielo son las estrellas, de las que dice en el canto primero que no fueron nunca vistas por los primeros hombres, y que en el mundo acompañaròn siempre á Beatriz.

[10] Las virtudes teologales.

[11] Por esmeraldas da á entender los ojos, que brillaban con luz de esperanza del amor divino.

CANTO XXXII.

[1] Cambio de frente alternando las filas, segun la antigua táctica.

[2] Quiere decir que iban á la rueda derecha porque giraba el carro hácia esa mano, y era, por tanto, aquel arco el menor, como más cercano al eje.

[3] El espacio de tres tiros de flecha.

[4] Toda esta alegoría es una historia de la Iglesia y de las vicisitudes á que estuvo sujeta.

[5] Alude á que ese fruto se le acedó á nuestros primeros padres.

[6] Parece que en este acto del Grifo de dejar atado al tronco de la planta el timon del carro, se da á entender que el Papa y su cátedra, figurada por el carro, deben estar siempre unidos á Roma; con lo que se reverdece el imperio, que es representado por el árbol seco.

[7] Mezclada con la luz de Aries, que es el signo que cae detrás del de Piscis ó *Albur celeste*; esto es, en Primavera.

[8] Mercurio adormeció á Argos cantándole al son de su flauta la historia de Siringa, y despues que le hizo cerrar sus cien ojos, le cortó la cabeza.

[9] Por las flores del manzano entiende la Iglesia la gloria de Jesucristo en su Transfiguracion.

[10] Los tres Apóstoles que, derribados en tierra por el divino resplandor de Jesus transfigurado, se levantaron al pronunciar el *Surgite, et nolite timere* del Salvador, cuyo acento *así anonada como sacude* sueño todavía mayor que éste; con lo que da á entender el de la muerte, como se verificó en Lázaro.

[11] Alude á cuando en la misma Transfiguracion del Señor desaparecieron Moisés y Elías.

[12] Beatriz aquí, como emblema de la Teología, queda en guarda del carro, que ya hemos dicho representa á la Iglesia.

[13] Las virtudes cardinales y las teologales que llevan los siete candelabros.

[14] El reino de los cielos.

[15] Explicaremos aquí toda la alegoría. El águila, ó *pájaro de Jove*, atacando el carro, es el imperio persiguiendo á la Iglesia. La zorra es la herejía introducida por el emperador Anastasio, á la cual Beatriz, que representa la teología, pone en fuga. El águila, entrando en el carro y llenán-

dolo con sus plumas, hace alusion á los bienes temporales dados á la Iglesia por los Emperadores. El dragon que sale de la tierra entreabierta en medio de las ruedas del carro, al cual sacude con la cola, es la serpiente que tentó á Eva. Por el destrozo que hace de una parte del fondo de dicho carro, se da á entender el daño que causa á la Iglesia con las herejías; y lo que queda de aquél se considera destruido tambien al llenarse de las plumas del águila. Las tres cabezas armadas de cuernos como los bueyes, que se ven en el timon ó lanza, son tres de los siete pecados capitales que infestaron la Iglesia en tiempo de cisma, ofendiendo á Dios y al prójimo. Las cuatro que llevan un solo cuerno y van á cada punta del cuadrado del carro, son los restantes pecados capitales, *Pereza*, *Avaricia*, *Gula* y *Lujuria*, que no ofenden directamente sino al prójimo. Y, por fin, la prostituta medio desnuda y el gigante, suponen algunos que son Roma y Francia en tiempo de Bonifacio VIII y de Felipe el Hermoso.

[16] Figura una profecía de la traslacion de la Santa Sede desde Roma á Aviñon.

CANTO XXXIII.

[1] Cita del salmo 78, que prevé la ruina y abominaciones del templo de Jerusalen.

[2] Palabras con que Jesus predijo á sus discípulos que pronto no le verian ya (en la tierra), porque ascenderia al reino de su Padre; y que tambien pronto le volverian á ver (porque ellos moririan y subirian al cielo); cuyas palabras se adaptan á la salida de Roma y á la vuelta despues de los Sagrados Doctores.

[3] Es la mujer de quien se viene hablando, que recibió á DANTE cuando ella iba cogiendo flores en el Paraiso terrenal.

[4] Dice de la Iglesia que *fué y no es*, porque, despues de perdidas sus virtudes fundamentales y hecha su traslacion á Aviñon, se podia consi-

derar como muerta, y que el Papa y el Rey *(los que han hecho el juego)* tendrian que sufrir el castigo, porque *á vindicta de Dios no alcanza sopa;* cuya frase figurada usa el Poeta, recordando una superstición en virtud de la cual se creia que, comiendo el matador una sopa dentro de los nueve dias siguientes al en que cometió el homicidio, sobre el sepulcro de la persona que habia matado, no tenía ya que temer el castigo de la justicia ni la venganza de los parientes.

[5] Segun la mayor parte de los comentadores, quiere decir: «Ya se aproxima el tiempo de que venga un sucesor del imperio, ú otro gran caudillo que disipe las tinieblas y remedie los males de Italia.» Cada uno de esos comentadores saca á su voluntad deducciones y nombres de personajes, queriendo imitar á Beda y otros interpretadores de la Escritura respecto al famoso número del *Apocalipsis*, indudablemente imitado por DANTE en este pasaje; aunque probablemente el Poeta con sus números, el quinientos, el cinco (que él antepone) y el diez, sólo ha querido expresar la palabra *D. V. X.* en esos guarismos romanos, sin designar en ese Dux, ni clara ni embozadamente, sujeto alguno, satisfecho con sólo anunciar el suceso que su ardentísimo deseo, y tal vez las circunstancias, le hacian ya considerar muy próximo.

[6] Las Nayádes, segun la mitología pagana, interpretaban á los tebanos los oráculos de Temis, y por eso la diosa mandó un mónstruo que destruyó sus rebaños y heredades.

[7] Pinta el Poeta así la vida, porque tambien llama vida á la eterna que disfrutan las almas en el cielo.

[8] Los dos principales daños sufridos hasta entónces por la Iglesia es de suponer que son, las primeras persecuciones de los Emperadores romanos contra los fieles, y la traslacion á Aviñon de la Silla Apostólica.

[9] El alma de Adan estuvo esperando más de

cinco mil años la venida de Jesucristo, que fué quien se impuso, muriendo en la Cruz, el castigo del pecado cometido por nuestros primeros padres de comer el fruto del árbol prohibido.

[10] En este árbol se simboliza tambien el Cristianismo, tan ámpliamente extendido por el mundo.

[11] Las aguas del Elsa, rio de Toscana, tienen la propiedad de cubrir de un légamo muy espeso todos los objetos que caen en su seno.

[12] Los peregrinos, en señal de haber estado en Palestina, llevan el bordon orlado de ramos de palmas, árboles de que abunda aquella tierra.

[13] El primer Móvil, siendo el más alto de todos los cielos, tiene que ir con infinita más velocidad al girar en torno de ellos.

[14] El Eufrates y el Tigris son dos de los cuatro rios que la Biblia dice que salen de una misma fuente del Paraiso terrenal.

[15] Esta es la primera vez que se pronuncia el nombre de Matilde, que es el que da el Poeta, por boca de Beatriz, á la mujer solitaria que, cogiendo flores, recibe á los tres Poetas á la entrada del Paraiso terrenal, al principio del canto XXVIII. Es la misma que más adelante sumerge á DANTE en las aguas del Letéo, y que con Beatriz y Estacio sigue luégo en su compañía hasta el fin de la Cantíga. Todos los comentadores aseguran que esta mujer es la condesa Matilde, que enriqueció con tantas donaciones á la Iglesia romana: pero aunque así sea en el sentido literal, parece que místicamente representa, como ya se ha dicho, la figura de la vida activa.

[16] El Poeta ha empleado en recorrer el Purgatorio cuatro dias. Empieza el primero en el canto II (verso 1.°). El segundo en el canto IX (verso 13). El tercero en el canto XIX (verso 1.°); y el cuarto al final del canto XXVII (verso 133).

FIN DE LAS NOTAS DE LA SEGUNDA CANTÍGA.

FÉ DE ERRATAS

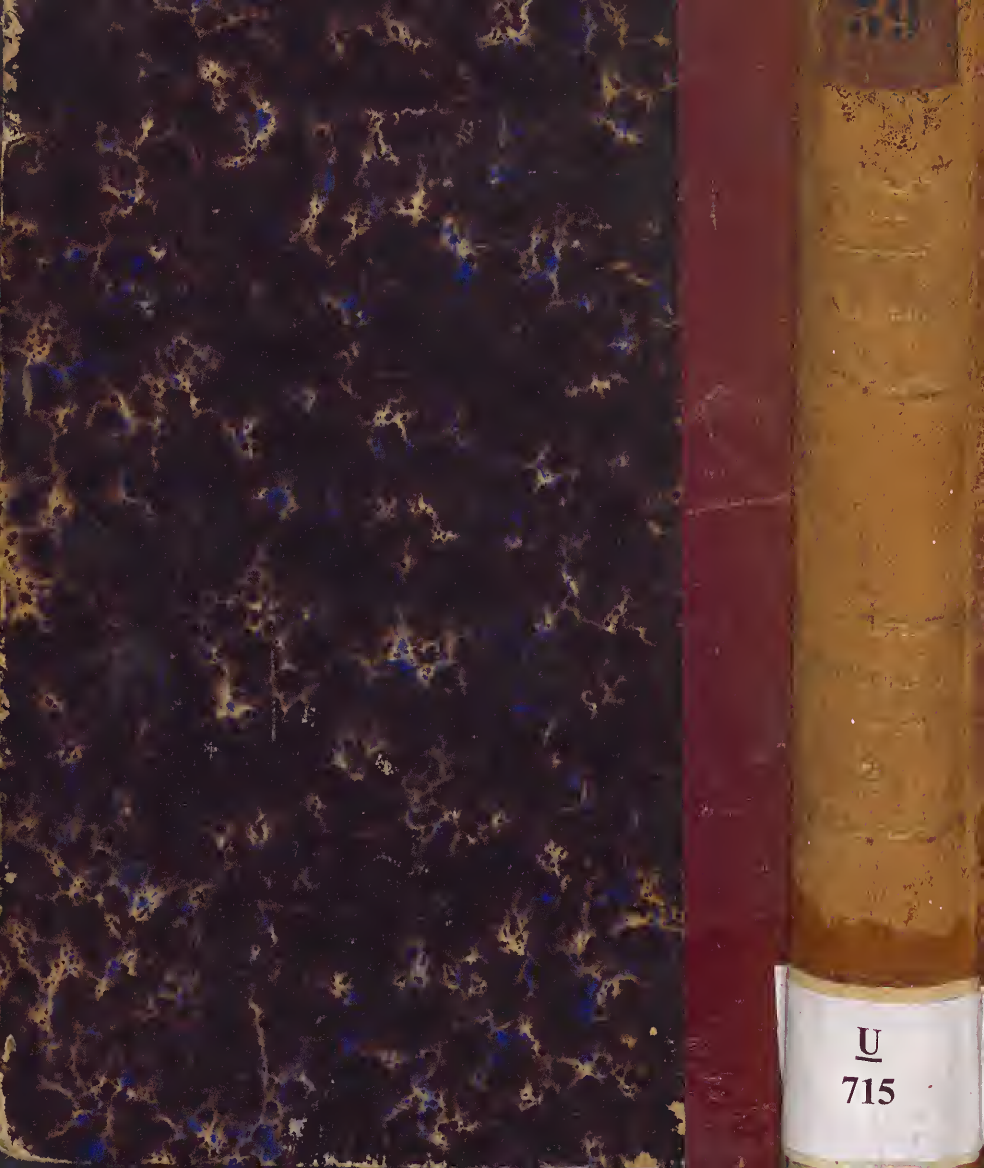
de la

CANTÍGA DEL PURGATORIO.

En la cuarta línea del argumento del Canto XX (pág. 139), donde dice: *sola enaltece*, debe decir: *solo enaltece.*

En la penúltima línea del argumento del Canto XXXI (pág. 215), donde dice: *el Poeta que da,* debe decir: *el Poeta queda.*

PÁG.	VERSO.	DICE:	DEBE DECIR:
8	5	Despues salí	Desque salí
114	1	lo acasione,	lo ocasione,
173	7	Un otras otro	Uno tras otro
176	4	aquel disyunto	aquél disyunto
212	7	ni suspiro,	ni suspiros,
224	14	le trae,	le atrae,


U
715